

REFORMISTAS ANTIGÜOS ESPAÑOLES.

TOMO XX.

OBRAS YA REIMPRESAS.

1. Carrascón, por Fernando de Tejada. 1633.
- 2. Epístola Consolatoria, por Juan Perez. Reimpresa
por Benjamin B. Wiffen. 1560.
3. Imagen del Antecristo, i Carta a Felipe II. Ambas,
al parezér, por Juan Perez. 1558.
4. Dos Diálogos. Por Juan, i Alfonso de Valdés. . . 1528.
[He reimpreso también aparte, i a mi costa, el DIÁ-
LOGO DE LA LENGUA, por Juan de Valdés. . . 1533(!)]
5. Artes de la Inquisición, por R. G. de Montes. . . 1567.
6. Dos Tratados, por Zipriano de Valera. 1599.
7. Breve Tratado de doctrina, por Juan Perez. . . 1560.
8. A los Cautivos de Berbería. { 1594.
Aviso a los de la Iglesia Romana, por Valera . { 1600.
Español Reformado, por Sacharles. { 1621.
9. Ziento i diéz Consideraciones, por Valdés. . . 1550.
- 10. Epístola de s. Pablo a los Romanos. { 1556.
- 11. I. Ep. de s. Pablo a los Corintios. Ambas por Valdés. { 1557.
12. Dos Informaciones, por Franzisco de Enzinas. . .
Prezédelas una Suplicación, por Perez. 1559.
13. Inquisitionis Hispanicae Artes. R. G. Montano. . . 1567.
14. Institución de Calvino, por Valera. 1597.
15. Alfabeto cristiano, por Valdés. 1546.
16. Ziento i diéz Consideraciones, según el MS. de
Hamburgo. 1558.
17. Breve Sumario de Indulgenzias, por Perez. . . . 1560(!)
18. Ziento i diéz Consideraciones, Reimpresión mejo-
rada del N.º IX. 1550.
19. Dr. Constantino. Cuatro * Libros compuestos por él { 1545.
1556.

Senarcleus, Claude de

HISTORIA DE LA MUERTE

DE JUÁN DÍAZ,

POR DETERMINACIÓN TOMADA EN ROMA,

LE HIZO MATAR SU HERMANO

ALFONSO DÍAZ,

EN LA MADRUGADA DEL SÁBADO 27 iiii. DEL AÑO 1546.

Si hoc fuit justum, "Quæ
potest esse pietas? quæ
sanctitas? quæ religio?"

(Sigmondi Disertatio.)

MADRID.

AÑO MDCCCLXV.

20

274.6
R 332
V. 20

Respecto a España, nótese en este Libro
las páginas 47, 48, 49, i 50.

22718

14/VII/50 rlg

HISTORIA VERDADERA

DE LA MUERTE

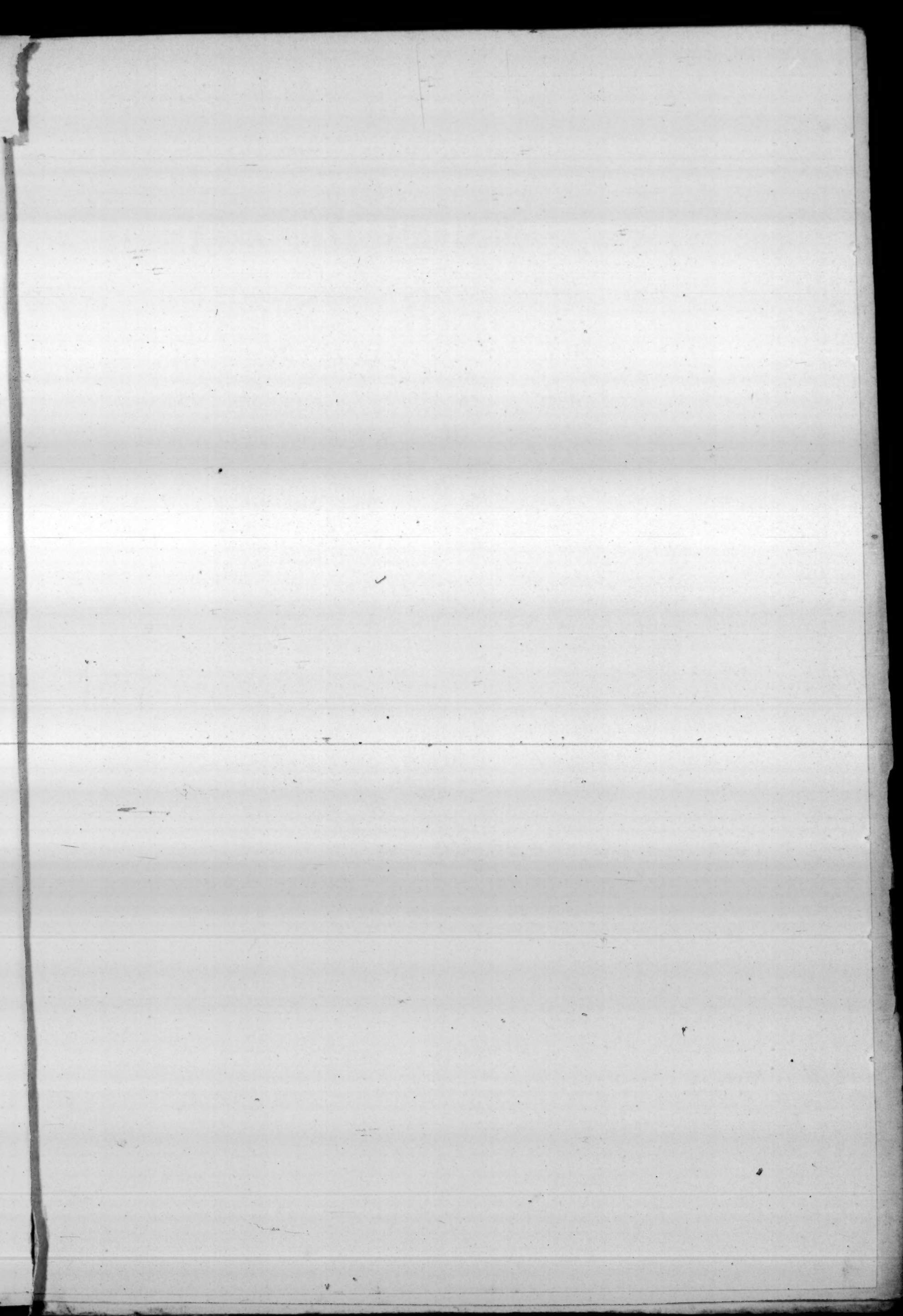
DEL SANTO VARÓN JUAN DIAZ,
ESPAÑÓL : A QUIÉN SU HERMANO CARNÁL
ALFONSO DIAZ, SIGUIENDO EL EJEMPLO
DEL PRIMÉR PARRIZIDA CAÍN, COMO A
OTRO ABÉL, NEFARIAMENTE MATÓ :
POR CLAUDIO SENARCLEO.

*Con un prefazio del Sr. Martin Bucero, en el que
se contienen muchas cosas dignas de leerse,
azerca del estado presente de Alemania.*

[NOVIEMBRE.]

M. D. XLVI.

[Traducción de la portada orijinal.]





JUAN DIAZ.

1546

HISTORIA

VERA DE MORTE SAN-
cti uiri Ioannis Diazij Hispani,
quem eius frater germanus Al-
phonsus Diazius, exemplum se-
quutus primi parricidæ Cain,
uelut alterū Abelem, nefariè in-
terfecit: per Claudium
Senarclæum.

*Cum praefatione D. Martini Bucerii in qua de
praesenti statu Germaniae multa conti-
nentur lectu in primis digna.*

M. D. XLVI.

[Idea de la portada orijinal.]

Al ilustrísimo i piísimo Príncipe, Otón Henrico, Pala- * a 2.
tino del Rin, Duque de la Baviera inferior, i superior; su Señor benignísimo: Martin Bucero desea
gracia, paz, i consolación de Dios Padre, i de nuestro
Señor JESU CRISTO.

Como Dios requiere, ser reconocido i alabado en todas sus
obras, i mucho mas en sus admirables consejos, i hechos,
que Él providenzialmente permite en sus santos, en los cua-
les glorifica a su Hijo, aun por los crudísimos tormentos, i
muerte de ellos; debe ciertamente contarse por uno de los
pecados principales de nuestra ingratitud, cometidos ázia la
inmensa benignidad, que Dios en este tiempo nos ha mos-
trado; el que no hayamos dignamente consagrado a la memo-
ria de los venideros, (ya que no hemos cuidado de hazerlo co-
nozér a los contemporáneos) los preclarísimos testimonios de
Cristo nuestro Salvador, que muchos de los santos ya dieron,
i dan, ahora, en casi todas las restantes Naciones de nombre
cristianas. Pues ni aun puede dezirse, que nos empleemos
realmente en santificar su Nombre, (en lo cuál deberíamos
emplearnos principalmente con todo el corazón, con toda el
alma, i con todas nuestras fuerzas), si también no ponemos
todo empeño en ilustrár los ejemplos de los Santos, que por
establezér, i amplificar la gloria admirable del Nombre de
Dios, no vazilaron en sacrificar su vida, llenos del vigor, i
fortaleza, que infunde el Espíritu Santo. *—Ponderando estas * a 3.
cosas, entre si, Claudio Senarcleo, mozo señalado por eru-
dición, como por virtud, i que procura exornár la nobleza de
su linaje, con todo jénero de ejerzizios de piedad; quiso li-
brarse, i consigo, también a no pocos, de esta nefaria mal-

dád de tenér oculta la glória de Cristo, callando sus mártires. I en particular [llenó la obligazón] de aquellos, que saben mui bién, cuán cumplido i glorioso testimonio, al Nombre i Reino de Cristo, dió Juan Díaz, españól, muerto cruelmente, por causa de Cristo, este año [1546], en Neoburg del Danubio, por su mellizo, i único hermano. Pues escribió la historia de su vida, i muerte, zierto compendiosa, pero verdadera, relijiosa, i elegantemente. I para que ella se propagase mas anchamente, parezió sacarla a luz, confirmada con el testimonio, i orden casi expresa, de algún insigne Príncipe.

Reflexionando yo, pues, de qué modo conseguiríamos el justo anhelo de nuestra voluntad, o a quién cuadraba mejor [dedicár], la historia de este martir illustre de Cristo; desde luego se me ocurrió [presentarla] a tu Zelsitúd: a cáusa de que este testigo de Diós, este nuestro Diaz, glorificó con su muerte a nuestro Señor Jesu Cristo, en tu zitud, i prinzipál asiento de tus dominios: i porque, siendo en ella tu huespéd, luego que conoziste, cuanto descollaba él, en erudición, como en piedád, le trataste con benevolenzia singulár: * i finalmente, porque también Tú mismo, i en la misma zitud, i por el mismo deseo del Reino de Cristo, has sufrido indignísimas, i cruelísimas cosas, en cuanto juzgarlo puedo, no sin gran malizia, de esa jeneración Cainica, á cuyas manos sabemos, que perezió poco antes con muerte indignísima, aquél varón santo. ¿A quién, pues, convendría mas, dirijir la manifestazón de este martirio, que a aquél, a quien el Señor honró, de tantos modos, con este martirio, [o testimonio], con cuya autoridad pueda mayormente probarse? I al cuál no puede menos de ser gratisima, así por el amor singulár, que al martir tenia; como por su comunicazón en las aflic-

ziones. Finalmente, porque también, en ella, se nos anuncia el presájo verdaderamente admirable, i el comienzo, de aquél castigo, por el cuál, nuestro Padre zelestiál (que nos tiene ofrezido, por Él, benignísimamente su Reino, i el que, tan relijiosamente como debíamos, no hemos abrazado) ya comienza a apresurár; i cabalmente por los enemigos mismos de Cristo, bajo cuyo auspizio, i por cuyo ministerio, fué inmolado nuestro Díaz. Pués Dios suele jeneralmente, con severos azotes, i pruebas, hazér prezedér ziertos portentos, con los cuales advierte, de antemano, a sus escojidos; i promueve con tiempo al arrepentimiento, a los desfallezidos ánimos de los hombres. Asi, cuando habia establezido castigarnos, según nos hizimos antes merezedores: i esto prinzipalmente, por el Antichristo * Romano, la nazió española, i nuestros fal- * a 5.
sos hermanos tudescos: i prinzipiár este castigo en Neoburgo, donde primeramente ejerzieron aquella su gran perfidia, i crueldád, estos enemigos nuestros, i de nuestro Salvadór Jesu Cristo: -quiso antes indicarnos todas estas cosas, en este su martir Díaz, i, por ello, exzitarnos a buscár con tiempo su misericordia: i entonces también confirmarnos en la esperanza del feliz resultado de este castigo. Pués a Díaz, hermano, i correlijionario (*symmystam*) nuestro, en el adelantamiento del Reino de Cristo, mató empleando exquisita perfidia, su hermano jemelo, i único, de nazió españól, i de ministerio [clérigo] Romanista, i en esta ziudad servidór peculiár del Anticristo Romano, habiendo alcanzado, no solo impunidad, sino alabanza preclara entre los suyos, por este su delito.

Mas, porque el Señor no ha permitido, que en este su sirvo, la notizia, i confesión de su Nombre, esto es, su vida i gloria sempiterna, sea oprimida, i oscurezida, por esta perfidia i crueldád sumas, de sus enemigos, coadunados el dolo i

furia Romanista, españól, i pseudo-jermánico: sinó antes la ilustró, i confirmó; i al mismo martir, librado, ya una vez, del engaño i crueldád de todos los hombres, le conzedió descanso i gloria de * sempiterna durazón: por este testigo, nuestro misericordiosísimo Padre zelestiál, nos confirmó en el mismo beneficio, de que nos castigaria ziertamente Él, como realmente merezemos, por medio de estos enemigos de su Nombre: mas, sin embargo, paternalmente, i a la verdád, para nuestra salvazón: mas no tan solo no permitiría, que se oscureziese, o menoscabase su relijón, i gloria, en nosotros, sinó que quiso, con este nuestro castigo, i sus juizios justos, en estos enemigos suyos i nuestros, ilustrarla, i amplificarla grandemente. Pidamos, pués, nosotros a Dios, con fervientes súplicas, que nos sea aumentada la fé, i nos sea confirmada la zienza del Evanjelio, para que confesando, cuán digna, i saludablemente somos ahora castigados por Dios, nuestro Padre; nos humillemos, de todo corazón, bajo el poderoso i, por tanto, saludable azote de su mano: i, con toda dilijenzia, enmendemos los males, por los cuales hemos provocado sobre nosotros este azote del Señor. Cada uno, además, se afane fuertemente, i con ánimo contrito: ni alguno ponga en duda, que Dios mismo, ha de hazér prósperos nuestros trabajos: i aun todavía ha de santificár, en nosotros, i por nosotros, su preclaro Nombre: Como claramente lo testifica el Spiritu de Dios, diziendo con la Paulina voz: [«vuestro trabajo no es vano en el Señor.»] ὁ κόπος ὑμῶν οὐκ ἔστι κενός ἐν κυρίῳ. [I. Corint. xv. 58.]

Con razón también debe exzitarnos a la invocación verdadera, i de ningún modo aparente, del Nombre divino, aquella bondád, i clemenzia inmensa de Dios, que ázia * nosotros, i a nuestra Nazione, se mostró mas claramente, que

ázia las demas nazionies del Globo : mientras, que, por admirable consejo de su divina sabiduría, en estos tiempos postreros, se nos restituyó en Alemania, pura, é incorrupta, la verdadera predicación del Evangelio, de la que el mundo, ya tiempo hacía, tanto se había apartado. ¿Quién, pues, bastante dignamente estimará, cuántos sean aquellos benefizios, que, por muchos años atrajo esto, a las jentes nuestras?

Sumidos nos hallábamnos en otro tiempo, en la condenación misma, con estos enemigos de Dios, que persiguen hoi, exprofeso, a Cristo en sus miembros, i pugnan por extinguir radicalmente aquella doctrina saludable, i zelestiál, que sacó el mismo Hijo de Dios, del seno del Eterno Padre. Mas compadezido finalmente, el Eterno Padre, de nuestras miserias, nos abrió los ojos del alma, para que viésemos, al cabo, la impiedad en que nos tenia presos el Anticristo Romano : i proporcionó, que por nuestros paisanos se leyesen en lengua vulgár los Libros de las Escrituras Sagradas, en los cuales se contiene la sabiduría eterna de Dios; cuya lección se estima por perniziosa, i mortál, entre Nazionees de otras jentes. ¡O zeguedád inaudita, i la mas desdichada, que podía alcanzár, al jénero humano ! Junto con esto, nos dió, por su misericordia, frecuentes sermones, i, zierto, de la senzillísima palabra de Dios : i no sacados de las imajinaciones engañosas, * i de las * u. 8. imposturas de los hombres : como, por otra parte, vemos en otras Nazionees, manchadas con infinitas hediondezes, i repletas de idolatría, superstición, i engaños, de aquella bestia Romana. También por benignidad singulár de Dios, hemos ya restablezido en nuestras Iglesias, la Institución de la relijón Cristiana, que llaman vulgarmente *Catezismo* : cuya predicación nos proponemos instaurár, en el pueblo de Dios, que está a nuestro cargo, con la posible dilijenzia, i fidelidad,

en determinados tiempos del año, en la reunión pública de los cristianos. Toda esta parte de la disziplina, la cuál ninguna es mas útil en la Iglesia de Dios, o es universalmente ignorada, por nuestros adversarios: o la presentan, a los miserables pueblos, súbditos suyos, contaminada con blasfemias horrendas ázia Dios, i con invenciones de los zerebros de los hombres impíos. Retenemos la pura administración de los Sacramentos: i con gran trabajo de los nuestros, mas, prinzipalmente, por la liberalidad gratuita de Dios, la hemos restablecido según aquella instituzion primitiva, i verdaderamente lejitima, de nuestro Salvadór: la cuál toda, habian convertido descarada i torpemente, con profanazion horrible de su instituzion lejitima, en su propia gananzia, los Pontífizes impíos, i toda aquella turba de perdidos Epicúreos. Finalmente, el cuerpo universál de la doctrina Cristiana, que yazia envuelto, i desfigurado con tiranía horrible, idolatria, e impiedad; con el supremo auxilio divino, le hemos arrebatado de las garras, i fáuzes de esta bestia Romana: * i arrebatado con trabajo grande de hombres doctos, le hemos presentado a nuestras Iglesias, desenvuelto con mediana destreza, e ilustrado con relijion mayor, i máxima, i ardentísima invocazion a Dios, Eterno Padre de nuestro Señor Jesu Cristo. ¿Qué tienen de semejante nuestros adversarios? Zébanse los Pontífizes impíos, como lobos hambrientos, como leones ruidores, en la heredád del Señor, i con crueldád horrenda, despedazan las ovejas de la corta grei de nuestro Salvadór: de tal suerte, que podria creerse, que conspiran unánimemente, en daño de Cristo nuestro Señor, i de todos aquellos, que siguen con dilijenzia los vestijios de la doctrina zelestiál, que se nos dió con voz sonante del zielo. Únense a estos, las criaturas de la ramera Romana, procreadas con-

tra toda lei de Dios, i contra el orden de naturaleza, en nefario e inzestuoso ayuntamiento: todas las cuales con la ayuda de los Obispos perversos, que no buscan, ni siguen otra cosa, que sus plazerres, deleites, imposturas, i horrendos malefizios, i a quienes mas verdaderamente se pudiera llamar, Epicúreos perdidos, lobos rapazes, leones rujientes; causan estrago increíble en los miembros de Dios: i con boca blasfema, atacan la sana doctrina, en cuya destrucción se han conjurado. Zierran, i parapetan, este Coro universal de impiedad, i furór diabólico; * aquellos malvados capilludos mendigos, maravillosamente ordenados, en su mendiguéz insaziable, para fomentár la hipocresía, i todo jénero de imposturas. Por los cuales Epicúreos, e impostores, es contaminada, i perdida, la restante parte del pueblo, desechado con impudenzia todo temór de juicio divino: invocadas diariamente supersticiones, e idolatrias que perpétuamente innundaron *todo*, prozediendo de la Cueva de la bestia Romana, con sus ficciones impías, i portentosas, de la invocación de los santos; de los huesos de los santos; de esculturas, e imágenes; de misas; del ostentár, i del llevar rodeando, su pan craso; de tantos, i tan monstruosos jéneros de frailes; de induljenzias, de votos; de oraciones májicas; de purgatorio. La controversia entre nosotros es, azerca de asunto mayór, i mui importante: a saber, de la restauración verdadera de la doctrina zelestiál, única por la cuál debe subsistir la gloria, i autoridad del Eterno Padre de nuestro Señor Jesu Cristo. A esta sola, hemos librado de la tiranía de los adversários: a esta propusimos en nuestras Iglesias, pura e incorrupta: i en esta sola, por la grázia de Dios, nos gloriamos con toda seriedad, i razón, i a ella sola persiguen en nosotros, los adversários de Dios.

La restante es, la otra parte de la vida, que consiste en las

- acciones humanas, en la que también reconocemos nuestras
- * 3. faltas como hombres. Pues * ni somos tan ziegos, o ignorantes de las cosas humanas, que no reconozcamos nuestras miserias, que dimanar de la flaqueza humana. Reconocemos seguramente, reconocemos nuestros errores: confesamos, i lloramos nuestra ingratitud, cuyo castigo vemos ahora inminente; i en todos los sentidos experimentamos, por juicio justísimo de Dios. Pues, ¿qué es, lo que dió Alemania á su Dios, i Señor, por los muchos benefizios, con los cuales fué enriquecida, i adornada, con preferenzia a las restantes naciones del Globo? Torpemente descuidó, o no manejó con aquella diligenzia, i pureza, que debiera, el Evangelio de salud, i la Escritura universal de Dios, el libro de la vida eterna, que debía leer diariamente, i oír, para aumentár, junto con su verdadera piedád, i felicidad, aquella ferviente, i saludable fé, de la cuál habla en aquél libro el Hijo de Dios. Confesamos, i lamentamos seriamente, este nuestro pecado: i arrodillados por tierra, delante del Eterno Padre, pedimos perdón, i misericordia, de tamaño delito. Tampoco negamos, haber dimanado de esta fuente, otros varios yerros nuestros, no livianos, ni pocos; que por justo juicio de Dios, vemos en nosotros amontonados, por los que sentiremos las penas de haber desamparado, o abandonado, i menospreciado, la misericordia inmensa de nuestro Dios. Por lo cuál, para que derramemos mas libremente todo nuestro corazón ante Dios; confesamos también
- * 4. con David, que nada sano ha quedado en todo nuestro cuerpo: * que no haya cubierto la herida, desde la planta del pié, hasta la coronilla de la cabeza, i que no sea tumor, i llaga fistulosa. Confesamos, en verdád, i claramente, a la presenzia de Dios, estos pecados nuestros: i, aunque tarde, reconocemos, sin embargo, que son graves, i que con razón debían provo-

car la ira de Dios contra nuestra flojedád, i negligenzia: pero recurrimos, con toda el alma, al Padre de las misericordias, i con ruegos asíduos le suplicamos, que, por su misericordia, no quiera derramár toda su indignazió, sobre nosotros miserables. Por esta tan grande ingratitúd, ázia tanta benignidád de Dios, ázia un Dios, i Salvadór Clementísimo; ¿qué otra cosa merezió Alemania, que el ser destruida enteramente, i, de toda libertád despojada, ser entregada al antojo de sus atrozísimos enemigos, para que la despedazasen? Mas todavía sobrepaja la bondád infinita de Dios, a todos nuestros males. Pués cuando haze tiempo, que éramos merezedores de castigo, i de que fuésemos entregados a nuestros cruelísimos enemigos, i fuésemos sometidos á suplizios extremos; en ello, sin embargo, Dios clementísimo, nos quiso declarár maravillosamente su induljenzia paternál; porque nos aplicó, zierto, la pena de estas nuestras maldades, i pecados, de relijió descuidada, i fementida; i de vida perversa, i viziada, por tantas maneras: pero no, bajo la acusazió de estos males; sinó que tuvo respecto * a este honor de su nombre, i de su re- * b 5. lijió, en nosotros; i reservó para nosotros miserables, este consuelo, de no permitir á los enemigos no menos suyos, que nuestros, maltratarnos con sus armas, solo por cáusa de su nombre, i Evangelio.

Porque lo que algunos divulgaron, de desobediencia de nuestros Prinzipes (con lo que, zierto, tengan los Caínicos hermanos, lo que *nezesitan*, para encubrir de antemano su perfidia, i crueldád: mas nuestros miembros flacos en la fé, su enfermedad) — esto el Romano Anticristo lo declaró con demasiada jactanzia, por sus Cartas, i Legados, no solo en Roma, zelebrado teatro del mundo, i en otros reinos; sinó también en la misma Alemania: i dió testimonio ser ésta, aquella des-

obediencia, i rebeldía, en grázia de la cuál, determinaron atacarnos con guerra cruel; porque no queremos posponer a Cristo nuestro Señor, ni al Evangelio de Cristo, a ese mismo sumo enemigo de Dios, i Anticristo verdadero, i a sus Conzilios, i Decretos.

Zierto que todos nosotros estamos oprimidos demasiadamente con muchos verdaderos pecados: mas ninguno de todos ellos mueve a nuestros enemigos, que llenaron todas las medidas de impiedad extrema, de perfidia, de crueldad, de malicia, de engaño: i en cuyas cosas se glorian también manifiestamente con mui soberbias blasfemias.

Porque de tal manera nos empeñamos en dar lo que es
 * b 6. suyo al Zesar, i a los demás constituidos en autoridad: * porque también, hasta de presente, damos lo que de Él es, a Dios, i a nuestro Salvadór Jesu Cristo: porque confesamos ser verdadero su Evangelio: porque invocamos por el mismo Padre: porque usamos de sus sacramentos, según lo instituido por Él mismo; porque nos ajustamos a su disziplina: - esto, esto es nuestro pecado, esta nuestra desobediencia, por la cuál procuran borrarlos de entre los vivos. Pues por este crimen, que consta no solo a nosotros, sinó también a todo el mundo; debemos realmente reconozér esta gran benignidad de Dios para con nosotros, i misericordia: adorarla: i congratularnos: porque merezedores realmente nosotros de la muerte misma, con mucho mas pesados azotes, de los que todavía hemos padezido; i bajo los mismos crímenes de nuestra impiedad: sin embargo, haya querido castigarnos, i probarnos con mucha clemencia: i, lo que prinzipalmente es glorioso, bajo este santísimo, i deseabilísimo supuesto crimen, de haber prestado fé, i obediencia al mismo Dios Padre, i a su Evangelio zelestiál; i habernos resueltamente negado, a querer

tenér ningún jénero de comunicazi3n con las abominaziones del Anticristo.

¿Por qué, pues, no hemos de gloriarnos en la cruz de nuestro Señor Jesu Cristo, que experimentamos en esta parte? ¿Por qué no hemos de congratularnos, por habérseⁿos dado, no solo el creér en nuestro Señor, sinó también el padezér por Él? Pues ziertamente esto, es un indizio seguro, así de nuestra salvazi3n, como de la perdizi3n de los enemigos.* * b 7. Pues justa cosa es, para con Dios, récompensár con afliczi3n a los que nos aflijen : mas con alivio a nosotros, que ahora por Él padezemos, cuando nuestro Señor Jesús será revelado del zielo.

No conoze el mundo esta gloria, i felicidad de nuestra cruz: i de ahí es, que ahora nos insultan los hijos del mundo, nos escarnezen: estiran los labios, *por mofa*, menean la cabeza, estos contaminados esclavos del Anticristo Romano. ¿Dónde está (dizen) ahora, el Cristo de ellos? ¿Dónde *su* Evangelio? Si solos ellos son santos, i caros a Dios: ayúdelos ahora, i libértelos de nuestras manos, violencia, i potestád. Pero nosotros estamos seguros, que así como padezemos estos males con Cristo Señor nuestro por causa de la sinzera invocazi3n de Dios, i culto verdadero; así también nosotros hemos de reinár con Él en los zielos, i hemos de gozár de gloria sempiterna. Sabemos, que todo juizio, fué entregado por el Padre, a Cristo Señor, i Cabeza nuestra : i que le fué entregada toda potestád en zielo, i tierra: i que cuando Éste juzgare cumplidero á su Gloria, i a nuestra salvazi3n, fázilmente nos librárá, por su clemenzia, de toda fuerza, i crueldád de los Anticristianos, i recompensará, no tanto a nuestros enemigos, como a los suyos mismos, con el séptuplo en el seno de ellos. Pues zierto es, que los hombres sanguinarios, i engañosos, son abominables

al Señor: i que no sufre, que los que son tales, lleguen á la
 * b 8. mitad de sus días. * ¿Mas, qué puede imaginarse, o pensarse,
 de mas sanguinario, i engañoso, i de mas pérfido; que éstos,
 que nos combaten ahora? Pués, ¿cuántas alianzas, santísima-
 mente sanzionadas: cuántos pactos religiosísimamente esta-
 blezidos: cuántos vínculos de unión estrechísima: no fué ne-
 zesario, que se violasen: antes, que se compajinase, i armase,
 contra nosotros, esta fuerza? ¿Qué jénero de hombres, mas
 duro, i cruel, podía ser enviado contra nosotros, que lo sea,
 este soldado Anticristiano? ¿Este, que se alaba, de cortár, i
 tronchár las manos, i los piés, a los niños, i mamantes: i de
 hazér morir, bajo laszivia torpísima, a muchachuelas tiernas,
 aun no apropósito, para unirse a hombres? ¿Qué? Hasta se
 jactan también, estos fazinerosos, i tiénenlo a gloria suya.
 (me horrorizo contándolo), el haber hecho morir, también a
 hombres, estuprándolos. Pués el atormentár con estupros,
 hasta la muerte, a matronas, i donzellas casaderas, a vista de
 sus mismos parientes; eso, lo tienen estos, por una chanza.
 I, ahora, azerca de sus blasfemias nefandas, de sus desver-
 güenzas inauditas, que tienen por deleite, i por prueba de
 valór, pronunziár, contra el mismo Dios, contra Cristo, Señor
 nuestro, contra su bienaventurada Madre, i contra todos los
 santos del Señor: ¿quién, que tenga algún resto de sentido de
 Cristo, puede pensár en ellas, sin sumo horrór?

Pués como Dios, tanto mas gravemente deteste, i mas
 presto pierda, a estos hombres malvados, cuanto mas ellos
 son pérfidos, crueles, i dispuestos para todo jénero de mal-
 * 9. dades: debe ziertamente servirnos de gran consuelo *, que
 nuestro Padre zelestiál, cuando determinó castigarnos, como
 de antemano nos hizimos merezedores; se dignase hazerlo,
 por medio de tan execrandos, i perdidísimos órganos de su

ira, los cuales son verdaderamente abominables καθάρματα (hezes), ajitadas por el Diablo mismo, para perdizi3n de la soziedad del j3nero humano: entiendo dezir, por medio del Anticristo, aqu3l hombre de pecado, e hijo de perdizi3n, i por medio de sus esclavos, tan malvados, i enemigos de Dios, i de toda cosa justa, i honesta, cuyo fur3r, como no ataque otra cosa, en nosotros, que el nombre, i reino de Cristo, i de manera lo ataque, que nada pueda imaginarse de mas malvado, cru3l, i b3rbaro: por zierto debemos ten3r, que saldr3 vano en su empe3o; i que nos ser3 saludable, de muchos modos, este castigo del Se3or.

Pu3s, ni Dios estar3 perp3tuamente airado contra nosotros, i oir3 pronto los clamores de los que se vuelven a 3l, arrepentidos de coraz3n. Pu3s est3 zerca de los que le invocan con coraz3n contrito. As3, Ju3z justo de todos, acabar3 en breve, con el enemigo mofad3r, i blasfemad3r de su Nombre, resistid3r del reinado de su Hijo, e insistid3r en borrar de la tierra, los que Le invocan: i manifestar3 ser 3l Dios exzelso, en toda la tierra, i haber dado en herenzia a su Hijo, todas las nazioni: i los t3rminos de la tierra en hered3d. Levant3monos, pu3s, con esta f3, i esperanza, i aguant3monos, contra todos los enga3os, i toda la crueld3d, de este enemigo; * i no dudemos, de que Dios nuestro Padre nos acor- * g 2.
rer3, i que 3l mismo defender3 su causa, con tal, que de 3l pidamos con s3plicas continuas, auxilio, i defensa: i los esperemos: i nos humillemos bajo su mano poderosa. A 3l, pu3s, acoj3monos, de todo coraz3n: i desechemos de nosotros, con todo ahinco, todas aquellas cosas que hemos conozido desagradarle en nosotros: i pongamos enteramente nuestras zervizes bajo su yugo: i aprendamos siempre, de solo este Maestro tan dulce, i de humilde coraz3n. I as3 zi3rtamente halla-

remos en breve tiempo, descanso bienaventurado para nuestras almas.

Invítenos a esto, el ejemplo de nuestro Díaz, martír santísimo de Cristo, que para mostrarse discípulo digno, de este nuestro Maestro zelestiál, i Señor, Jesús; no solo despreció las riquezas, dignidades, i honores (de cuyas cosas es codiziosa, de un modo maravilloso, en jenerál, la nazió Española); pero no dudó exponerse también a peligro mismo de la vida: para que con este testimonio admirable, como con sello zertísimo de su sangre, dejase consignada a toda la posteridad, la doctrina zelestiál que profesó. Abandonó, además, la pátria terrena, abandonó a todos los parientes según la carne, a los cuales, sin embargo amaba, como á las niñas de sus ojos, por estar lleno de humanidad, i amor: abandonó a su único hermano, a quien Él amaba sobre todos: para darse a buscár la pátria zelestiál, i adquirirse, con todo empeño, la doctrina sagrada, i no corrompida, * como divinos, i sólidos tesoros. Prefirió, realmente, con David, i demás miembros verdaderos de Cristo, que se ejerzitan en la Iglesia verdadera de Dios; ser humilde, desvalido, i abyecto: i, con aquellos, a los cuales reconozía, según el Espíritu, por hermanos verdaderos; sentarse al umbrál de la Casa de Dios, en afanosa pobreza; que hallarse en tiendas algunas de impíos, entre los varones principales del mundo: i gozár de grandes riquezas, honras, i dineros: cosas que comunmente se allegan, con fraudulentas artes, i se conservan con gran tormento de la conzienzia. Sinó, véase cuán ardientemente amaba la relijón verdadera: i cuyo deseo de ella increíble, puede colejirse de aquí: que no ignorando el caracter de los de su Nazió: su altanería, soberbia, superstizió, i su ódio extremado a la verdadera relijón, i su furór contra todos los que profesan la doctrina pura

del Evangelio; no vaziló, sin embargo, en ir a Ratisbona, donde sabía, que habían de hallarse muchos españoles, para ver, si podía ganár también, algunos hombres de su Nación, a Cristo nuestro Señor: aunque veía ser ésta, una cosa unida al peligro manifiesto de la vida. Mas despreciaba todos los peligros, con tal de propagár de algún modo, el reino de Cristo: en cuyo empeño, si le aconteziere perdér la vida, lo juzgaba en particular, para sí, laudable i digno de premio. ¿Qué mas? que aun también a los amigos, en esta ciudad, cuando emprendió conmigo el camino ázia * Ratisbona, claramente les * g 4. predijo, que él nunca mas había de volvér a verlos: i, en consecuenzia, se despidió de todos amorosísimamente, como indicándoles, al saludarlos, que les daba el adiós postrero. Realmente deseaba yo, en gran manera, que este me fuese dado por compañero, espezialmente para tal aczió, empeñada por el reinado de Cristo: i me alegré también mucho, cuando le ví ser elejido por nuestros majistrados; porque sabía, que estaba dotado de una erudizió no vulgar, i de facultád en lenguas: i mucho mas, porque le veía, de todo corazón, inflamado en amor de verdadera relijió, i en deseo de propagár el reinado de Cristo. Mas, sin embargo, como fuese yo advertido, por muchos hombres gravísimos, cuán intolerable sería, para los Españoles, si alguno de entre ellos mismos, se adhiriese a esta nuestra, esto es, a la relijió única de Cristo, en particular, si fuese, de nombre, en algo señalado; le exhorté a Díaz, para que no se expusiese temerariamente, al peligro de sus paisanos, en aquella jornada; i que se guardase para alguna oportunidad mayor. Pero, persuadido él, que entonzes le era ofrezida una ocasió exzelen-te, para amplificár la gloria de Cristo; me comenzó a rogár, e instár, con lágrimas; no le abandonase a él mismo, en este

público tranze; que ninguno mas oportuno, ni mas deseable, para lo que hazér quería, conzeptuaba él, que podía acontecerle. Pués, por lo que tocaba a su riesgo; manifiéstamente
 * g 5. dezía, que él despreciaba todas aquellas cosas que * a un hombre pueden acontecerle, con tal que pudiese él mismo servir a Dios, en aquella su vocación, que con toda el alma deseaba llevár a cabo, fuera cuál fuese el peligro. Había llegado, a tal punto, de desprecio de sí mismo, i de todo el mundo; porque ardía en amor de Cristo.

Propongámonos, pués, a este, i a semejantes siervos de nuestro Señor Jesús, para imitarlos. Así acontecerá, que, en breve, nos veamos gozosos, todos los que con ánimos sinzéros nos unimos a Sión, la verdadera Iglesia de Cristo, i nos arrepentimos de nuestra perversidad; nos presentemos gloriosamente al Señor Jesús, Redentór, i Salvadór nuestro: a quién el Padre entregó toda potestád en zielo, i tierra, sobre toda carne: i que, a nosotros, que le fuimos dados por el Padre, nos conzeda la vida eterna. Él se declaró, a sí mismo, cuál es, sin estorbo alguno, de enfermedad humana: i veremos claramente con nuestros ojos, que no puede ser quitado aquél Pacto de grázia, i misericordia de Dios, que Él mismo nos confirmó con su sangre: i que, con él, su Espíritu, el Espíritu de salvación, i la doctrina de su Evangelio, que puso en nuestros ánimos, i boca; nunca se nos arrebataría de nuestra boca, ni de la de nuestros venideros, ni de los descendientes suyos, partizipes de la simiente bendezida. Nos dirá con su Espíritu en nuestros corazones, i también con la cosa misma, de modo que lo oigan todo el orbe, i nuestra
 * g 6. posteridad: «Yo, Yo soi * vuestro Consoladór. ¿Quién eres tú, para que temas del hombre, que ha de morir; i del hijo del hombre, que es cortado como el heno? Yo puse mis palabras

en tu boca : i te protegeré con la sombra de mi mano : hasta que plante para tí zielos nuevos, i funde tierra nueva : i diga a Sión : Pueblo mio eres tú.» Item : «Quité de tu mano la copa de la perturbación ; i la hez de la copa de mi indignación , no beberás ya después : pero la pondré en manos de los que te aflijieron , i dijeron a tu alma. Agáchate, para que pasemos sobre ti.» El Señor Jesús, que no puede dejár de guardár a su pueblo, guarde a tu Exzelsitúd ; i con su doctrina santa, rija, i gobierne tu corazón, i los ánimos de todos los tuyos, que sufrieron, los primeros, lo que toda Alemania pagar debía : i haga, que á la vez, todos cuantos invocamos su Nombre, ex-
 zitados por este castigo, i cargados con esta cruz, i en tal manera trabajados ; acudamos de todo corazón a Él, i tomemos sobre nosotros su yugo : como a Él acudió, i tomó sobre sí su yugo, este su santísimo martir Díaz : la historia de cuyo martirio, tu Exzelsitúd, conozerá ahora por nuestro amigo Senarcleo ; i con los ejemplos de este, i de semejantes testigos de Cristo, se proveerá, i recreará, contra los males presentes. El eterno Padre de nuestro Señor Jesu Cristo, guarde largo tiempo salvo, a tu Exzelsitúd, para bién de su Iglesia, para que así como empezó con piadoso empeño a ilustrár su gloria, pueda también llevarlo á cabo, como lo requiere la nezesidad de la Iglesia. Amen.

FIN.

PSALMUS DAVIDIS SECUNDUS

Iambico carmine expressus.

*Quid iste fert tumultus, aut quid vana gens
Tantum fremit mortalium?
Regum, tyrannorumque terrarum fera
Coniurat omnis natio
Contra Deum, contraque regem quem Deus
Sacro creavit unguine.
Rumpamus (inquiunt) eorum ferrea,
Et dissipemus, vincula.
Hanc ridet orbis arbiter dementiam,
Luditque coelis insidens:
Illosque tandem suscitatae fervidus
Percellet irae verbere,
Docens ut à se rex creatus sim, sui
Montis Sionis arduae.
Narrabo vobis quam tulit sententiam:
Tu natus (inquit) es meus,
À me profectò procreatus: posce me
Haereditatis ius tuae,
Et impetrabis omnium mortalium,
Qua terra sese porrigit,
Totis in orbis principatum finibus.
Illosque ferreo reges,
Frangesque sceptro, vasis instar fictilis.
Nunc vos doceri discite,
Reges per orbem iura dantes caeteris.
Servite principi Deo,
Alacritatem conjugantes cum metu,
Et ejus amplexamini
Natum, per iram ne patris perdamini.
Nam cum repente percitus
Ardebit ira, tum beatus ille erit,
Quicumque ei confiderit.*

FINIS.

* Al Clarísimo Varón Señor Martin Bucero, doctor * Paj. 1.
fielísimo de la Iglesia de Cristo: Claudio Senarcleo,
saluda.

Luego que llegué a esta ciudad, acabadas en Neoburgo aquellas cosas justamente debidas á la memoria del glorioso martir de Cristo, Juan Díaz, fué mi ánimo entregarme luego a mis interrumpidos estudios, i a frecuentár vuestro trato. Deseaba, de un modo maravilloso, estar, según mi costumbre antigua, en vuestra soziedad, que amé siempre con preferenzia; i en el ózio, i tranquilidad de nuestra Universidad, cuyo recuerdo me es todavía grátísimo. Pero, hasta hoi dia, han impedido esta mi vuelta a vosotros, ziertas razones particulares, * que aquí me han detenido, contra lo que pensaba. * 2.
Mas, entretanto, me he puesto a escribir, por no estar siempre ozioso, o en asuntos enojosos ocupado, la historia que por tu carta me pedías, de la muerte del santo varón Juan Díaz. Enviótela, pués, i te ruego mui encarezidamente, lo que también pienso ser mui nezesario, que se recomiende a la posteridad este ejemplo, por tus escritos. Yo solo he tirado los primeros lineamentos, como sombreando con primeras líneas incultas, la imagen verdadera, i senzillísima del hecho, a cuyas enteras particularidades, intervine. Ahora, parece que te perteneze la obligazón de iluminár con vivos colores, * esas * 3.
mismas líneas por la mayor grázia, i autoridád, que tú, Doctorísimo Bucero, disfrutas entre todos los buenos. Pués juzgo del mayor interés para la Iglesia, i la república, el que se trasmita á la Iglesia venidera, una narración verdadera e íntegra de este hecho. Ya porque tal es su ejemplo, cual ninguno se halla entre los escritores antiguos, cuyos documentos

- llegaron hasta esta nuestra edad, a exzepción del parrizidio del hermano primero: i ya por habér sido tanta la santidad del hombre, la fé, la integridád, la constanzia en la confesión de la relijón verdadera; que de ningún modo debe pasarse en silencio, sinó que pareze mas bién, que debe zelebrarse por los escritos de todos los buenos. Por lo que haze a mi, cuantas vezes recuerdo en mi ánimo, la doctrina exzelente de este hombre, conjunta con la pureza admirable de su vida;
- * 4. miro al dicho hombre * como á un numen zelestiál. ¡O, Dios inmortal! ¡Cuánta abundanzia, i eficazia de orazió, habia en él! ¡Cuán ardiente, i profunda contemplazió de las cosas sagradas! ¡Cuánto amor i ánsia de la verdád; i cuanto aborrezimiento, i ódio de la falsedád! Siempre que ocurría menziarse, cualquier artículo de doctrina Cristiana, discurría sobre él, con admirazió grande de todos los que le oían: de cuya boca (como de la de Nestor dize Homero) destilaba un razonár mas dulce que la miel: i no, zierto, elaborado o adquirido, con artificio humano, según pienso: sinó suministrado, por el mismo Espiritu zelestiál. Ensalzaba maravillosamente el Benefizio de Cristo. I abominaba, de todo corazón, la impiedád de los fráiles, que piensan poder conseguir con
- * 5. * sus obras, la justificazió, ante Dios; i toda aquella vanidád de su teología escolástica. Mas, entre todas las corrupzióes, que sembró en el Globo, esta teología entreverada de los fráiles, llena de impiedád, i tinieblas; ninguna peste juzgaba ser mas grave, o mas noziva a la relijón cristiana, que lo es aquella doctrina de la duda, que introduzida absolutamente por instinto de Satanás, se defiende por su protecció. Pués con ésta su perpetua duda, que no vazilaron enseñár en sus libros, i escuelas, oprimieron, hasta ahora, con tan afflictiva servidumbre, las conzienzias de los míseros mortales; que

las arrastrasen consigo, para increíble ruina de las almas, a perdición eterna.

* Porque, si consideramos atentamente el mismo asunto, * 6.
los que mandan permanezér en la duda las conzienzas de los hombres, de si los hombres son rezibidos en grázia, por Dios, o abandonados mas bién a la condenación eterna: ¿qué otra cosa parecen enseñár, sinó que los hombres queden en perdición, i desesperación sempiternas; puesto que nada absolutamente nos es lízito afirmár, azerca de la voluntád i misericordia de Diós, para con el jénero humano? ¿Quién, sin embargo, puede atreverse a negár, sér esta, una doctrina inventada por Satanás, que repugna diametralmente, con el Artículo expreso de la Fé, que ellos murmuran cada dia en el Símbolo de los Apóstoles, si es caso, que entienden lo que murmuran; «Creo en la remisión de los pecados?» Si, pues, crees, * que te son remitidos los pecados por medio del Hijo de Dios, nuestro libradór; ¿con qué cara te atreves a dudár, de la divina promesa? Dezia Díaz, que este pernizioso dogma, era perdición, i peste de las almas, i recordaba ejemplares de muchos hombres, que habiendo tenido con esta duda impía, una lucha gravísima, i conflicto, en el combate último; nunca sin embargo pudieron levantár su mente, i ánimo a Dios; ni venzér esta duda perniziosa. Dejo muchos ejemplos, que le oí. Solo recordaré, lo que refirió una vez, azerca de la sola escuela de Lovaina, aseguraba que haze pocos años, existían en aquella ziudad tres hombres no del vulgo, que enloquezidos con esta furiosa opinión, * en el tranze extremo de su vida, deses- * 7.
peraron de la salvación de su alma. * 8.

Contaba primero, a un tal Guarlaco, que había sido educado en las aulas de los Teólogos, i profesaba las Sagradas letras (como dicen) entre los fráiles Gertrudianos. Luego que este se

sintió acometido de la última enfermedad, i que estaba ya zercano el día postrero de su vida, comenzó a repetir, hasta el último aliento, aquellas tristísimas voces de la Lei, que suelen proferirse por hombres desesperados: «Que él había vivido perdidamente, i no podía sostener el juicio de Dios: porque reconocía, que sus pecados eran mayores que los que podían alcanzár perdón.» I así perezió aquél infeliz oprimido por esta triste desesperación, que había aprendido en sus Disputas escolásticas; i esa desesperación, es lo que alcanzó, como por premio de sus trabajos, * de aquella ofizina preclara de Teólogos.

Al segundo, llamaba Arnoldo Bomelio, joven bien instruido en toda liberál doctrina, i no reházio en el conozimiento de la relijón verdadera. Pero este, que en la flór de la edad mostrábase un joven de índole exzelente; luego que se entregó a la amistád, i diszipulaje de un tal Tilmano, Lizenziado en Teología, que está a la Cabeza del Colejio del Pontífize, fué enteramente pervertido, i toda aquella su noble condición, se extinguió completamente. Pués como frecuentemente oía de aquél su Maestro de duda, aquellas acostumbradas voces de desesperación, i otras muchas en aquél sentido, recabadas de la doctrina impia de los escolásticos, que fácilmente podía hazér vazilar la mente bién dispuesta del

* 10. joven; * comenzó, también él, a entrár en desesperación, i en duda, de su salvación. Peleaba diariamente con esta triste duda, hasta que vencido finalmente por ella, salió una vez fuera de la ziudad, como de paseo, acompañado de otros tres estudiantes que vivían con él. Juntos volvían del paseo todos ázia casa, cuando Arnoldo se sentó zerca de una fuentezilla, como para descansár algo de la caminata en aquél sitio. Sus demás compañeros, que de él nada malo podían sospe-

charse, i mas bién le creían divertido, estaban de él poco distantes. Arnoldo entretanto, sacando, a escondidas, un puñál que traía consigo, con su propia mano se le metió en el pecho, hasta el corazón. * Los estudiantes, que con él habían venido, * 11. notaron, que Arnoldo poco a poco vazilaba: i notaron que la sangre, que de la herida ocultamente salía, enrojezia la misma fuente. Azércanse a él espantandos, rejístranle todo el cuerpo, i cuando conozieron lo que había hecho, cojen al herido, i le entraron en la casa mas próxima. I si bién, dudaban allí, si la herida era, o no, mortál, le exhortaban, sin embargo, a que se arrepintiese del hecho. Mas él, en su semblante exterior, i aun por algún indizio de su voz, mostraba alguna señal de arrepentimiento. En el ínterin, sin embargo, se aperzibió, que colgaba un cuchillo, del zinto de un amigo, que se hallaba zerca de él. Arrebatósele prestamente Arnoldo, * i se traspasó con él, instantáneamente, el pecho, atra- * 12. vesándose con gran ímpetu el corazón. I así perezió miserablemente.

El terzér caso, que produzia, era el de Jacobo Latomo, el primero, sin disputa, entre los Teólogos de Lovaina: el cuál tres años antes, después de aquél Discurso nézio, i pueril, que a presenzia del Emperadór hizo en Bruselas, i con el cuál se hizo ridículo a toda la Corte: después, cuando volvió a Lovaina, comenzó a devaneár, arrebatado por zierto pernizioso furór, i a prorrumpír en voces llenas de desesperazió, i de impiedád, aun en la misma lección pública de su Cátedra. Lo cuál visto por los demas Teólogos, en particular por Ruardo Anchusiano, tartamudo miserable, i de crueldád, e impiedád inauditas; * cojieron al furioso Latomo, i le tuvieron enzerrado * 13. en casa. Desde aquél tiempo, hasta el de su aliento postrero, no gritaba otra cosa Latomo, sinó que estaba condenado, que

estaba desechado por Dios, i que no le quedaba ya mas esperanza alguna de salvación, o perdón; porque había impugnado la verdad, que había conozido. Estas cosas refería Díaz, de Latomo, por haberlas oído a hombres dignísimos de fé, que viven hoi día en Lovaina: en particular a un médico, que fué llamado para asistir al enfermo Latomo, i que dezía, haber él oído, de boca del paciente, esas mismas voces de desesperación. Que si Latomo, pudiese volvér á esta luz, desde el lugar donde ahora está; no cabe duda, sinó que él mismo,

* 14. pensaría azerca de mudár el jénero de doctrina, * i exhortaría también a sus colegas, para que no cayesen ziegos, i sepultados, en condenación semejante á la suya. ¡O, doctrina deplorable, que, donde es mas nezesaria, no tiene uso ninguno; i abandona, al que la posee, a los terribles espantos de su conzienzia!

Compara, si te pareze, con estos Teólogos consumados, a un labradór, que murió haze poco en Friburgo, zitudád de Turingia, con una grandeza de ánimo en Dios, mui de otra manera. Yazia en cama este rústico, aflijido por enfermedad grave: i como ya se hallase zercano a la muerte, los que con él estaban en la habitación, vieron entrár a la alcoba del enfermo, a un hombre de gran cuerpo, de aspecto terrible, de ojos

* 15. zentelleantes, * de los cuales parezía, que arrojaba chispas de fuego. Este, vuelto al enfermo, dijo: «Hoi te toca morir, i yo pido tu alma, por derecho mio.» Mas el enfermo, con entereza de ánimo, respondió: «Preparado estoi, ziertamente, a partir de aquí, siempre que fuere llamado por mi Señor, que colocó mi alma en este domizilio del cuerpo, como en una fortaleza: i a Él solo entregaré esta alma, que tú pides inicua-mente, porque Él la libró con su sangre, de la servidumbre de la muerte, i del pecado.» Entonzes él: «Tú estás, dijo, mancha-

do con muchas maldades; i yo tan solo estoi aquí, para describir todos tus pecados.» I diziendo esto, sacó luego del pecho papél, i tintero, * i como dispuesto a escribir, se sentó junto a * 16.
una mesa, que allí casualmente estaba entonzes. Entonzes el rústico: «Sé, que me hallo contaminado con muchos pecados: pero, sin embargo, también sé, que todos ellos han sido quitados en la Cruz de nuestro Señor Jesu Cristo, por el cuál Mediador, confio ziertamente tener aplacado para mí al Padre. Mas si deseas describir mis pecados, nada temo: i aun de buena gana te los dictaré. Escribe pués:-«Todas nuestras justizias son inmundas, como trapo de ménstruo, que, bajo ningún conzepto, no podrán subsistir ante el juizio de Dios.»-Escribió aquél malvado: i de nuevo le exhorta a que prosiga dictando de este modo.-Entonzes *dijo* el enfermo: Pero tú prometiste, ó Dios vivo, i eterno: «Por mí, por mí, * borro tus * 17.
iniquidades.» Prometiste además: «Si fueren vuestros pecados como la grana, serán emblanquecidos como la nieve.»-Pasó por alto, estas palabras, el impostór, i le insta mucho, para que solamente se ocupe de aquél argumento, que había comenzado a dictár, desde un prinzipio. Entonzes el enfermo, con grán alegría de ánimo, i constanzia, dijo: «Aparezió el Hijo de Dios, para que destruyese las obras del Diablo.» Con este dicho, desaparezió luego aquél perverso Acusador; i poco tiempo después, pasó a gozár aquella compañía eterna de los bienaventurados, la alma santa de aquél labrador.

Con esta imagen sólida de piedád, compara la sabiduría de aquellos Rabinos, de la cuál, sin embargo, se hallan destituidos en la mayor, i mas grave de todas las luchas: i considera conmigo, * cuál de esas deba ser la muerte mas deseable para * 18.
el hombre cristiano.

A ejemplo, pues, de nuestro Díaz, abrazemos también nos-

otros, a brazos abiertos, antes bién, con todo el corazón, aquella doctrina de relijón firme, i sólida, que el mismo Hijo de Dios dió a su Iglesia: i retengámosla constantemente, como una zierta zelestiál, i eterna posesión nuestra, en la confesión de su verdadero sentido, hasta el postrero aliento: que ella nos traerá, no solo en los terrores de la conzienzia, i peligros del mundo, amparo firme, i alivio de miserias; sinó también, acompañará a nosotros mismos, hasta el zielo.

- Pero ya, cuanto se enzerrase en nuestro Díaz, de verdadera doctrina, i cuán santos pensamientos; algunos de sus
- * 19. escritos, * que dejó a su muerte; claramente lo atestiguan. Mas lo que en él podría considerarse como milagroso, es, que no solo había aprendido, con mucho cuidado, la doctrina zelestiál; sinó que también esta doctrina, traspiraba divinalmente en su discurso, en sus costumbres, usos, i en todo el tenór de su vida. Toda su vida, era un ejemplo de virtud, de piedád, i de relijón. Tánta gravedad se miraba en él unida, o conjunta, con el temór verdadero de Dios, en toda aczión suya; que todos los que le conoziesen, tenían que admirár en él este don singulár de Dios. Vimosle en esta ziudad de Ratísbona, perpetuamente afanado en estudios de piedád, no sin admirazión de todos los buenos, que consideraban dilijénte-mente esta asiduidád. En esta ziudad hizo testamento, escribió
- * 20. con mucho cuidado su Confesión * de Fé, i preparó todas sus cosas, no de otra manera, que si tuviese de continuo la muerte delante de los ojos: a la que quería estár preparado, como dezía a cada momento: para que, cuando fuese llamado por Dios, pudiese partir a aquella pátria eterna, que ha de durár siglos sempiternos. Recuerdo, cuando estuvimos en Neoburgo, poco antes del suceso tristísimo, que acontezió, permitiéndolo así Dios, cuando por la noche nos fuimos a acostár; arrod-

llado él, segun su costumbre, oró con mucho mas fervór, i mas largo, que lo usuál. Después de aquella Orazión, me entretuvo una buena parte de la noche, en la considerazió de las obras de Dios, i en exhortarme a la verdadera piedád. Yo, pués, así me inflamé con su orazió, * que cuando le oí luego * 21. discurrir, parezíme oír las palabras del Espíritu Santo.

Ziertamente, cuantas veces me recuerdo de este discurso postrero, i cuantas de toda la vida de este varón santo, que, por otra parte, traigo perpetuamente impresa con vivos colores en mi ánimo; otras tantas juzgo tenér delante de los ojos, un ziertó ejemplár divino propuéstome por el mismo Dios, i a cuya norma, debo yo componér mi vida. Pero, puedo realmente considerár, i admirár esta virtúd, i piedád, mui dignas por ziertó de serlo: mas no puedo alabarlas, ziertamente, como se merezen: que si a pesár de eso, me determinare á su justa alabanza, ¡cuán ilustre, i vistoso razonamiento, no podría sujerirme! Mas este será tu cuidado, o Doctísimo Bucero; para que la dignidád, * fé, e integridád de este hombre, cuya * 22. memoria será perpetuamente sacrosanta en los ánimos de todos los píos; sea zelebrada también por tus letras.

Pásalo bién. En Ratisbona, a 10 de Mayo del año de 1546. En cuyo tiempo, zerca de 5150 años antes, fué perpetrado el parrizidio [fratrizidio], primero, cuya imajen i ejemplár vemos en este segundo.

FIN.

* HISTORIA VERDADERA DE LA MUERTE DEL HOMBRE SANTO * 23.

JUÁN DÍAZ, ESPAÑOL: AL CUÁL MATÓ ABOMINABLEMENTE, COMO A OTRO ABÉL, SU HERMANO CARNÁL ALFONSO DÍAZ, SIGUIENDO EL EJEMPLO DEL PRIMÉR PARRIZIDA [FRATRIZIDA] CAÍN. POR CLAUDIO SENARCLEO.

Lo que el mismo Hijo de Dios, Señor, i Prezeptór nuestro, Jesu Cristo, inculca á sus diszípulos en muchos Discursos suyos, que se guarden con dilijenzia de la corrompida doctrina, i de los Doctores impíos, á los que llama el Apostol Pablo, « falsos hermanos »: esto mismo pienso justo, que consideren, como dicho a ellos propios, todos los que entienden los peligros públicos, i se aflijen verdaderamente, como deben, de las calamidades de la Iglesia. Pués zébase horriblemente el Diablo en la Iglesia, inflamado * en ódio del Hijo de Dios, para * 24. corrompér con sus engaños la integridád de la Doctrina zelesiál: e impelér a la perpetración de maldades horribles, a los hombres profanos, que él, con su encanto, enloquezió. Esto, pués, de que casi innumerables ejemplos, antiguos, i modernos, dan abundante testimonio, que es zertísimo; ahora manifestamente lo declara, el ejemplo presente, del santo varón español Juan Díaz, que, como a otro Abél, por cáusa de su profesión de la relijón cristiana, mató su hermano carnál Alfonso Díaz, arrebatado de Caínico furór. Oído lo cuál por uno de mente pia, estremézese, en todos sus sentidos, i desea conózér la piedád de este varón de Dios Juan Díaz: i pide con ardientes votos a Dios, la venganza de tanta maldád: * que zier- * 25. tamente ha dé venír del zielo, no solo sobre este Alfonso parrizida [fratrizida], sinó también sobre los demás adoradores de idolos, que fueron autores, o aconsejadores de este parrizidio

[fratrizidio]. Pués como este sea un ejemplo de tal naturaleza, cuyo semejante no se halle ninguno en muchos siglos anteriores; se ha juzgado enteramente digno de ser encomendado a la memoria: para que aprendan los que se adhieren a algún amor de piedad verdadera, cuán seriamente debe ser temida la ira de Dios, contra estas maldades atrozes; i aprendan en estos dos hermanos, cuán digna es de ser imitada la fé, constanzia, e integridad del uno; i abominadas la perfidia, impiedad, i extremado furór diabólico, del otro. Por lo cuál, debemos comenzár la narración misma de prinzipios algo mas remotos, para que mas fázilmente se entiendan las cáusas, i orígenes,

* 26. de donde dimanaron * estos malvados consejos. Pero declaro, que en toda la narración, ninguna otra cosa he de dezir yo, que lo que sé, es zertísimo, i sin duda ninguna: lo que ví por mis propios ojos, i lo que supe de la boca misma de Juan Díaz, a quien acompañé hasta su postrér suspiro.

Habia nazido Juan Díaz en la ziudad, vulgarmente llamada Cuenca, situada en aquella parte de la España ulteriór, que está contigua a la rejión de la Bética, poco arriba, en los fines del reino de Toledo. (a) Su primera juventúd la pasó en las Universidades de España, en el estudio de las letras, a las que fué afizionadísimo desde sus años primeros. Habiendo aprendido allí los primeros elementos de las lenguas, i de las artes

* 27. liberales: fuése a París, * para perfeczionár el comenzado curso de unos estudios, que había comenzado con tanta avidéz. Permanezió en París treze años enteros, o algo mas: en cuyo tiempo aprovechó tanto en todo jénero de estudios, que, aun cuando entonzes florezian allí muchos españoles de preclaro talento, fué tenido siempre, por confesión de todos los bue-

(a) Enrevesado modo, de un extranjero, no ducho en la jeografía de España.

nos, no solo por superior a los medianos, sinó por igual a los mas aventajados. A los estudios de la mas selecta literatura, que él bebió en las fuentes Griegas, i Latinas; añadió también la piedad, i empezó a estudiár la materia teológica, con grande ardór de ánimo. I como entendiese, que para perzibir rectamente estos estudios, era indispensable el conozimiento de la lengua Hebrea, se aplicó con tal empeño a conozerla, i sobresalió con tal espezialidad en ella; * que, en * 28. esta parte, sobrepujó, a los demás de su Nazione. Solía con frecuencia dezir, que todos los que quisieren emplearse con alguna utilidad en el estudio de las letras, debían trabajar con todo empeño, en conozér las fuentes mismas: mirár la mismas cosas, con sus propios ojos: pesár con todo cuidado, la propiedad de la lengua; no fiándose de las interpretaciones depravadas de hombres ineptos: de las cuales vemos, mas claro que la luz del medio-día, cómo en toda la vida, oriijnarse también caídas no leves de ingenios privilegiados; i existir además corruptelas, que no deben tolerarse en la Iglesia misma de Dios. Es además el conozimiento mismo de las lenguas, no solo útil, i nezesario, por sí, sinó también agrábilísimo, i noble: pues, zierto, si otra cosa no, mas puras * se * 29. beben las aguas de la misma fuente. Así este Juán se propuso hazerlo en la Leczió de las Sagradas Letras. De la propiedad de la lengua, i de todo el contexto de la Orazió, entrañaba un sentido del Espíritu Santo, firme i perpetuo: el cuál, considerada diligientemente la frase, i disposizió de todo el escrito, produzía sin ambigüedad la naturaleza misma del lenguaje; ambigüedad, que hallarás con frecuencia, en los comentarios de algunos Doctores de grán nombradía, que por ignoranzia de la lengua, muchas vezes dicen cosas mui absurdas, i a vezes repugnantes entre sí. I, por

tanto, solía afirmár, que mayor luz podía él recabár, para la intelijenzia de los Libros Sagrados, del simple contexto de la

- * 30. Orazión, considerado atentamente en sus fuentes; que * si añadiese la lectura de muchos comentarios. Mas a esta doctrina exzelente, exornaban, a marabilla, una suavidad admirable de costumbres, un candór singulár del ingenio, una integridád, prudenzia, i gravedád, i una zierta dignidád peculiár, en todas sus acciones. Pués estos dones zelestiales de Dios, resplandezian tan claramente en este santo hombre, que este conjunto de virtudes añadía tanto de ornato a su erudiziön, cuanto de grázia, i dignidád, le atraian las letras. Yo viví familiarmente con él en París, viví en Jinebra, viví en Estrasburgo, viví en Ratísbona, viví finalmente en Neoburgo: en cuyos puntos, puedo afirmár con verdád, habér sido él tan amado por todos los hombres, que algo le conozieron, que si hubiere sido hermano de cada uno de ellos, no podia haberles
- * 31. sido * mas querido. I yo ziertamente cuento entre mis dichas prinzipales, el habér sido amigo familiár, i querido, de este santo hombre.

Mas, a la vez, no puedo contenér las lágrimas, cuando me viene a la memoria, que esta tan gran doctrina, i virtud, i tamaña piedád, hayan sido extinguidas tan miseráblemente. Pero, volviendo a mi propósito, tanto aprovechó Díaz en el estudio de las letras, i de la virtud, i con la meditaziön perpetua de la Sagradas Letras; que conozió fázilmente la vanidád de la teología escolástica; i alcanzó con la bendiziön del Espíritu Santo, una notizia mas clara, de doctrina mas pura. Lo que aprendió realmente con la lectura de los escritos de S. Pa-

- * 32. blo fué, que la justizia delante de Dios, que * ninguna obra de hombres por mui santos que sean puede formár; se alcanza por la misericordia sola de Dios, por los fieles, que la rezi-

ben por fé. Constituido esto, como fundamento, era fácil superar las demás dificultades de la doctrina Cristiana, en particular a un hombre piadoso, i de vida intejérrima, como era Juan Díaz, que con la pureza de la vida, i con todos los ofizios de piedád, daba muestras de aquella misma doctrina, que habia aprendido de las Sagradas Escrituras. Por fin, como, andando el tiempo, se diese a leér mui buenos libros, i a disfrutár del trato de hombres mui doctos, i añadiese también la invocación perpetua, a Dios Eterno Padre de nuestro Redentór Jesu Cristo, de quien pedia con ardientes ruegos, el conozimiento completo de Él; * logró aprendér con mucha dilijenzia un cuerpo completo * 33. de purificada dóctrina. Conozióse ya rico de zelestiál opulenzia, con este conozimiento de doctrina verdadera: i que de ninguna manera debía esconderla, o disimularla, como luz apagada, o sepultada bajo el zelemín: pero como dispensadór fiél. de los misterios de Dios, juzgó debía ponerla en elevada altura, esto es, en la misma Iglesia de Dios, en la que oía resonár claramente la voz del Evangelio, i ostentarla, i proclamarla distintamente, a oídos de todos los píos, i a vista de todo el orbe. I no se detuvo. Pués dejando a París, se fué a Jinebra, para ver el estado de su Iglesia, la cuál sabía haber sido limpiada de la suziedades de la idolatría, poco antes introduzida en la Iglesia de Dios, i restituida a su primitivo, o séase a su apostólico resplandór, por el doctísimo varón Juan Calvino, que ahora desempeña en aquella Iglesia el ofizio de Pastor. * Permanezió por algunos meses en aquella zitudád, para * 34. considerár su forma de Iglesia, i de república: en cuyo tiempo comunicó su sentir, azerca de cada uno de los artículos de la relijón Cristiana, con el mismo Calvino, i otros ministros de la Iglesia Jinebrina: por cuyo parezér, consta fué mui aprobada la doctrina, e integridád de Juan Díaz. Quiso

después ver las restantes bién constituidas Iglesias, en Alemania, en las que sabía resonár la voz verdadera del Evangelio, para recorrerla toda, i conózér las costumbres de los hombres, i tratár con los varones doctos, ya de toda doctrina, ya

- * 35. *prinzipalmente azerca de la relijión. Partido, pués, de Jinebra, vino a Basilea: donde habiendo permanezido pocos días después de habér hablado con los fieles ministros de Cristo, que allí presiden á su Iglesia, i Universidad, i saludado a todos tiernamente: determinó ir a Estrasburgo, en cuya ziudad había resuelto fijár por mas tiempo su residencia, pues considerábala floreziente, por abundár de hombres doctísimos: i estár en ella, a lo menos, hasta que Dios le destinase a otro lugár, mas util. Vivió, pués, en Estrasburgo, la parte del verano pasado, hasta el mismo solstizio invernál; grato a todos durante aquél tiempo, que le amaban, como á verdadero hermano de cada uno a cáusa de su señalada integridád, i virtud.
- * 36. Mas, en particular, fué carísimo, al mui claro varón, * el Señor Martin Bucero, de cuyo trato disfrutaba él mismo familiarmente por la exzelente doctrina del hombre. Últimamente cuando casi a fines del año pasado [1545], se convocó por la Majestád del Emperadór, al Coloquio sobre relijión, que había de zelebrarse, en Ratisbona; le parezió al Senado, i pueblo de Estrasburgo, enviár también en nombre público de la ziudad, a Juan Díaz, cuya fé, e integridád, tenían bastante probada i experimentada, i para empleár también sus trabajos en este negocio público. Envióse pués a Juan Díaz, a Ratisbona, junto con el Dr. Bucero, proveyéndoles además de una lizenzia testimoniál de la fé pública; para que ninguno de aquellos que defienden la dignidád Pontifizia, i se oponen a la
- * 37. verdád de la doctrina zelestiál; * se atreviese temerariamente a violar la *inmunidad debida* a un enviado por autoridad pú-

blica. I yo, que siempre le había acompañado, tampoco quise abandonár al amigo, en este su público desempeño, al que yo amaba como a hermano, i al que deseaba ver salvo.

Luego que llegó a Ratísbona, fué Díaz a buscár a Pedro de Malvenda, españól, que fué nombrado colocutór, i defensor de la parte contraria, o séase de la idolomanía del Pontífize. Del cuál Malvenda, siempre que se haga menzión en este escrito, téngala por hecha el lector, para afrenta perpetua, del traidór perverso, i del hombre pérfido.

Cuando primeramente le vió este Malvenda, que por otra parte ya le había tratado familiarmente en París; no de otra suerte * se asombró, que si viese, puesta delante de sus ojos * 38. alguna cosa prodijiosa. Por fin, luego, que por muchas muestras, había declarado la admirazión que le había producido, con su inexperada presenzia; azercóse a Díaz, i le dijo: «Que le parecía soñár, i no mirár una realidad, al verle presente, particularmente en Alemania, i, de hecho, en compañía de Protestantes, que mas habían de gloriarse, de atraér a su sentir a un solo españól, que si convirtiesen a diéz mil alemanes, o a hombres innumerables de otras Nazines.» Pués de estas palabras usaba, como lo oí yo mismo, que asistí a este primér Coloquio. Así, aquél preclaro Doctór, aprendió a estimár la dignidád de la doctrina zelestiál, * a la que deben obe- * 39. dezér, por veneranda, sin controversia alguna, todas las criaturas; por la gloria, o de los alemanes, o de sus *paisanos* los españoles; i no, mas bién, por el decreto inmutable de la voluntad divina. O como, si en nuestras Iglesias se enseñase otro jénero de doctrina, que el que abiertamente declara el Apostol Pablo haber enseñado a la Iglesia de los Corintios, es a saber, a Jesu Cristo, i a este Cruzificado; al cuál uno, todos los doctores de Alemania, a una voz, claramente dan testimonio

- con el Apostol , habér padezido por nuestros pecados ; i habér resuzitado de los muertos , por causa de nuestra justificación : por causa del Cuál , tenemos aczeso al Padre , i alcanzamos
- * 40. la remisión de nuestros pecados. Esta doctrina misteriosa , * de la sabiduría , i de la bondád de Dios , debiera ser común a todo país , i nazió : i no imaginarse , que perteneze menos a los españoles , que a los alemanes. Pero Malvenda , embriagado con las dulzuras de la fortuna , no entendió estas tan grandes promesas divinas : i faszinado con el favór lijero , i momentáneo , de uno que otro hombrezillo , que deslumbró sus ojos , i mente , i ánimo ; desprezió con zierta seguridad impía los llamamientos de Dios , que le llamaba al arrepentimiento : i no consideró con atenzió , cuán gran cosa sea , i cuán nezesaria , esta doctrina única , i eterna , dimanada del seno del eterno Padre ; i el reconozarla sériamente , conservarla , i transmitirla incor-
- * 41. rupta , a todos los venideros. * Preguntó luego a Díaz : ¿ cuánto tiempo hazía , que vivía en Alemania ? ¿ Con qué intento había venido a este país ? ¿ Si aprobaba la doctrina de Bucero , i de los otros alemanes ? Respondióle Díaz con agrado , i moderazió , lo que era verdád : que hazía casi seis meses , que vivía en Alemania : que no había venido con otro intento a ella , que para recorrér el país , conózér bién la doctrina restablezida de la relijió , i conferír con varones doctos su sentir azerca de la relijió . Pués como nada debe ser , para el hombre Cristiano , ni antes , ni mas antiguo , que conózér la verdadera nozió , i voluntád de Dios , según la palabra manifiesta ; así conviene
- * 42. también , a la senzilléz del mismo , en negozio tan grande , * en solo el cuál estriba la salud , de todas las nazióes , no juzgár de ningún modo , por los privados , o corrompidos afectos de nuestro entendimiento . Mas pesár con prudenzia , i gravedad toda doctrina , según la norma de la verdád , esto es , según

la regla prescripta por los oráculos de Dios: conforme al precepto de Pablo, que nos permite explorarlo todo, i no abrazár otras cosas, que las que son exzelentes, i corresponden al nivél de la verdad. Pués en negozio de tan gran entidad, prefería créer mas bién a sus ojos, que a denunzias falsas de los hombres malos; i por esta cáusa prinzipalmente, había determinado visitár la Alemania, para ver delante de sí, depurada, por hombres doctos, la forma de doctrina, que profesan de común acuerdo, casi todas las Iglesias en Alemania. * Lo * 43. cuál habiendo hecho con dilijenzia, i hallado realmente convenír la doctrina, con toda la antigüedad, de ningún modo le parecia prudente, ni aun podía en sana conzienzia, vituperár el perpetuo consentimiento de los Profetas, i Apóstoles, que por largo tiempo habia buscado, i ahora, réalmente, reconocía puesto en claro.

Malvenda, con rostro que aparentaba no sé qué admiración superstiziosa, respondió a esto, diziendo: «Zierto, que a un hombre pio, el estár seis meses en Alemania, no solo meses, sino un año entero, o mas bién, seis siglos, deben parezerle, pues hasta tal punto es triste vivir en Alemania, al que ama la unidad de la Iglesia Romana, i venera su autoridad. Yo, en verdad, puedo injénuamente declarár, azerca de mí mismo, * que * 44. mas me he avejentado, durante solos seis días, en Alemania, que si fuera de ella, * en cualquiera otro país, hubiera consumido seis enteros años de mi vida: pues aquí, en todos estos veinte años últimos, no se oyó ninguna doctrina diferente de la suya, ni se leyeron otros libros, que los de sus doctores. Ejemplo, en verdad, deplorable, i que ziértamente no debiera imitarse por algún hombre de bién, mucho menos, por tí, que naziste en aquella tierra, en la que siempre florezio, i siempre dominó, la relijón antigua de la santa madre Iglesia, única tier-

ra, que la doctrina de sus mayores guardó íntegra, i pura de toda mancha de sectas, entre tantas discórdias de todo el globo.

Por lo cuál, en grán manera te exhorto, a qué tengas res-
 * 45. peto a tu propia estima; * i no te empeñes en mancharte a tí propio, a tu familia, i a la pureza jeneral del nombre Español con tamaña nota de herejía.»

Estas cosas, i otras, dichas a este tenór, pasaron en el Coloquio primero, en el que Malvenda presentó la excomu-
 nión del Pontífize Romano, i semejante jénero de fruslerías. A todas las cuales, respondía harto modestamente Díaz. Mas: como Malvenda se rezelaba de mi presenzia, ni se atrevia a manifestár enteramente, i del todo, lo que tenía en su ánimo; se apartaron así por ambas partes, en aquél Coloquio primero: mas con la condición de volverse a reunir de nuevo Díaz, i Malvenda, pues este negaba quedár aún satisfecho.

Después de esta primera conversazón, le habló dos veces
 * 46. Díaz solo, * al cuál, cuando le ví, volviendo de la conversazón con Malvenda, le pregunté azerca de lo que había pasado entre ellos.

Díaz respondió. Te contaré todo con sinzeridád: por tanto dame atento oído. Luego que me vió, se revistió de zierta gravedad, i seriedad; empezó, con tono patético, a hablárme en este sentido.

Díaz: poco haze, que te exhortaba, a que abandonases esta compañía, en la cuál te encuentras ahora; i te volvieses a la obediencia del Pontífize Romano, i, según tu primitiva costumbre, a la relijón de nuestros mayores. Eso mismo he determinado hazér, al presente. Que si tu no obedezieres, a quien te avisa rectamente; preveo ya, desde ahora, con los ojos del alma, que te han de sobrevenir graves peligros, tanto de cuerpo.

como de alma *. Pues pienso, que tú no ignoras (i ziértamente * 47. debes estar persuadido de ello), que están excomulgados por el Pontífize Romano, todos los que voluntarios, i a sabiendas, tienen comunicación con los Lutheranos : i de tal suerte son heridos con el rayo terrible, que ningún otro, fuera del mismo Pontífize Romano, vicario de Cristo, puede librarlos de este crimen. Pues esta excomunión, que consta haberse hecho, e instituido, por derecho divino, en ninguna manera debe despreciarse : porque teniendo su orijen en la instituzion misma de Cristo, i de los Apóstoles; i de ahí, habiéndose traspasado al vicario de Cristo, i suzesor de los Apóstoles, en cuyo poder, se ha de creer, que reside la autoridad suprema de atár, i desatár; ahora se aplica, por ordenazion divina, a la reprehension de los malos. * Sabes, además, que por voz clarísima de Dios, se instituyó : que nadie se atreva a tomar alimento, o a entablár conversazion, con hombre excomulgado por la Iglesia; sinó que se le tenga por condenado, como a miembro cortado de cuerpo de Cristo, o como a peste mortífera del jénero humano. Además, si la condizion particular de tu individuo, o la salud de tu alma, no bastasen a apartarte de tan mal propósito; realmente el amor de patria, i la relijion antigua de tus mayores, cosas, que con razón deben ser antepuestas a nuestra fortuna, i vida; deberían retraerte de tu opinion depravada. ¿Pues, qué han de dezir, las demás Naciones del globo, quando veán que por tí solo, se desprecia, i contradize, la relijion de tu patria, * cuya constanzia, fé, e integridád, en observár * 48. las instituciones de sus mayores, admiran las demás Naciones, i tan solo por esta cáusa, vuelven sus ojos a nuestra España, como a la fortaleza de la relijion, o, realmente como a un dechado de vigór, i de esfuerzo, todos cuantos ansian ver conservada la relijion antigua de sus mayores? Por último, es

- una locura, unida también con un delirio grande, el que te juzgues haber, tú solo alcanzado, a tener mayor luz, en la doctrina de la religión que la que pudieron descubrir ya, en tantos siglos, tantos miles de hombres. Lo cuál, aun si fuese verdad, no por eso convenía hazer la cosa, casi sediziosamente, ni por causa de la opinión de pocos hombres, * violár al punto la disziplina bien establezida de la pátria, i perturbár la tranquilidad de la república. Por lo que de nuevo te ruego, que mires por tu salvación: que temas mucho el juicio de Dios: que atiendas a los clamores de la pátria, que no solo se queja de esta injuria que tú la hazes, sino que clama casi en alta voz, i pide la denegación de este parezér depravado. Mas yo, en este asunto tan importante, no solo te exhorto cariñosa, i amigablemente; sinó que prometo, que no ha de faltarte mi cooperazió, i auxilio; si en esta parte quisieres seguir mi consejo: que confío te había de ser útil, i saludable. I así, si me das oídos, no debes aguardár a que el Emperadór venga a Ratisbona (lo cuál quizá no acontecerá sin daño tuyo): sinó
- * 51. que, * mas bién, tú mismo le saldrás al encuentro, i en su Corte, postrado á los piés de su Confesór, hombre religioso, i prudente, pedirás, con ahinco, misericordia, i perdon del Crimen reconocido.»

Oí, realmente, con ánimo bastante apazible, i tranquilo, el discurso artificioso del perverso acusadór: cuyas palabras insidiosas; aunque entendí fázilmente a qué se encaminaban; sin embargo, por no llegar al extremo de empeñarme en disputas, con un hombre, cuyo descaro, o perdida vergüenza, bién conozía; le respondí con modestia mayor, de la que merezía, por su propia maldád: si bién, no pude hazerlo, por la gravedad del asunto, sin alguna alterazió. Confesé injénuamente, tener así determinado en mi ánimo, que en una causa,

la mayor, i mas grave de todas, * i de la cuál pende nuestra sal- * 52.
vación universál; no rehusaría, si el caso así lo requiriese, su-
frir todos los peligros, que pueden acaezér a un hombre, con
tal de que a la pureza de la doctrina constase su integridád ze-
lestiál. Antes bién, juzgaría por cosa bella, i gloriosa para mí,
el dar también hasta la misma vida, en testimonio de la relijón
cristiana que desearía se confirmase, aun a costa de mi san-
gre. ¿Pues qué otra cosa es, en este estado de mortalidád,
la vida entera de los hombres, que una continuación perpétua
de miserias, si se careze del conozimiento de la relijón ver-
dadera, de donde puedan recabarse defensas firmes, i consuelos
segurísimos, para mitigár los peligros del mundo? Ni yo (por
la grázia de Dios) me conzeptúo, * o Malvenda, tan infelizmente * 53.
ejerzitado en la escuela del Espiritu Santo: que piense deba
anteponér las iras del mundo, ó la autoridad de algún hom-
bre; a la voluntád eterna de Dios, que la verdád misma nos
dejó expresamente manifestada en los oráculos divinos. Mas
reconozco, ser ésta la voz eterna del Hijo de Dios, que para
toda posteridád, resonó desde el zielo: «El que no me confesá-
re delante de los hombres, ni Yo le confesaré delante del Pa-
dre zelestiál.» ¡Amenaza terrible, ziertamente: no promulgada
por alguno de los Tirános mortales; sino pronunziada, por con-
sejo recóndito del Supremo Hazedór! La cuál, oyendo, si real-
mente tú no tiemblas, o Malvenda, no te juzgaré hombre sensi-
ble, sinó mas bien pensaré, que tienes un corazón verdade-
ramente férreo, o marmóreo. * Aconséjame, que a cáusa de los * 54.
peligros del mundo (que aunque sean grandísimos, ziértamen-
te no pueden ser duraderos) deseche la profesión de la doc-
trina Cristiana, en la cuál sola, sabes, que se contiene la salud
de todas las nazioniés, que ha de durár para siempre. Pero
mira cuanto mas rectamente, sentían los hombresjentiles, que

iluminados por la sola luz natural, no solo tuvieron por cosa nezesaria, sinó también espezialmente por gloriosa, el entregarse a la muerte por sus aras, i hogares: por la defensa de la pátria: por la salud de la república. Gravísimo, en verdad, es el dicho de Demóstenes: *πέρας ἅπασιν ἀνθρώποις ἐστὶ τοῦ βίου ὁ θάνατος. καὶ ἐν οἰκίσκῳ τις αὐτὸν καθεύδῃ τήρη. δεῖ δὲ τοὺς ἀγαθοὺς ἄνδρας ἐγχειρεῖν μὲν ἅπασιν αἰεὶ τοῖς καλοῖς, τὴν ἀγαθὴν προβαλλομένους ἐλπίδα, φέρειν δ' ὅ, τι ἂν θεὸς διδῶ γενναίως.* [La muerte es, para todos los hombres, el término de la vida: aunque uno se guardase enzerrado en una cueva. Conviéneles pués, a los hombres buenos, ejerzitarse de continuo en todas

- * 55. cosas buenas, poniéndose delante, la buena esperanza * de soportár varonilmente todo cuanto Dios les enviare.]—Así pués, pienso, que a cualquiera afizionado, i apegado, a la verdadera piedád, le cumple reconozér solemne, i dilijentemente, la verdád eterna de Dios, manifestada por la voz clara de Dios en los Oráculos divinos: i reconozida, retenerla constantemente hasta el postrér aliento: i servir legalmente a Dios, en su vocación, según la verdád, que le ha sido confiada: i no permitir, que le aparten del bien establecido curso, i de la verdád una vez abrazada: ningunos peligros de este mundo, que puedan intervenir: o iras algunas de los tiranos. Por lo cuál, como yo me haya propuesto hazér esto mismo, en vano disertarás, o Malvenida, o te empeñarás en espantarme, i a otros con tus raziozios falsos, para que me aparte de la doctrina verdadera de la
- * 56. Iglesia de Dios que también, tú * mismo, debías profesár.

Mas, en cuanto á la excomunió del Pontífize Romano, que me presentas; me admiro mucho que abuses tan destempladamente del tiempo, i de las palabras, que te hayas propuesto sériamente engañarte, como en cosa de diversión. ¿Pués quién ignora hoi, aunque sea el chiquillo mas infimo, que ellas, son

rayos vanos, inventados solamente para establezér la tiranía de los Pontífizes? Ahora no disputaré contigo, azerca de la potestád, ó poder del Pontífize Romano, cuya dignidád, cualquiera que sea la que se le atribuya; ni yo me ho propuesto ahora destruír; ni zircunscribirla a sus límites. Por mí, arróguese él, si así se le antoja, las riquezas, i poder de todo el mundo; con tal que nos permita guardár pura, e inmaculada, la doctrina zelestiál. * Consta, en verdád que esta doctrina, es por * 57. él, como por un enemigo de Cristo, torpemente destrozada, contaminada de muchas maneras, i oprimida con servidumbre tristísima, no sin daño de muchas almas. Realmente debia resistirse esto, no lijera, ni oscuramente, a él, a tí, i a cualquiera defensor de su impiedád; para que no aparezca, descuidada, o oscurezida, por nosotros, la gloria de Dios, que cada uno, en su ofizio, debería ilustrár. Ten, pués, esto por respuesta mía: que del todo tengo establecido en mi ánimo, querér antes obedezér, á las palabras expresas de Dios, que a la tiranía de los Pontífizes, o a los decretos impíos de los hombres. Ya, por fin; para que nada faltase, a tu insidioso discurso, i para abrazár en él todos los extremos; * me tra- * 58. tas de apretár, o Malvenda, con razon á tu parezér, verosimil; i me pones delante el amor de la patria: la que si tú amases tan ardientemente cómo yo, no vivirías, de modo alguno, en esa seguridad; ni antepondrias ambiziosamente tu vientre, i tus vanos deleites, a la gloria de Dios, i a la salud de toda la pátria. Nada diré aquí de la misma España, cuya suerte, mas del caso me parece ahora compadezér que no vituperár. Reprendo, sí, gravemente, a tí, i a todos aquellos, que están conjuntos contigo, en el mismo quehazér de impiedád, por cuyo medio, vemos causarse, el que cuando hoi en dia ha iluminado, a casi todo el globo, la clarísima luz del Evangelio:

- absolutamente se la deje penetrar en España, o, cuando mucho, destellos tenuísimos de su resplandor zelestial: en España, digo, país al cual debe pertenezér, no menos que á las
- * 59. demas naciones del globo, * la redención del Hijo de Dios. Yo te ruego, o Malvenda, no quieras gloriarte demasiado, de la paz, que á tu juicio, disfruta ahora tranquila, i seguramente, España; ni vituperes sobremanera las controversias de otros países, que si algunas dimanar, a veces, por acaso, por la gran variedad de pareceres entre los hombres, lo cual no puede sucedér de otro modo, tratándose de cosas de gran entidad: dan, sin embargo, ocasión también, de investigár la verdad: i de que se vuelvan las obras de los hombres píos, i doctos, así a una explicación mas luminosa de la doctrina zelestial, como a propagár mas la gloria de Dios en la tierra. Pues la que tú tienes por paz, o Malvenda, no es paz: ya que va con-
- * 60. junta, con manifiesta impiedad, i ofensa de Dios, * o, si quisieres llamarla paz, será, en verdad, mas perniziosa que cualquier guerra sangrienta, e intestina. Amo realmente a mi patria con todo el corazón, según debo: i de tal manera deseo la salud de ella, que si pudiera, con mi sangre, librarla de tanta impiedad, como en la que ahora se halla; no dudaría en hazér, ahora mismo, el sacrificio de este cuerpo, por redimirla. Mas, por lo mismo que amo ahincadamente a la patria, me duelo más, con toda el alma, cada vez que la contemplo enteramente oprimida bajo la miserable servidumbre de hombres impíos. Un zierito mal jenio aqueja a España, que la tiene a toda ella bajo su potestád, parte subyugada bajo el
- * 61. yugo de la tiranía, parte fasciada por abominable superstición, e idolatría: de suerte; que ya se haze preziso el hazér guerra a los enemigos de Dios, por cada partícula suya. Mas te equivocas, o Malvenda, i mucho te equivocas, si no tienes por

peste mucho mas perniziosa a los hombres, el suplizio de las conzienzas, que destroza horriblemente las mentes de cada uno de los españoles; que si todo el reino ardiese con una prolongada guerra zivil; o fuese devastado por el enemigo, a sangre, i fuego. ¿Pues qué forma de relijón puede existir, donde a todo el pueblo, se le prescribe estar pendiente de la imaginación de uno, o de otro fraile delirante? ¿Dónde se ignora la doctrina zelestiál? ¿Dónde no se oye la voz de Dios? ¿Dónde ni se tiene, ni se permite, la lección de las Sagradas Letras? Niegas que haya sectas en España. Mira en torno a todos los rincones del Reino entero, i considera * sériamente conmigo, * 62. si por ventura haya otra rejión en Europa, que se halle atormentada, con tantas sectas, i tan desconformes entre sí. Allí es tanta la turba, i variedád de frailes, que siguen una relijón diversa; que hazen juramentos religiosos, a voluntád de otros hombres; que profesan una variedád increíble de sectas; que ellos mismos no pueden contarse, i sobrepujan, con mucho, á las restantes nazioni del globo: como si la relijón Cristiana, no fuese bastante para todos. Es además tánta la tiranía, i el poder de esos mismos fráiles, que se han hecho formidables, hasta a los propios Reyes, i Prínzipes. ¿Mas, finalmente, a qué uso, se zeban, i engordan, como puercos, en sus enzierros? ¿En qué entienden? ¿Qué utilidad traen a la república? Lo que realmente hazen es, que afirman su tiranía * por * 63. fas o por nefas: roban al pueblo, bajo pretesto de relijón: ponen asechanzas a la honestidád de las matronas: se prometen impunidad de todas sus maldades; ofenden la gloria de Dios: corrompen la pureza de la doctrina zelestiál: i proponen a los míseros hombres, acojér i adorár, sus imposturas, i sus sueños, en lugar de los oráculos de Dios. I cuando se hallan manchados con tantas maldades, quieren, sin embargo, ser tenidos, a

su antojo, por santísimos, i perfectísimos: i manifiestamente desprecian a los demás hombres, como a profanos, i apenas los juzgan dignos de la profesión del nombre cristiano. Pienso que no me negarás, ser estos, unos sectarios perniciosísimos, i que las sectas de ellos fueron introducidas en la Iglesia de

- * 64. Dios a instigación de Satanás, *para ruina del jénero humano, i trastorno de la Iglesia de Cristo. Si luego vuelves los ojos a otra parte, hallarás también allí no pocos espíritus fanáticos, que cada día establezen sectas nuevas: cuales son las de los alumbrados, Iñiguistas, Beatas, Saludadores, Hechizeras: i todo ese jénero de portentos infinitos, en que recaen nezesariamente los ingenios de los hombres, cuando no miran a la palabra de Dios, como a regla ziertísima de vida, i de verdád. Quien reconoce, i deplora, heridas tan graves de la Iglesia; quien investiga la verdád; quien desea rectamente mirár por su patria, aquejada con tanto peligro, quien, finalmente, no duda poner a riesgo su vida, porque en ella se restituya, siquiera, la
- * 65. integridád de la doctrina; *¿este, a tu juizio, te parecerá que obra contra el amor de la patria? A tu conzienzia apelo, Malvenda. Contémplate a tí mismo: Penetra en los rincones de tu corazón. Sentirás, del todo, á tu misma conzienzia, sériamente atestiguándote a tí propio, que son ziertísimas todas las cosas que digo. Reconocerás también, que estas maldades, ya llegaron a lo sumo: i que ya no pueden mas largo tiempo durár: i que está a tu cargo, el hazér esto manifiesto, i, rechazada la impiedad, propagár la pureza de la doctrina sagrada, que por beneficio de Dios se nos ha restituido, como por derecho de postliminio. Mas, embriagado con la esperanza vana de la presa miserable de alguno, huelgas de engañarte a tí propio, i no quieres atendér, ni entendér, cuan nezesaria sea en la Iglesia de Dios, la reforma de la doctrina ver-

dadera. *¿Qué otra cosa es, dime por tu vida, anteponér la cria- * 66.
tura, al Criador; si esta no lo es? I, realmente, en esto debía
emplearse el cuidado de todos los buenos, i supremos Prínzi-
pes, para que formasen un ejérxito contra los turcos con todos
esos frailes bodegueros, que se ocultan en España, viviendo
dulzemente en sus colmenas: i para que se arrancase de raíz
toda clase de idolatría, de los templos, i ánimos de los cristia-
nos, i en su lugar se restituyese pura, e íntegra, la antigua, i
verdadera doctrina del Hijo de Dios, de la cuál mucho dejene-
ró el mundo en los siglos posteriores. Mas yo no me aver-
güenzo del Evangelio, ni de la doctrina de Cristo, que reconoz-
co ser verdaderamente potencia de Dios, para salvación a todo
el que cree: i la cuál profesaré con clara voz mientras *viva; i * 67.
según la porzionzilla de mi facultád, i vocación, qualquier que
sea lo que hubiere yo alcanzado en esta doctrina; todo ello
lo emplearé, de mui buena gana, en zelebrazión del nom-
bre de Dios, i para edificación de su Iglesia. Mas no soi
tan arrogante, que piense que yo solo puedo ver mas que
los otros: pero juzgo ser una impiedad grande, el no asentír
realmente a las palabras expresas de Dios. No sigo, pues, ima-
jinaciones mías: o profeso algún otro jénero de doctrina, in-
ventada, i fabricada, en zerebros de fráiles: mas profeso la
doctrina zelestiál, con el dedo del eterno Padre escrita por los
Profetas, i Apóstoles con inspiración i bendición del Espiritu
Santo: sellada con la sangre del Hijo Dios, i de muchos márti-
res suyos, la cuál doctrina sola, reconozco *ser la verdadera, i * 68.
capáz de salvár a todo el jénero humano; i, sin la cuál, ningun-
na criatura, alcanzará la salvación.

En cuanto a tu consejo, o Malvenda, estoi tan lejos de apro-
barle, que llánamente, me persuado, que me fué propuesto
por tí, no sin zierta malizia. Pues, ruégote, me digas: ¿qué

misericordia puedo yo esperar de un hombre sanguinario, i perverso, cuyos fraudes, i traiciones, ázia hombres inozentísimos, están manifiestos; i cuyas nefárias maldades son demasiado notórias, para que deban ser recordadas ahora por mí? Por lo cuál, guárdate, o Malvenda, tu consejo: porque, lo que trae su origen de malos prinzipios, no puede salir a buén fin. Implora tú mismo, si quieres, el auxilio del Confesor, ya que te has propuesto venerár su autoridad, como la de un Numen zelestiál:

- * 69. *i supuesto, que has juzgado serte eso nezesario, para satisfacer esta ambiziön tuya insaziabile, o para apoderarte ziertamente de alguna presa. Que si tú, a tu vez, tienes agüante para oír un parezér, mucho mas sano, que el consejo sugerido por tu ánimo fraudulento; te pediría ahincadamente, o Malvenda, que traigas a tu memoria el juizio de Dios, que parece amenazar ya de zerca, i le temás: i conviertas todos tus designios, todas tus acciones, no a perseguir la verdád de Dios, manifestada divinalmente, en este tiempo; sinó mas bién, a ilustrár la gloria del Nombre divino.»

- Mientras yo le dezía estas cosas, aunque Malvenda murmuraba consigo propio, porque conozía ser demasiado ziertas las cosas, que por mí se dezían; no pudo sin embargo, ser movido, * a inclinarse al verdadero parezér. Mas endurecido en su malizia primitiva, respondió: no hallarse todavía satisfecho del todo. Pués negaba fuese lizito dudár, azerca de la autoridad del Papa, i de aquella doctrina, que la Iglesia Romana propuso, para que se creyese. Porque proclamaba cláramente, que el Papa mismo, como Vicario de Cristo, no podía errár. A este dicho, pués me parecía demasiado absurdo, me horrorizé realmente, i respondí con un tanto de azerbidád: «¿Qué desvergüenza de hombres es esta? ¿O, que locura de malos es, hazér inmune de pecado, á un hombre

mortal, contaminado con muchas maldades, ora públicas, ora privadas; mucho mas, cuando, con palabras claras, los Oráculos de Dios incluyen bajo pecado, a toda criatura? I cuando * están a la mano, i también a la vista, tantas, i tan negras maldades, como cada día por él, i sus Cardenales, se cometen; tantas constituciones impías, diametralmente contrarias a la palabra expresa de Dios; ¿podrá hallarse, acaso, algún hombre de tan desbaratado entendimiento, que diga, que el Papa no puede errar? Entonzes Malvenda, luego que ahincadamente excusó los vicios de los Pontífizes, aunque confesase, que eran ellos hombres de impura vida; volvió de nuevo a esto. Me preguntó ¿por qué motivo había venido á Ratisbona? Respondí lo que era zierto: Que yo había sido enviado, en nombre, i por consentimiento público, de los Estrasburgenses, para que en este Coloquio público uniese mis ruegos, a los ruegos de la Iglesia de Cristo; i promoviese con todas mis fuerzas, la conziliazió de los artículos, * que hoi andan en disputa. * 71.

En vano viniste aquí, dijo Malvenda. Pues nada absolutamente quedará establecido en todo este Coloquio. Porque si tú querías emplear tu trabajo en utilidad pública, te era menester haber ido al Conzilio que el Papa establezió en Trento, donde se reunirán los Prelados Católicos, i se afanarán con sumo cuidado en zelebrarlo, i terminarlo. Oyendo yo, pues, declarar expresamente a Malvenda, que nada absolutamente debería resolverse en el Coloquio de Ratisbona, fácilmente comprendí, que eran fraudulentos todos los designios de los Pontífizes, de quienes ninguna avenenzia podía esperarse, salva del todo la integridad de la relijió. Por lo cuál me despedí de Malvenda, sin ánimo * de reunirme mas con él después de esto. Ahí, tienes * 72. pues, mi Coloquio con Malvenda, que de mi quisiste saber. » * 73.

Estas son las cosas, que yo oí, del mismo Díaz, i he procurado trasladár aquí de buena fé: en las cuales todas, he seguido el hilo de la oración, i la manera de contar, que hube de J. Díaz; solo que no he llegado, a la gravedad de su discurso, ni a la vehemenzia de su dezir. Ni oí solamente de él, estas cosas por mí referidas: sino que también las hallé notadas, por la propia mano de Díaz, entre otros papeles, con aquella dilijenzia, que le era natural en todas las cosas.

Después de este Coloquio, que en mi conzepto fué causa
* 74. i orijen de todos los males, * no volvió mas Díaz a reunirse con Malvenda. Mas éste, exasperado, por la libertád mostrada por Díaz; comenzó, desde aquél tiempo, a armarle asechanzas, i a urdir engaños, i a dedicarse enteramente a esto: a cómo perder a aquél hombre inozentísimo. Lo que no podía hazerse con fuerza manifiesta, o por causa justa, trató de conseguir con designios solapados, i con embustes artizados desvergonzadamente por él. Escribió a la Corte del Emperadór, una carta a un Fraile Dominicano, (a) que oye las Confesiones del Zesar, en la cuál le notiziaba: «que estaba en Ratisbona el español Juan Díaz, a quién, como él mismo, en otro tiempo, hubiese conozido en París, partidário de la opinión católica, i obediente hijo de la Iglesia (estos llaman Iglesia, a la que ellos mismos fabricaron, de las columnas Romanas de hombres mal-
* 75. vados), * ahora se le veía en Ratisbona, azérrimo defensor de las partes Protestantes, i, que ya, héchose enemigo de la Iglesia Católica, se había declarado, con profesión pública, cuál amigo, i apadrinadór de Luteranos. Además enzendió con dichos atrozes, i aun con muchas delaziones falsas (como después mostró el suzesos de los acontecimientos) el ánimo del

(a) Fr. Pedro de Soto probablemente.

perverso traidór, ya por otra parte ardiente, e inflamado también, así con su malizia propia, como con el ódio de la eterna verdad divina, que ni él mismo conozió ni fué capáz de oír.

Insta, además, i ruega, para que procure apartár un tamaño mal, con algún remedio violento. Pués aseguraba, para lo futuro, si el mal crezía, que ya entonces juzgaba estar en flór; que finalmente España *abriría los ojos: vería su miseria, i zeguedád; vería la servidumbre, i tiranía: vería la ignoranza conjunta con gran soberbia, i superstición: vería también a la misma idolatría: a cuyos males está sujeta, faszinada, i oprimida por estos impostores: i se esforzaria por sacudir de sus hombros, i zervizes, el yugo intolerable con que ahora está oprimida.» * 76.

Leida la carta por el fraile confesór, no puedo asegurar de qué afecto él se revestiría, ni qué pensaría hazér respecto a esta cáusa.

Mas, si es permitido juzgár algo, por sus hechos anteriores, es verosimil, que, según su costumbre, nada leve, ni vulgár se imaginase por este hombre malvado. Pero, como esperase Malvenda *mas largo tiempo del que debía tardár, a su parezér, la respuesta del Confesór; i viese a Juán Diaz en Ratisbona, que, como debía, obraba en su ofizio, cuál hombre cuidadoso, i dilijente; no contento con la carta primera, escribió también al Confesór otra, pero mucho mas azerba. «Inculcale el mismo asunto: procura ahincadamente, i ruega; que halle algún camino, para quitár de enmedio a este hombre, que pudiera alguna vez llegar a trastornár los consejos, i acziones de ellos mismos: i que sea antes de que, o él tome fuerzas, o prozeda mas adelante en un hecho ya comenzado.» Cuando el Confesór azertó a rezibir esta carta de Malvenda, * 77.

- se halló casualmente presente, i la oyó leér, un españól, llamado Marquina, que se ocupaba en Roma, en ziertos negocios públicos, * i de donde, poco antes, había venido á la Corte del Emperadór. Este Marquina, que en otro tiempo había conocido íntimamente a Díaz, como ahora oyese las cosas, que de él escribía Malvenda, llevó con pena, i pesadumbre, que de un amigo, a quien tanto quería, se tildase de tal manera el buén conzepto, i fama: i en particular, con el crimen de herejía, que así como es gravísimo, así también es (como debe ser), para todos los buenos, odiosísimo. I como le había tratado familiarmente, i sabía, que era hombre de vida intachable, i de aprobadísima virtúd, le comenzó a disculpár, ante el Confesór, cuán diligentemente pudo hazér esto. Dijo cláramente, no debía prestarse fé, a las palabras de Malvenda, que induzido, o por algún encono privado, o por otra cualquier causa, * había traspasado, en esta parte, los límites de la verdad: i que mas bién debía creerse, al testimonio público de hombres señaladísimos, que aprobaron constantemente la virtúd e integridád de Juán Díaz. Por lo cuál, suplicaba al Confesór, que guardase este asunto oculto en su pecho, i suspendiese él mismo su parezér, a lo menos hasta tánto, que se oyese algo de mas zierto. Cuéntase, que el Confesór dijo: «Si Juán Díaz se queda entre los herejes, causará un gran mal a la Iglesia: i, por lo tanto, debe prevenirse de todos modos, para que, de cualquiera manera, o se le convierta, o se le quite de enmedio.» Escucha, lectór, a la voz del hombre fazineroso digna de un suplizio mas que senzillo. Poco después, este Marquina, partiendo a Roma, con mucha presteza, notizió * todo el caso, al hermano de Juán, Alfonso Díaz, que hazía largo tiempo se ocupaba en aquella ziudad en pleitos del tribunal de la Rota. Cuál consejo tomaron, entre sí, Marquina, i

Alfonso, hermano de Juan, aun no se sabe claramente, ni yo lo puedo asegurár : aunque de lo que después se ha seguido, será permitido juzgarlo, sin dificultad. Ziertamente entonces ya se acordó entre ellos algún grande atentado, como después lo manifestaron sus maldades atrozes. Todas estas cosas, como antes obradas, i aquí por mí referidas, se las contó, por su orden, en Neoburgo, según se ha dicho, el mismo Alfonso Díaz, a su hermano.

Por entonces, se rompió el Coloquio de Ratisbona, entablado en un prinzipio con bastante ardór : i de repente, * como * 81. si se les hubiera mudado la voluntád a los Colocutores, se convirtió en un profundo silencio. Prestaron cáusa a este silencio los adversários de la verdád, con nuevo, e ináudito comento, que no menos astuta, que impiamente, ellos mismos fragüaron en su zerebro, o para ocultár sus engños, o para oprimir la verdád. Finjieron, que el Emperadór había enviado una Carta, por la que se ordenaba, que toda disputa, azerca de relijión, debía resolverse en conversaziones secretas. Mas, para que esto fuese mas ratificado, i firme, al tenór de su voluntád, ordenaron, que los Colocutores de una, i de otra parte; fuesen constreñidos, bajo de juramento, a no revelár nada de aquellas cosas que trataren en su Coloquio, ni a susPrinzipes, ni a otro alguno de los mortales. Porque esta condizión *era demasiado absurda, i nunca, antes de ahora, había * 82. sido oída, o propuesta, en un Coloquio libre; no quisieron admittirla los nuestros. Como si una disputa, azerca de los artículos de la doctrina Cristiana, debiese igualarse a la de los ritos de Eleusis, de los cuales era una gran maldád revelár ni una sola palabra delante de los hombres. Pero vemos, que] así debe naturál, i absolutamente suzedér : que el que conoze prozedér mal, aborrezca la luz, i tema los juizios de los buenos hom-

bres. Pues como nuestros adversarios se hallan destituidos de causa justa; se acojen a los engaños, e imposturas, i realmente imaginadas, en sus rincones secretos; i, de ellas, luego (pues tál es su descaro), hazen autór al clementísimo Emperadór. I, en verdad, que pareze, que de ningún modo * debe tolerarse ni permitirseles impúnemente; que en una causa tan grande, i tan grave, ellos se burlen con sus imposturas, i además abusen del nombre de la Majestád Zesárea, para paliarlas. Mas suzedió afortunadamente, que no pudo, por largo tiempo, estar oculto todo este engaño, sin que fuese refutado manifiestamente, por la voz del Emperadór mismo. Pues habiendo venido, haze poco, su Majestád Imperiál, a la Dieta, i habiéndole rezibido en la zitudád de Spira los Ilustrisimos Prínzipes Federico Palatino Electór, i el Lantzgrave, le expusieron la causa, por la cuál, nuestros Colocutores, no habían podido admitir aquella propuesta condizión absurda del juramento; el Emperadór respondió con claras palabras: que nunca él había mandado eso: ni había llegado a su notizia * con-

* 83. dizión semejante.

* 84.

Esta, pues, fué la sola causa de haberse interrumpido el Coloquio.

Suspendidos, pues, ya de este modo, los asuntos del Coloquio en la Zitudád de Ratisbona, por la causa que acabamos de referir; partió Juán Díaz a Neoburgo, zitudád del Ilustrísimo Prínzipe Otón Enrique Palatino, situada a la ribera del Danubio, para dirijir la edizión de un Libro del doctísimo varón Martin Bucero, que se imprimía entonzes en aquella zitudád. Mientras pasaban estas cosas en Alemania, no estaba ozioso Alfonso, hermano de Juán, en Roma, donde se hallaba. Pues como él fuese advertido por Marquina, azerca de las Cartas que Malvenda había escrito al Confesór; preparó sin tardanza su viaje

a Alemania: *para empeñarse, por cualesquier modos pudiese, * 85.
en volvér a su hermano, i separarle, del curso abrazado de la verdadera relijón. Llevó en su compañía, a un bribón asesino, que en Roma había sido verdugo público, como después se averigüó: acompañado por tal camarada, i con presto viaje en posta, i a caballo, llegó a Augusta en tres dias. De allí se marchó, siempre en compañía de su verdugo, a Ratisbona, donde pensaba que podía hallár a su hermano. En Ratisbona primero encontró a Malvenda, en quién depositó los consejos de su pecho, i de quién pidió, a la vez, le sujiriese una manera de engañár, o de convertír a su hermano. Qué clase de consejo le diese Malvenda, aun no consta llanamente: quizá poco después se hará mas manifiesto. Refiérese, que había dicho a un Españól: *«¡Ojalá llegue aquél día, en que pueda ver quemando el cuerpo de Juan Díaz, para que extinguido su cuerpo con aquél suplizio, parezca mejor esperanza del bien de su alma!» * 86.
Lo cuál, si es zierto, como pareze verosimil, declaró bastante Malvenda, con este solo dicho, no humano, sino mas que ferino i entéramente diabólico; ser él, reo de la eterna ira de Dios, en que debe transferirse, como en el parrizida verdadero, toda la culpa de esta sangre inozente derramada.

Lo que sin disputa es, cosa innegable, es, el que después de haber tomado consejo entre si, quedó acordado averigüár de todos modos, en donde podía encontrarse a Juan Díaz. Me enviaron, pues, a un Españól, que vive en compañía *de Malvenda, i de condición igual á la suya, para que me preguntase, dónde se hallaba nuestro Díaz: porque pensaban, que antes que los demás, yo lo sabría i conozería sus designios. Este Españól me contó: que había llegado una carta, mui importante, de la Côte del Emperadór, para Díaz; i que siendo del mayor interés, el que la rezibiese fiélmente: me suplicaba, por eso, * 87.

que le indicase el lugar donde estaba. Respondí: que a punto fijo, no sabía yo dónde se hallase Díaz entonces; pero, no obstante, si deseaba remitirle algo, yo tendría mui buén cuidado, de hazér que llegase fiélmente a sus manos. Fuése el Españól, satisfecho casi con la respuesta: mas, poco después, volvió; i me dijo: que en la Posada de la Corona, estaba un zier-
 * 88. to hombre noble, íntimo amigo de Díaz, que le traía * cartas, de la Corte del Emperadór, de vários amigos; cuyo contenido era de suma importanzia. Por tanto, me rogaba ahincadamente en su nombre, no reparase, o de indicarle el punto donde estuviese Díaz, o ir a verle yo a su posada. Yo para hazér lo que podía en favór del amigo, cuyos negocios deseaba procurar con toda dilijenzia, vine a la posada con el Españól, para asegurarme, de zerca, qué fuese absolutamente lo que a Díaz se refiriese. Allí me hallé a un Españól, que a lo que era permitido juzgár por el traje, i el aspecto, no parecía un cualquiera: el cuál me comenzó a suplicár, i a rogár ahincadamente, por la fé, i humanidad, i por todo lo sacro, i profano, que le indicase el sitio donde estuviese Díaz: pués debía tratár
 * 89. con él de un grandísimo negocio. * Porque le traía cartas de grandes amigos suyos, de la Corte del Emperadór, i además debía evacuár con él asuntos no indiferentes, i que pertenezían mayormente a la utilidad de Juán Díaz.

Mas yo dí a este por respuesta, casi la misma, que poco antes había dado a su dependiente: que yo no sabía enteramente donde estuviese Díaz; pero, que sin embargo, para que, por mi ignoranzia, no dejase pasár algo que redundase en utilidad, i comodidad del mismo; dije, que pensaba preguntarlo a otros, de quienes esperaba saber algo, de zierito. Prometí también, que si algo averiguaba, yo se lo haría luego saber. Vuelto des-
 * 90. pués a casa, comuniqué todo el caso, con * el señor Bucero, con

el señor Brenzio, i con los demás Colocutores; i les pedí consejo, azerca de como debía conduzirme en este negozio. Hubo allí diversos pareceres, pués unos pensaban, que debía declararse el sitio donde estaba Díaz; i otros, por el contrario, que debía negarse: mas unos i otros aduzián razones de bastante peso, para confirmár su parecer. Prevalezió finalmente el parecer, de que se revelase el sitio, (que era, por otra parte libre, i seguro): porque no cayésemos en alguna imprudenzia, contra la utilidad de Díaz, a cáusa de que se ignorase un negozio, que se dezía ser de gran importancia. Juzgamos, pués, que nos cumplía el advertír privadamente a Díaz escribiéndole una carta, para que, si pensaba, que le amenazase algún peligro, por parte de este hombre; *se precau- * 91. viese prudentemente, i a tiempo. Pues con este consejo, i voluntad; le indiqué a Alfonso (que aun no se me había declarado por hermano de Juan Díaz) que éste se hallaba en la ciudad vezina, que vulgarmente se llama Neoburgo. Dióme él muchas grázias, por esta notizia, i me rogó ahincadamente, que fuese con él a ver al amigo, para lo cuál, dezía tener caballo preparado, i todas las cosas nezesarias.

Le respondí, que no me era dable, en aquella sazón, ausentarme de Ratisbona: mas, sin embargo, le prometí que le daría una carta para Díaz, i le enteraría de las señas del lugar donde pudiese encontrarle. Escribí, pués, la carta para Díaz, que le entregué, i cuyo contenido se reduzía a lo que podía ser público, sin peligro ninguno. *I escribí otra, que * 92. aparte entregué al correo, que partía con Alfonso: i le advertí, que por separado, i cuidadosamente, guardase aquella carta, i a otro no la entregase, que al mismo Juan Díaz. En esta carta le escribía mui por extenso, todo lo que me había sucedido con aquél hombre; i le advertia, al mismo tiempo,

que se guardase con diligenzia de sus insidias, si algunas quisiere armarle. El señor Bucero escribió también, por el mismo correo, i escribieron otros amigos: todos los cuales le advertían, de los peligros que pudieran suzederle, i le significaban el modo de repelerlos. Mas para que toda la cosa fuese mas ajena de sospecha; le dimos al correo las Actas del Coloquio

3. de Ratisbona, para que se las llevase al *Secretario del Ilustrísimo Príncipe Ottón. Añadimos, por separado, dineros, para que el correo cuidase mas fiélmente el asunto, no obstante que de todo se encargó él, no solo de mui buena voluntad, sinó con muestras de gran ofiziosidad. Constituido así este negozio, me despedí del correo, i me despedí también de Alfonso. I éste, me dió, de nuevo, muchas grázias por mis servicios, i juntamente, i con exzesiva cortesía, me prometió tener ázia mí el agradecimiento, i benevolenzia debida a un amigo fiél i sinzero. Pero, antes de separarse, comenzó, por último, a suplicarme, por la fé de la amistad, i por la Caridad Cristiana; si le quería bién; si deseaba íntegra, e inmaculada, la dignidad, i estimación de Juán Díaz; para que absolutamente diese a entender *a ninguno de los mortales, por ningún estilo, i menos en particular a Malvenda, ninguna de las cosas, que entre nosotros se habían fijado. Pués no dudaba, que el ánimo de aquél, estaba irritadísimo contra Díaz, porque no había querido obedezér a sus consejos: i, por lo tanto, redundaba complétamente en utilidad de Díaz, que el negozio, que entre sí quería ejecutar, se terminase, ignorándolo Malvenda. ¿Qué mas diré? Tánta vehemenzia de lenguaje empleó; i tan sériamente se apoyó en esto, que no indicase a Malvenda, nada de este negozio; que hasta llegó a persuadirme, de que por él nada se hazía finjidamente, sinó que hablaba del todo, de corazón. Prometí, pués, lo que pedía, i lo
- 4.

que, por otra parte, hubiera yo hecho, aun sin haber convenido en nada. ¡Pero, o maldad infame, * del perverso traidor! * 95.

Pués apenas yo me había separado de él, que se llegó él mismo al correo, i le quitó todas nuestras cartas, i papeles, i con ellos, se fué a Malvenda. Allí, después que todo lo habían leído, i que habían entre sí tomado consejos, indudáblemente Caínicos; rompió todas las cartas, i retuvo solo el escrito de las Actas, que había de ser entregado al Secretario del Príncipe Ottón: que tampoco hubiera sido conservado, si no le hubiera juzgado mui del caso, para conziliarse la amistad de un tal varón. Mas a nosotros se nos dijo, poco después, que Alfonso había estado en casa de Malvenda: i lo que había hecho con el correo, nos lo contó el mismo Juan Díaz, cuando estuvimos en su casa, en Neoburgo.* Pero cuando llegamos a * 96. entender una tal perfidia de aquél hombre perverso, que tan ahincadamente aparentaba fé, e integridad; vinimos todos en sospecha, de que él preparaba alguna gran maldad. Por lo tanto, exhortamos otra vez, por medio de un propio privado, a Juan Díaz, que del todo se guardase de las insidias de aquél hombre. Marchó finalmente Alfonso a Neoburgo, por medio del cual escribió Malvenda una carta a Juan Díaz, en la que le exhortaba, a que obedeziese al hermano, que le aconsejaba lo recto. Prometíale también, que si quería seguirle a Italia, i abandonár del todo, la Alemania, con sus Alemanes, como a quienes eran corrompedores de los buenos ingenios (de estas palabras usaba en su carta); él *tendria cuidado, para con * 97. el Confesor, de que aquellas cosas malas, que antes había escrito del mismo Díaz, se enmendasen escribiéndole ahora otra carta en diverso sentido; para que, en adelante, no sirviese de perjuizio al hombre inozente, lo que antes poco consideradamente había escrito. I así, en su propia carta, á un mismo

tiempo revelaba su impiedad, e infidelidad, i casi con claras razones venía a confesar su vanidad, i su perfidia.

Con esta carta de Malvenda, i juntamente acompañado también de su asesino, llegó Alfonso a Neoburgo: al cuál, su hermano Juan, veía presente, con grán admiración (como era consiguiente), de tener, ante sí, a aquél de quién no había rezibido carta alguna, en mucho tiempo, i a quién imaginaba estar entonzes en Roma. * 98. Preguntado por la causa de venida tan repentina, e inesperada; responde, como ya queda dicho, las causas verdaderas por las cuales habia emprendido aquella trabajosa jornada. Finje piedad el hombre impío: i bajo pretexto de amor, i piedad, oculta, escondidos en su ánimo, malvados designios. ¿Qué podía sospechar entonzes el varón honradísimo? Pensó, que movido verdaderamente el hermano, por el amor fraternal, habia venido a verle: i aunque en él echaba de menos el juicio, aprobaba, sin embargo, el cariño; i rezibió con grán respeto su muestra de amor. Acojió, pues, a su hermano amorosísimamente, ignorando entretanto, que fomentaba la víbora en su seno, cuyo furor desenfrenado debía, poco después, derramar su sangre. Cuando luego empezaron a conversár familiarmente, * 99. reveló, poco a poco, Alfonso, la señal de su impiedad. Refiere haber tomado aquél trabajo prolijo, i peligroso, solamente por el motivo, de apartarle de la profesión adoptada de vida, i volverle a traer a una profesión mas saludable, i (como estos llaman) al gremio de la Iglesia. El nombre espezioso de Iglesia, tomó antes por cubierta el malvado fratrizada, que está familiarizado, i educado en la impiedad Romana, i que ignora, del todo, qué cosa sea Iglesia. Menziona los peligros terribles, que parece habían de seguirse, si persistiese por mas tiempo, en esta profesión. Expónele las maldiciones de las órdenes ilustres, que en odio

del nombre Lutherano, se habían inflamado mas de lo que podía creerse fázilmente. Pónele, ante los ojos, la deshonra grande de toda la familia, *las miserias privadas, cárzeles, destierros, proscripciones, degüellos, inzendios, i todo cuanto jénéro de peligros, acompaña, por otra parte, las mas vezes, a los que son miembros verdaderos de la Iglesia de Cristo, i que abrazan, con pío i ardiente amor del alma, la pura, e íntegra doctrina del Evangelio. Adujo, además, en este i semejante sentido muchas cosas, para hazér vazilár, con la conmemoración de los peligros, el ánimo constante del hermano, fortificado, por otra parte, con las firmes promesas de Dios. * 100.

A estas razones de su hermano, aunque Juán deploraba en su ánimo el juicio depravado de Alfonso, que anteponia los peligros, i furores de los hombres, a la profesión de la doctrina verdadera; respondióle, sin embargo, con mucha blandura: «Ni llevado por errór de entendimiento, hermano mio, *ni por alguna particular codizia; sinó por un juicio zierto, i firme; he abrazado aquella doctrina, que reconozco claramente (investigados con dilijenzia los prinzipios, i adelantos de la relijón verdadera, en las fuentes de las sagradas letras), ser del asenso verdadero, i perpétuo, de los Profetas, i de los Apóstoles. Rezibida, pues, esta doctrina por la misericordia de Dios, desecharla no puedo sin nefária maldád: i de este propósito no me apartarán, peligros algunos del mundo.» * 101.

«Ruégote, que consideres, hermano mio, si sea cosa de hombre prudente, evitár los peligros momentáneos, para luego caer en la condenación eterna. I, ziértamente, ningún otro es el pecado de blasfemia, que perseguir torpemente a la verdad ya reconocida: de cuyo crimen no se hará remisión alguna, ni en este siglo, ni en el sempiterno. *Luego cosa es de gran importanzia, la que me mantiene en este comenzado * 102.

curso, i en esta profesión. I, ziertó, que yo desearía ahincadamente, hermano mio, que tú juzgases debías ponér tanto deseo, i empeño, en conózér la voluntád de Dios; cuanto, por otra parte, pusiste hasta ahora, de habilidad, i de ventura, en desentrañar, i despachár los negoziós humanos. Que tal es la destreza de tu ingenio, i tal es la misericordia inmensa del eterno Padre, que no dudara, que Dios quisiese manifestarte los tesoros de su zelestiál sabiduría: i que tu podrías, si añadieses trabajo, e industria, conózér, e ilustrár, por las divinas Letras, la voluntád de Dios. ¡I ojalá pudiese yo, her-

- * 103. mano mio, a costa de mi sangre, adquirir, *para tí ese conocimiento! Pues, como declara el mismo Hijo de Dios: «Esta es verdaderamente vida eterna, conózér a Dios vivo, i a Jesu Cristo, a quien Él envió.» I réalmente, es bién lamentable, que en la mayor, i mas grave cosa de todas, sea tanta la negligenzia, e impiedád de los hombres, que estos oráculos de Dios, promulgados a todas las criaturas con voz clara de la Divinidad eterna, sonando del zielo; los mismos hombres, o los descuidan indolentemente, o los desprecian sobérbiamente. Porque, si, dentro de tí, examinas bién la misma cosa, ¿qué otra cáusa hallarás, dime por tu vida, por la cuál seamos nosotros condenados, i entregados a muerte, casi diariamente, por los hombres impíos; sinó porque pusimos únicamente toda nuestra esperanza, no en hombre alguno, no en
- * 104. algunas cosas humanas, *mas en Dios vivo, fuera del cuál, no hai esperanza ninguna de salvación para el hombre? Conoze, pués, primero, nuestra cáusa, hermano mio; i cuando con toda formalidad la hayas penetrado a fondo, tú mismo juzgarás, que no debe ser abandonada, por respeto a peligros ningunos de la vida. En verdád, que por lo que a mí toca, he afirmado mi ánimo de tal suerte, por la gratuita misericor-

dia, i bondád de Dios; que no me dejaré apartár por ningún motivo, de la declarada profesión de esta doctrina.»

Como viese Alfonso la constanzia de su hermano, le asestó un nuevo ariete: i lo que no había podido arrancár de él, por medio de los peligros, confiaba, que podría alcanzarlo, con la propuesta esperanza de los premios. Dijole, que de sus Benefizios Eclesiásticos, tenía cada año quinientos ducados de renta, todos los cuales, deseaba transferír en él, con tál que *él mismo, se viniese a Roma en su compañía.

* 105.

A esto le respondió Juán: «No soi tan ávido de dinero, hermano mio, como quizá tú piensas. Pués si me hubiera propuesto seguir la vía de las riquezas, i de los honores, mui de otra manera hubiera ordenado los prozederes de mi vida. Mas, ahora, tengo por altísimo honór, este tal cual conozimiento de la doctrina zelestiál, que el Señor me conzedió por su gratuita bondád: i este ánimo que no me arguye de ningún crimen, es para mí mas prezioso, que cualquiera tesoro. Guárdate tus rentas, hermano mio: que te serán saludables, si son poseidas con ánimo pío, i temeroso de Dios: pués, si fuera de otra suerte, no veo, de qué han de aprovechar, finalmente, estos montones de dineros, cuando mayormente llegare la nezesidad de la defensa. *Aquello, pués, procuremos, con todo el corazón, hermano mio, por lo cuál coloquemos tesoros verdaderos de piedád, para nosotros, en el zielo, i aprendamos, con toda dilijenzia la doctrina sagrada: que no solo no falta al poseedór de ella, i suele dulzificár maravillosamente las presentes aflicciones, aun cuando nos hallamos entre los grandísimos peligros de este mundo; sinó que también acompaña al zielo, al mismo poseedór de este divino consuelo.»

* 106.

Finalmente, como, ni por esta via, le saliese réalmente lo

que pensaba; acometió por otra, i puso en juego la fuerza extrema de astúzias, i traiziones; con las que este hombre malvado pudiese acometér con engaño, al hermano inozente, cándido, i ajeno de toda malizia, i dolo. El hombre impio finje

* 107. piedád para engañár mas fázilmente al varón santo, *que pendia todo de Dios, con la opinión de relijión. I arrancando, al cabo, suspiros, de lo profundo del pecho, jimiendo, i casi llorando, acometió a su hermano, con estas palabras: «Veo ser tanta, hermano, tu constanzia, fé, e integridád, en reconozér, i retenér la doctrina del Evangelio; que has empezado a traerme también a tu parezér. Pués ni soi hermano tan rudo, o feróz, o que yo no vëa, i reconozca que es digna de admirarse, i de imitarse esta tu piedád; o que desee impedir la utilidad grande, que aun espero podrá redundár de esta tu doctrina, i profesión, ya a la Iglesia universal de Dios; ya prinzipalmente a

* 108. nuestros paisanos. Aun, antes bién, *con todo el corazón, i como reunidas nuestras fuerzas, apliquémonos ambos a esto, i con espezialidad entendamos en esto, que cuanto mas pudiese ser, se propague exténsamente por todo el orbe de la tierra, la doctrina verdadera del Hijo de Dios: i también en nuestras tierras, i entre nuestras jentes, como entre las otras Naciones del globo, florezca, i se promueva, la profesión del Evangelio.

Mas en esta grán obra de Dios, deberías, o hermano, no solo con discrezión, sino también con dilijenzia, dispensár el don de Dios, que la bondád zelestiál depositó en tí, mas que en los otros hombres de nuestra Nación. Pués mientras permanezcas en Alemania, i vivas entre estos hombres, cuya lengua ignoras, ¿qué otra cosa, yo te ruego, te pareze, podrás hazér, que tenér enterrado en la tierra, sin utilidad de

* 109. los hombres, *el talento que largamente rezibiste de Dios? Tú

ves, que en este pais, no nezesitan de tu ayuda, los muchos hombres doctos, que en él hai, instruidos exzelentemente en letras, i relijón: i tan zierto es, que no la nezesitan, que, si réctamente he llegado a conózér su virtud, ellos mismos te aconsejarán, que emplees en la utilidad, i en la edificazi3n, i reforma de nuestros paisanos, i de nuestra patria, aquella doctrina, que de ellos aprendiste. Mas como España yaze opri- mida, en la actualidad, con increible tiranía; ni, el morár en ella, te sería a tí mui seguro; no zesaré de aconsejarte, i ex- hortarte, que te vengas conmigo a Itália. De esta partida, me atrevo a prometerme tanta utilidad, en promover la gloria de Dios, i en ilustrár la doctrina del Evangelio; * cuanta jamás * 110. hayas tú podido esperár, ni en Alemania, ni en otro lugar. Pués primeramente iremos a Trento, donde están reunidos muchos Prelados de gran autoridad, que se hallan del todo inclinados a favór de la doctrina Evanjélica: i si ellos te tu- vieren por estimuladór, o exhortadór; profesarán con clara voz, i se atreverán a divulgár sin ser impedidos por la tiranía pontifizia; lo que sienten rectísimamente en su ánimo. Cal- cula, ahora, dentro de tí mismo, cuanta utilidad resultará de aquí, que un Conzilio entero, i constituido, por otra par- te, para establezér la tiranía de hombres impíos; sea redu- zido por tí, al deseo de inquirír, i manifestár la verdad. Comunicarás tu sentir, con aquellos doctos varones: i si aprendiste alguna cosa mejor * de la que ellos mantienen, * 111. los tendrás (cosa, que a su nombre me atrevo a prome- tér), atentos i dóziles oyentes. Además, de que confirmarás mucho mas tu doctrina, por otra parte firme, i establezida en los testimonios expresos de Dios; con la pureza, i san- tidád de la vida, en la que siempre te aventajaste, i con la que adornaste tus demás virtudes, i tu doctrina misma,

i la que, aun los mismos que enteramente no te tienen buena voluntad, aman i veneran en tí.

- De allí, pasaremos a Roma, a Nápoles, i a otras ciudades de Italia, en las cuales hai un gran conocimiento, i amor de la verdad; donde habrás de tratár, no con hombres de infima nota, sino con varones muy principales, a los que confirmarás en la verdadera doctrina, i con los que te será permitido profesár tu opinión, casi públicamente. * Finalmente, cuando, de este modo, hayas ganado, con tu doctrina, i virtud, a toda Italia, o, de seguro, a los hombres de primera autoridad; seguiráse, luego, lo que tú, ante todo, con razón anhelas, que esta misma doctrina, se trasplante también en nuestra España, sin peligro tuyo, por otros hombres, ni pocos, ni vulgares. Vayan ahora los que mucho se aventajan en doctrina, i piedad; i, bajo pretexto de religión, ocúltense en Alemania, donde los hombres parece que miran tan solamente por sí, i no se mueven realmente, como deberían, por remediar el mal, i la ignorancia de otras gentes. ¿Despreziarás tú, hermano mio, esta utilidad, que se te pone delante de los ojos? ¿Repudiarás esta vocación manifiesta de Dios? ¿Te juzgarás nacido para tí solo? ¿No socorrerás a la flaqueza * de los otros, que fluctúan entre la salud, i la desesperación; entre el miedo, i la esperanza; e imploran tu auxilio, i fe; piden tu enseñanza; i como llorando, i cruzadas sus manos, demandan de tí, el conocimiento de la verdadera doctrina? Pienso, que no despreziarás ciertamente, los gemidos, i clamores de los santos: en particular, cuando no faltan ocasiones, ni auxilios de hombres principales, para llevar a cabo este negocio. Yo, por mi parte, me prestaré a ser hermano, i ministro fiel, en esta obra; que es lo único que puedo prometer. A mi costa, i con mi trabajo, te pondré en Italia, i te

ajenziaré el conozimiento, i amistád, de hombres eminentes: i en cualquier cosa, que quisieres empleár mi servizio, *siem- * 114.
pre te me ofrezeré dispuesto, cual debo, como leál hermano. Además cuando por grazia de Dios hubieres cumplido fiélmen- te tu ministerio, si quisieres de nuevo volvér a Alemania, te prometo solémnemente, que volveré contigo, i te seré perpetuo compañero, hasta que pueda dejarte establecido en el punto, en que puedas vivir según tu inclinazió, i también con zierta respetabilidad. Yo solo esto pido al presente de tí: que nos muestres aquella voluntád, con ánimo alegre, i pronto, házia esta tan gran utilidad de la Iglesia; cuanta parecen reclamár ahora de tí, con clara voz, la misma Iglesia de Cristo, i la salud de toda la República Cristiana. »

Sorprendido el ánimo de Juán, con el nuevo discurso de su hermano Alfonso, *comenzó a regozijarse maravillosamente en * 115.
su interiór, pensando, que su hermano, el dicho Alfonso, había hablado de corazón.

Por eso, le respondió mucho mas blándamente, de lo que acostumbraba. Estár él preparado, a promover la gloria de Cristo, de cualquier manera pudiese, aun a costa de su vida. Alababa juntamente el ánimo de su hermano, aprobaba asimismo, sus consejos, i para llevarlos a cabo como él mismo quería, prometió también, que nunca le faltaría su asentimiento. Mas, supuesto que era un negozio de gran importancia, árduo, i lleno de peligro; también era nezesario maduro Consejo, i deliberazió, para que se estableziese, por fin a juicio de los buenos, i prudentes, aquello que mas pareziese útil, i nezesario, para la utilidad de la república, i para promover la gloria de *Dios. Por lo cuál, ade- * 116.
más de otras cosas, esto le parezía prudentísimo: que se confiase toda esta deliberazió a los Colocutores que estaban

en Ratisbona, al parezér de los cuales, él todo se remitía.

- Este dictamen no desagradó entéramente a Alfonso, porque quizá imaginaba, que eran hongos, o piedras, los que debían juzgár de este negózio: ni pensaba, que fuese posible, el que cualquiera de los Alemanes entendiese sus engaños sutiles, i traiziones. Escribió, pués, Juan Díaz una carta, a los Colocutores, que estaban en Ratisbona, con la que les notiziaba la venida de su hermano, que pretendía de él con mucho empeño, que le siguiese a Italia. Añadía también las razones de
- * 117. su hermano, *con las cuales se esforzaba en demostrár, que esto enteramente debía hazerse. Por último, escribió también cual era su voluntad: había determinado así en su ánimo, que en todo este negózio, ninguna otra cosa hazér quería, sino lo que ellos mismos, deliberado el asunto, juzgaren debía hazerse. También escribió una carta, en igual sentido, a Bernardino Occhino, que predica el Evangelio en la ciudad de Augsburgo, i del cuál también pedía el parezér, azerca de esta cosa. Finalmente, cuando se leyó en Ratisbona la carta de Díaz, se reunieron todos los Colocutores, para que fuesen oídos en aquella causa los parezeres de cada cuál de ellos. En esta deliberación todos, a una sola voz, convinieron, en que de ningún modo debía creerse a las razones falsas del parrizida; que tan solamente en esto parecían apoyarse: en que bajo pretexto
- * 118. *de piedád, engañasen al hermano inozente. Ni faltaron en la reunión, quienes ya entonzes predijeran el fratrizidio, que había conzebido en su ánimo, aquél fazineroso. I así, de común parezér de todos, escribieron a Díaz, i le significaron con diligenzia, que es lo que enteramente sentían i, determinaban, azerca de todo aquel asunto. Lo mismo también le indicó Bernardino en su carta. Pués cuando ya su hermano Alfonso, se vió de todas partes excluido, i que no podían ocultarse, mas

tiempo, sus designios; aunque rezibió gran dolor en su ánimo, sin embargo, porque veía serle mui nezesaria la benevolenzia de su hermano, para perpetrár la maldád que se había propuesto: no quiso herirle con la aspereza de las palabras, sino mas bién, *disimuló, con sumo artifizio, el pesár de su ánimo. * 119.

Dize: que él ziértamente llevaría de buén ánimo el parezér de los hombres doctos, que veía ratificado por la propia mano de ellos: mas, sin embargo, para que, por tanto trabajo, se le contracambiase, con algùn favór; rogaba ahincadamente a Juán, que, a lo menos hasta Augusta, no le pesase de irse con él, en cuya ziudad, como por sentenzia definitiva, se dezidiría todo aquél negozió. Quería que Bernardino, en nombre de Juán, i el Maestro de Postas, en el suyo, se abocasen entre sí: i cualquiera cosa, que ellos determinasen, de común deliberação, i acuerdo: eso quedaría obligado a aprobár con su asentimiento, cada cuál de los hermanos. «Si Bernardino, junto con el otro (dijo), juzgaren, que tú debes someterte a mí, espezialmente *cuando exijo cosas honestas, i útiles; partiremos * 120.

entonces juntos a Itália. Si, por el contrario, ellos determinasen, ser mas seguro, que permanezcas en Alemania: quedaré yo satisfecho, casi con este riesgo postrero, i partiré solo para Itália, i te volverás a tu profesión. «No sin gran malizia, se dezian estas palabras por el nefário fratrizada, que con, palabras blandas, intentaba sacár fuera de la ziudad, a campo raso, i abierto, al inozente hermano, para ver de matarle en algùn sitio desierto. Ni, por otra parte dudaba de ningún modo, del parezér de Bernardino, que había visto, él mismo, confirmado por la propia mano de Bernardino. Empero, el inozente hermano, que, todavía, de nada malo se sospechaba, pues que la petición de su hermano no le parecía enteramente absurda: *prometió, que él realmente de buena * 121.

- gana, queria complazér en esta cosa al hermano, a quien amaba, como a sí propio. Lo que ziértamente hubiera hecho Juán, si no le hubiera vedado que lo hiziese, el señor Bucero, que casualmente sobrevino antes de la partida del hermano. I pués, como los Colocutores, nada hiziesen ya en Ratisbona, i habían determinado volverse a su casa; el señor Bucero, con el señor Martin Frechtio, Oradór de Ulma, quisieron venir a Neoburgo; para que, lo que habían advertido, por carta a Juán Díaz, a sabér, que no creyese a su hermano Alfonso, ni le siguiese a Itália; estando presentes, se lo inculcásen mas, i mas. Yo también me reuní a ellos por compañero. Cuando llegamos
- * 122. a Neoburgo, el señor Bucero, *i Frechtio, advirtieron con diligenzia a Díaz, a zerca de los peligros, que podían acaezér, si se ponía en camino con su hermano. Exhortáronle, de consuno, a la constánzia, i prudenzia: ni quisieron apartarse de él, hasta que hubiesen despedido a su hermano Alfonso, i vieran a Juán Díaz (como zierto entonzes era lizito juzgár a la manera humana) fuera de todo peligro. Convínose, pués, entre ambos hermanos, que Alfonso partiese solo, el día veintizínco de Marzo, esto es, tres días despues de haber venido nosotros a Neoburgo. Aunque esta cosa era amarguísima para el ánimo de Alfonso, cuanto podía sin embargo, aparentaba exterior alegría, para dar fé, de todos modos, al hermano, que él ninguna otra cosa quería, o deseaba, *que lo que pareziese agradable ó deseable, al mismo Juán, a quien marabillósamente amaba, a lo que él decía. El día antes de la partida, después de comér, esto es, el veinticuatro de Marzo, como había de partir al otro día mui de madrugada; habló aparte con su hermano, i le exhortó a la constánzia en la profesión de la verdadera relijón. Asegura, que no podía menos de serle mui enojoso, apartarse ahora de un hermano amadísimo, cuyo trato quisie-
- 123.

ra disfrutár él, todo lo mas posible; i réalmente, no por otra cáusa, sinó porque él mismo pudiese instruirse réctamente en el conozimiento de la doctrina de salvación. Congratulóse también consigo propio, por habér disfrutado de su intimidad, aunque el goze había sido por corto tiempo: pués durante ese espazio, por no sabía que inspiración *del Espíritu divino, confesaba, que se había hecho mejór. Rogaba, además, a su hermano, que retuviese una perpétua memoria de él, i que le aprovechase, por sus cartas, con frecuencia; con las cuales se perfeczionase al cabo, aquella obra, que ya entonces Dios había comenzado a obrár en él. Prometiό también, que él i todas sus cosas, estarían siempre mui dispuestas a llenár la voluntad de Juán. Por lo cuál, aun no queriéndolo, le forzó a tomar catorze coronados, (a) para que se comprase vestidos nuevos; los cuales le obligó a rezibir, contra su voluntad, i repugnándole, casi violéntamente. I así, añadidas por una, i por otra parte, muchas palabras, que testificasen la ternura del corazón fraternál, i verdadero amor, separáronse finalmente, unó i otro, no sin gran golpe de lágrimas.

Al otro dia mui de madrugada, esto es, el veintizincó de Marzo, *se aparejó un carruaje de Neoburgo, en el cuál fuesen conduzidos a Augusta, Alfonso i su verdugo. Allí, otra vez al separarse se derramaron nuevas lágrimas. Mas, con todo, partiό enteramente su hermano Alfonso, i Juán quedó con nosotros en Neoburgo: por lo que réalmente nos dábamos, mui de veras, la enhorabuena, pués nos veíamos, finalmente libres de aquél hombre, a quien siempre todos nosotros, tuvimos por sospechoso. Por último, como el señor Bucero, i Frecthio, juzgaran

(a) "*Quatordecim coronatos*." Según Ducange, el *coronado*, era una moneda de oro, de Borgoña, i Flandes, corriente entonzes.

ya estar en seguridad todas las cosas, quisieron también ellos partir en aquél día después del almuerzo. Mas yo determiné quedarme en casa de Díaz, hasta que se acabase el libro, que entonzes estaba imprimiéndose: i, acabado que fuese, volvér a Argentina (Strasburgo) junto con el querido amigo Díaz. Des-
* 126. pedimos, pues, fuera de la ciudad *al señor Bucero, i a Frechtio; i después de haberles deseado todo jénero de felicidad, no sin dolor, i lágrimas, porque la nezesidad nos separaba de ellos, en aquella sazón, volvimos á Neoburgo, para atender a nuestros negocios.

Ahora vuelvo a Alfonso, hermano de Juán, que era conducido en carruaje, a Augusta [Augsburgo]. Cuando llegó a la puerta de la ciudad, no permitió Alfonso que el carretero entrase en la ciudad, mas le obligó a rodeár por fuera de los muros, hasta que finalmente fuese llevado a la casa en que quería posár; con gran pérdida de camino, mas sin embargo, mucho mas ocultamente, para no ser conozido, acaso, por alguno en la ciudad, que pudiese después impedirle, aque-
* 127. lla gran maldád, que había determinado, *en su ánimo, el ejecutar. Pues, como suele dezirse vulgarmente: «Quien mal obra, aborreze la luz:» i el fazineroso homizida, como sabedór interiormente de su mal obrár, huía del aspecto de los hombres, i no apetezía ser visto por ningún hombre de bién.

Mas, sin embargo, el carretero no pudo conozér esta voluntad del fratrizida, ni tanta maldád podía jamás sospecharse que se ocultase en el ánimo de Alfonso, particularmente ázia un hermano buenísimo, a quién había declarado amár con vehemenzia, con muchas aparienzias externas.

Cuando, por fin, le puso el carretero a la puerta de su posada, le dijo Alfonso, que al día siguiente mui de madrugada, quería partir para Itália; mas, sin embargo, que tam-

bién quería, antes de partir, escribir una carta a su hermano; i, por tanto, le suplicaba, que antes *que se tornase a Neoburgo, viniese a verle, i hallaría ya preparada, al día siguiente, la carta. Prometió hazerlo el carretero, i al otro día, mui de madrugada, esto es, el día veintiseis de Marzo, vino a la posada de Alfonso, como antes había prometido, para rezibir de él la carta a su hermano Juan. Respondiéronle al carretero, que Alfonso estaba en la cama: i que aun dormía profundamente, porque en la noche prezedente se había prolongado la comilona, hasta hora mui avanzada. Creyólo el carretero: i, rogado por los criados, que volviese dentro de una o dos horas, respondió, que lo haría. Pero todas estas cosas, se trataban de propósito entre ellos, ignorándolo el carretero, para detener a este, por mas tiempo en Augusta [Augsburgo], * con engaños semejantes: con el fin de que tuviesen mas espázio los parrizidas, para perpetrar su maldád, mas impúnemente. Porque, después que el Diablo ocupó la mente, i ánimo de Alfonso, para impelerle a matár a su inozentísimo hermano; no desperdiziaba ocasión ninguna, que le pareziese útil a su determinación, o acomodada, de cualquier modo, a ella. I, por esto, había finjido antes, que él estaba en la cama, cuando, por otra parte, había ido a Neoburgo, para ejecutar, con ayuda de su verdugo, aquella nefanda maldád. Pués luego que el carretero, volvió segunda vez a casa de Alfonso; le dijeron: que él había ya partido para Itália, i no había podido escribir la carta en Augusta: pero que había prometido, no obstante, escribirla desde Innsprück. I así, despidieron al carretero, *amansado por haberle dado algun dinerejo, i persuadido de que era réalmente zierto, lo que de Alfonso le habían contado. I él mismo también, poco después, con su compañero, que el día anteriór había venido a Augusta, en el mis-

* 128.

* 129.

* 130.

mo carro con Alfonso; se volvieron de nuevo a Neoburgo. Zerca de la hora de las doze, de aquél día, llegaron al pueblezillo de Bothmes, que está situado, casi a mitad de camino, entre Augusta, i Neoburgo; i dista, de cada una de ellas, como unas tres millas.

- Allí, contra lo que menos pensaban, hallaron en la posada a Alfonso, que todavía estaba en la mesa, i con él estaban sentados a ella, los que habían venido con él mismo: su verdugo, i el correo de Augusta, que habían llevado consigo,
- * 131. ignorante de sus designios: *además, un cleriguillo de aquella ciudad, i otros convidados. Luego que Alfonso vió al carretero, con su acompañante, se perturbó no poco: pues temía, que por obra de estos, se impidiese, ó desconzertase, lo que ya él en su ánimo se había propuesto ejecutar mas adelante. Mas, aparentando alegría en el semblante, rogó al carretero, i a su acompañante, que se sentasen a la mesa; lo que ellos, al prinzipio rehusaron hazer, por ver que eran muchos, i por querér llegar pronto a casa. Pero como él les hiziese mas instancias, se sentaron todos al fin. Pues la liberalidad de Alfonso en pagar gastos, que tocaban, por otra parte, a una soziedad común; i luego la virtud, i probada piedad de Juan Díaz; de tal modo pudieron encadenar las voluntades de los
- * 132. hombres; *que apenas había uno en aquella tierra, que no desease complazer a los dos. Durante la comida, se dirigió al carretero con una invención nueva e inaudita, que entonces por primera vez se le ocurrió, sin duda. Dijo, que, inopinadamente, se le había ofrezido un negozio de gran importancia, del cuál debía enterar a su hermano Juan, desde aquél lugar. Mas como antes tuviese que ordenar ziertas cosas, que a este asunto pertenezían en aquél lugar, en el cuál había resuelto quedarse aquél día; rogó mui cortesmente al carretero, i a su

compañero, no llevasen a mal, quedarse con ellos mismos aquél día, a costa suya; para poder él, al día siguiente, por medio de ellos mismos, como hombres conozidos, i fieles, anunziár a su hermano lo que quería. Ellos, pués, aunque de mejór gana *se hubieran vuelto a casa aquél día, no obstante, * 133. por complazér a Alfonso, que pedía esto ahincadamente, i por lo cuál juzgaban importarle mucho; quisieron quedarse con él aquél día.

Mas después del almuerzo, donde entre ellos quedó eso acordado, unos i otros, se separaron. El carretero proveyó a algunas cosas suyas. Alfonso, con su verdugo ó matón, a otras, i mucho mas horribles dilijenias, se fueron. Consultaban, entre sí, el modo, i manera, que deberían empleár, para matár a su hermano: i porque veían, que esto no podía hazerse bién, con una espada larga, de las de uso comun; determinaron comprar en aquél pueblo una segúr, a propósito, para ejecutar esta maldád. Pero, de nuevo, añadieron aquí una nueva precaución. I así, pués, no querían comprar la segúr, del artífize que las vendía, *por no caer, ellos mismos, por este caso, * 134. en alguna sospecha. Pero como, a caso, viesen a un carpintero desbastando trozos de madera con una segúr; se le azercaron, i preguntaron: ¿si tenía vendible otra segúr? El carpintero les propuso algunas, de las que escojieron una, que juzgaron acomodadísima para la maldád que tenían dispuesta. Luego, dado el dinero al carpintero, que después refirió toda la cosa, volviéronse ellos a la posada, en la que a ninguno hallaron, mas que al patrón de la casa, i al correo de Augsburgo, que había venido con ellos.

Allí dieron a entendér al Huésped, que tenían que ir inmediatamente a una parte, de donde pronto estarían de vuelta, i porque no querían cansár sus caballos en aquél camino; le

- * 135. mandaron, que se les preparasen otros caballos, *pero corre-
dores, i buenos. Dispuestos que fueron ya los caballos, montó
Alfonso, montó el matón, i también el correo Augsburgense,
que los acompañaba, ignorándolo todo: pero, como le paga-
ban liberalmente, seguía a los fratrizadas, aunque de mala
gana. Mas el carretero, cuando volvió por la tarde, a comér,
a la posada, i buscase a Alfonso, i los suyos, en la casa, i
esperase en vano: hasta que, al cabo, el Patrón le notizó:
que ellos habían tomado nuevos caballos, dejados allí los su-
yos, i que habían partido no sabía dónde, diziendo, que en
breve estarían de vuelta. Satisfechos pues con esta respuesta,
los que estaban en la posada, comieron: i el carretero, como
prometió, aguardó a Alfonso hasta el día siguiente. Entonzes
* 136. allí, cuando el carretero, *se quiso marchár a su casa, i el
posadero pidiese la paga de los gastos; intervino accidental-
mente un clérigo, que el día antes en la misma posada había
comido con Alfonso, i dió al posadero un *coronato*, que le ha-
bía entregado Alfonso, para que pagase todo. El posadero re-
zibió lo que le pertenecía: i el dinero que sobró, se le dió al
carretero, que esperó a Alfonso hasta las siete.

- Entretanto, Alfonso, i los suyos, desde que habían mon-
tado a caballo; en pocas horas llegaron al pueblo vulgar-
mente llamado Veldkirchen, situado junto a la misma zitudá
de Neoburgo, i pernoctaron allí aquella noche. Al día siguien-
te, esto es, el veintisiete de Marzo, antes de que se abriesen
* 137. las Puertas, llegaron a Neoburgo: *i como aun no había cla-
ramente amanecido, i se veían ya las puertas de la zitudá; se
apearon, i atados los caballos a una zerca, los dejaron al cui-
dado del correo. Allí el matón, o verdugo, criado de Alfonso,
tomó el vestido, i sombrero del correo, para que menos se le
conoziese en la zitudá, i disfrazado de aquella manera, entró

con su amo en la zitudad. El verdugo iba delante: el fratrizada seguía. Pues así entre ellos se había convenido, que la maldad se ejecutase por mano del verdugo, que por otra parte era mas diestra: i el fratrizada mismo se hallase zerca de su verdugo, por si alguna nezesidad lo exijiere, o suzediere la cosa poco felizmente; poder ayudár al fazineroso bribón. I así siempre seguía el fratrizada Alfonso, las huellas del criado verdugo.

*Disfrazados, pués, de este modo, entraron en la zitudad, i * 138. llegaron hasta la casa del predicadór, en donde Juán había sido rezibido como huesped. Allí, primeramente, tocó el verdugo, i preguntó al hermano del predicadór, que le abrió la puerta, dónde estuviese Juán Díaz, para quien dezía traér una carta de su hermano Alfonso. Respondió el joven doméstico, que también antes había conozido bién a este criado, i a su amo el hermano de Juán: que realmente Juán todavía estaba en la cama: pero que ¿qué es lo que quería, vestido de aquella nueva forma? ¿qué significaba aquella mudanza de vestido? Mas el verdugo, por no ser allí descubierto, obligó al joven a subir, i a anunziár a Juán, que estaba él allí con carta de su hermano. Luego que Juán Díaz supo esto, que estaba conmi-go, en una misma cama, *saltó con grande ímpetu del lecho, * 139. ansioso de saber qué le querría su hermano. I por la demasida prisa no tomó otros vestidos, sino una lijera bata, con la cuál sola cubierto, salió de la alcoba, i fué al cuarto de la estufa, que se halla en frente, para rezibir al criado que había venido. Subió por fin el verdugo, introduzido por el joven, que antes nombré, i que, con su presenzia, parecía impedir la ejecuzión de la maldad. En la puerta de abajo, que zerraba la escalera, quedó Alfonso, para vijilár la entrada; no fuese que alguno subiendo arriba, impidiése el hecho. Estando,

- pués, las cosas en este estado, según parecía bastante perturbadas por la presencia del joven, que impedía la zeleridad *del hecho; fué enviado el joven a la fuente, para que de allí trajese un jarro de agua. Apartado, pués, de este modo el joven, el verdugo, que había quedado solo con él, presentó la carta del hermano, que decía enviada de Augsburgo, cuando por otra parte el malvado fratrizada estaba cerca de ellos, en la escalera. Juan rezibió la carta, i como aun no se veía claro, se acercó a la ventana, para leer mas fácilmente lo que contenía la carta, a la luz del día, que poco a poco iba clareando. El tenór de la carta, como después supimos, cuando la leímos, era este. Deziale, que se le había avisado, cuando llegó primeramente a Augsburgo, que él estaba en grán peligro: i, por
- * 141. tanto, movido del amor de hermano, quería *advertirle, que con dilijenzia se guardase de las insidias de Malvenda, del Confesor, i de otros semejantes, pues todos ellos, como enemigos de Cristo, a causa de su profesión de la verdadera relijón, trataban de todas maneras de vertér su sangre. Algunas otras razones engañosas, en este sentido, contenía la finjida carta del impostór. Por fin, como Juan Díaz estuviese embobido en la lectura de la carta, el verdugo, que estaba detrás, sacó la segur, que hasta entonzes había ocultado bajo el capote, i la introdujo toda hasta el mango, en el lado derecho de la cabeza del varón santo, cerca de las sienes. I, como casi en un momento fueron heridos, i réalmente deshechos todos los órganos de los sentidos en el zerebro, *no pudo aquél nuestro verdaderamente glorioso martir de Cristo, dar una sola voz. Luego, para que el ya casi exánime cuerpo no viniese de suyo al suelo, i con su caída, no promoviese ruido en la casa, por motivo del cuál fuesen cojidos los parrizadas en la misma maldád; el verdugo que había perpetrado el delito,
- * 142.

tomó el cuerpo con ambas manos, i echado en tierra, i la segúr clavada en la misma cabeza, le dejó en medio del cuarto de la estufa: i después bajó calladamente la escalera, ázia su amo el fratrizada. Todas estas cosas fueron hechas con tanta presteza, i silencio; que ninguno, en el intervalo, pudo intervenir, o aperzibirse de la cosa hecha. Mas yo que me había quedado en la cama, aterrado por no sé qué siniestra sospecha, salté tambien, al punto, de la cama, i, arrebatados los vestidos, quise *entrár en el cuarto de la estufa, para ver * 143. qué hacía Diaz. Salido pués de la alcoba, oigo primero las pisadas de los parrizadas, que estaban en la misma escalera: i como dudaba, si subiesen, o bajasen; zerré la puerta, que iba a la escalera, i entro derecho en el cuarto de la estufa, para vestirme. Cuando primeramente hube entrado en el cuarto, i ví el espectáculo que yazía tendido en aquél suelo; realmente se me sobrecojió de horror toda el alma, i, por el espanto, se me cayeron los vestidos de las manos, i hasta la voz se me quedó cortada, i pegada a las fáuzes. Por fin, luego que pude recobrarme, por otra parte casi exánime, me azerqué al amigo, que veía postrado por tierra, vueltos sus ojos al zielo, i entretejidas las manos, semejante al que suplica, *de suerte que podía como reconozerse en él, a un an- * 144. gel de Dios. Yo entonzes, derramando un raudál de lágrimas, extraje la segúr, que todavía estaba clavada a la cabeza, para considerár atentamente, si, a caso, hubiese quedado en el cuerpo algún espíritu vital. Veo, que, aunque mui ténue, aun había alguno, que duró en él todavía una hora. Entretanto él, vueltos los ojos al zielo, como que imploraba la misericordia de Dios: i cuando oía alguna menzió de Dios; daba muestras de haberla entendido, con zierto débil indizio de los ojos. Yo pués reuní a todos los de la casa, que vinieron a

ser conmigo espectadores, de este espectáculo tristísimo, i horrenda maldád. Ellos divulgaron entre los vezinos la maldád perpetrada, con tal zeleridád; que *había corrido la fama del hecho ya por toda la plaza, antes que los parrizidas hubiesen salido de las Puertas de la zitudád. A poco también se dió parte del hecho al Majistrado de la zitudád, i al Alcaide de la Fortaleza, que haze las vezes, i gobierna, en nombre del Ilustrísimo Prínzipe Palatino Ottón Enrique. Estos, como eran hombres honradísimos, i mui bién enseñados en la relijón verdadera; i sabían, que Juán Díaz, era mui estimado, por el cristianísimo Prínzipe Ottón, a causa de su exzelente virtúd, i piedád; sin detenerse ordenaron, que unos cuantos de a caballo, fuesen tras los parrizidas con toda la posible velozi-dád. I así, apenas pasó el intervalo de media hora, después de hecha la muerte, hasta el tiempo en que los jinetes, salieron en persecución de los fazinerosos.

* 146. *Los parrizidas, que les prezedían, cuando sonaron las siete, ya estaban en el pueblo de Bothmes, donde hallaron al carretero preparado para volverse a Neoburgo; i que había estado esperando, hasta aquella hora, la llegada de Alfonso. Como entonzes el carretero le viese, junto con su verdugo, en caballos, que por el demasiado trabajo, chorreaban sudór por todo el cuerpo, apresurándose con gran zeleridád; a esto añadiéndose, venir manifiéstamente demudados en miradas, i en colór; fázilmente pensó en su ánimo, que se había ejecutado por ellos alguna grán maldád. Mas como esto, no le constaba de zierto; guardó para sí, ese no firme pensamiento: i preguntó a Alfonso, ¿si quería mandarle algo, para su hermano? A esta palabra, nada respondió el fratrizida; *mas tan solo instaba á su verdugo, que se apresurasen con grán zeleridád. I dejados allí los caballos, ya del todo cansados; su-

bieron sobre los suyos, que estaban bién comidos, i descansados, en los cuales, a todo corrér, se dirijieron a Augsburgo. El carretero, partido luego a Neoburgo, se halló á poco rato en el camino, con el correo de Augsburgo, mui cansado, que no había podido seguir a los parrizidas, que corrían a todo escape. Mas ya la jente de a caballo de Neoburgo, que iban en persecución de los parrizidas, cuando llegaron a Augsburgo, supieron allí de zierito, que mucho antes, les habían tomado la delantera: i empezaron a tratár, entre sí, de volverse, por desconfiár, que pudiesen alcanzár ya, a los que tanta ventaja les llevaban. Pero había, entre ellos, uno, el de menos años, cuyo nombre era Miguel Herpffer, que movido *por mayor zelo, que los otros, dijo a los amigos que venían con él. «Amigos, a vosotros réalmente, si así os pareze, os será permitido volvér a casa, cosa que también yo pienso debe hazerse. Pués, por lo que toca al negozio presente; tánto, a mi juizio, podrá hazér uno solo, con tal que añada dilijen-
zia, e industria; cuanto, por otra parte, una grán multitud de hombres. Yo tomo sobre mí este cuidado, i religiosamente os prometo, de tentár en este negozio todos los extremos: i, si me lo consintieren las fuerzas, i la vida, no aflojár antes en mi curso, sin que haya dado con los mismos parrizidas.» * 148.

I, dicho que hubo esto, montó de nuevo a caballo, para perseguir a los fazinerosos. Corrió todo aquél día, hasta la noche, cuando llegó, *distante cuatro millas de Innsprúck, a un pueblo, en donde entendió, que se hallaban los parrizidas. Allí dispuso enviár a llamár al huesped, en cuya posada, había sabido que estaban los parrizidas. El posadero vino, i contó, que ellos dormían profundamente, i que habían mandado a la familia, los despertasen, antes de transcurrir una hora. Miguel Herpffer advirtió al posadero, que eran unos * 149.

hombres fazinerosos, que acababan de ejecutar tal maldad, cuál no había memoria entre los hombres, desde el primér fratrizidio. Ordenó además al posadero guardase silencio, i luego, que los dejase dormir dos horas cumplidas. Él además envolvió los cascos del caballo con trapos, i paños, para que con el ruido de las herraduras en la calle, no despertasen los parrizidas; i con grán *zeleridad fuese a Innsprück, donde los prezedió algunas horas. Luego que llegó á la ziu-
* 150. dad, dió parte al Majistrado, contándole la maldad de los parrizidas; e imploró su fé, i su auxilio, para que no quedase sin castigo tan grande iniquidad. El Majistrado le prometió su auxilio, i dilijenzia, en castigár este crimen. Advirtiósse además al dueño de la posada, donde forzosamente vendrian a hospedarse, que cuando tales hombres viniesen a su fonda, no los permitiese partir de ella, sin antes habér dado aviso, de su estanzia al Majistrado. Poco después llegaron los parrizidas, i luego notizió el posadero, al majistrado, como antes se le ordenó, que ellos habían llegado. Entonzes se enviaron allí algunos hombres de caballería armados, que zercaron la
* 151. casa, * para que los fazinerosos no se escapasen. Otros ministros públicos, de a pié, entraron en la casa, para prendér a los parrizidas. Los cuales, cuando se vieron así cojidos, por divino juizio de Dios, empezaron a clamár al zielo, i a la tierra: i a atestiguár, con todo lo sagrado, i profano, que ellos eran hombres nobles, enviados por su Majestád Zesárea, i que habían sido despachados por el mismo Emperadór, a evacuar negocios gravísimos, i provechosos a toda la república. Pero nada valieron los clamores falsos, de este modo, i las fraguadas mentiras, para con los que ya sabían su parrizidio, i sabían, que eran bién vanas, todas las cosas que dezían. Primeramente, pués, prendieron a Alfonso, que no pudo re-

sistir a las fuerzas de los ministros. Mas al verdugo, *que era 152.
atrevido, i forzado, i que resistia con gran osadía a los ministros públicos, apenas, por fin, después de una larga lucha, i no sin algunas heridas, le pudieron sujetár. Al cabo, cuando los parrizidas fueron de este modo echados en la carzel, Miguél, que había cuidado del asunto con grán diligénzia, dió notizia de lo hecho, a los Neoburjenses, por un pronto expreso a caballo.

Ellos, a su vez, avisaron al Ilustrísimo Prínzipe Ottón Enrique Palatino, cuya exzelente virtúd, i piedád, nunca, zierto, será bastante alabada, i ojalá las imitasen los demás prínzipes del mundo. Pués, luego que él, por primera vez, supo la muerte indignísima de Juan Díaz, a quien grandemente había amado, desde que de él tuvo notizia; *rezibió 153.
en su ánimo un dolor increíble. Sabida luego la prisión de los parrizidas, mandó claramente, que no se perdonasen gastos, ni trabajos algunos, en proseguir en juizio aquella cáusa contra los parrizidas. Elijiéronse, pués, dos hombres señalados, que fuesen a Innsprück, desde Neoburgo, en nombre del Ilustrísimo Prínzipe Ottón: de los cuales, el uno fué el noble varón Tomás Redwitz, de Piedra hueca; i el otro se llamaba Guillelmo, doctór en ambos derechos. Estos dos, partieron en lijeros caballos, i llegaron a Innsprück el día primero de Abril, como acusadores, contra los presos, del crimen de parrizidio; i llevaron consigo, el gorro de noche de Díaz, la carta finjida de su hermano, *i la segúr manchada todavia de sangre, 154.
i salpicada, toda ella, con la sangre del santísimo martir Díaz: por si acaso los parrizidas negasen el hecho, podérsele mostrar con zertísimos testimonios. Mas, entretanto, fuéle conzedido al fratrizada Alfonso, que escribiese cartas a los Cardenales de Trento, i Augusta, que nada omitieron para librá a los parrizidas del suplizio merezido.

hombres fazinerosos, que acababan de ejecutar tal maldad, cuál no había memoria entre los hombres, desde el primér fratrizidio. Ordenó además al posadero guardase silencio, i luego, que los dejase dormir dos horas cumplidas. Él además envolvió los cascos del caballo con trapos, i paños, para que con el ruido de las herraduras en la calle, no despertasen los parrizidas; i con grán *zeleridad fuese a Innsprúck, donde los prezedió algunas horas. Luego que llegó á la ziu-
* 150. dad, dió parte al Majistrado, contándole la maldad de los parrizidas; e imploró su fé, i su auxilio, para que no quedase sin castigo tan grande iniquidad. El Majistrado le prometió su auxilio, i dilijenzia, en castigár este crimen. Advirtiósse además al dueño de la posada, donde forzosamente vendrian a hospedarse, que cuando tales hombres viniesen a su fonda, no los permitiese partir de ella, sin antes habér dado aviso, de su estanzia al Majistrado. Poco después llegaron los parrizidas, i luego notizió el posadero, al majistrado, como antes se le ordenó, que ellos habían llegado. Entonzes se enviaron allí algunos hombres de caballeria armados, que zercaron la
* 151. casa, *para que los fazinerosos no se escapasen. Otros ministros públicos, de a pié, entraron en la casa, para prendér a los parrizidas. Los cuales, cuando se vieron así cojidos, por divino juizio de Dios, empezaron a clamár al zielo, i a la tierra: i a atestiguár, con todo lo sagrado, i profano, que ellos eran hombres nobles, enviados por su Majestád Zesárea, i que habían sido despachados por el mismo Emperadór, a evacuar negocios gravísimos, i provechosos a toda la república. Pero nada valieron los clamores falsos, de este modo, i las fraguadas mentiras, para con los que ya sabían su parrizidio, i sabían, que eran bién vanas, todas las cosas que dezían. Primeramente, pués, prendieron a Alfonso, que no pudo re-

sistir a las fuerzas de los ministros. Mas al verdugo, *que era ^{152.}
atrevido, i forzado, i que resistía con gran osadía a los ministros públicos, apenas, por fin, después de una larga lucha, i no sin algunas heridas, le pudieron sujetár. Al cabo, cuando los parrizidas fueron de este modo echados en la carzel, Miguel, que había cuidado del asunto con grán dilijénzia, dió notizia de lo hecho, a los Neoburjenses, por un pronto expreso a caballo.

Ellos, a su vez, avisaron al Ilustrísimo Prínzipe Ottón Enrique Palatino, cuya exzelente virtúd, i piedád, nunca, zierto, será bastante alabada, i ojalá las imitasen los demás prínzipes del mundo. Pués, luego que él, por primera vez, supo la muerte indignísima de Juán Díaz, a quien grandemente había amado, desde que de él tuvo notizia; *rezibió ^{153.} en su ánimo un dolor increíble. Sabida luego la prisión de los parrizidas, mandó claramente, que no se perdonasen gastos, ni trabajos algunos, en proseguir en juizio aquella cáusa contra los parrizidas. Elijiéronse, pués, dos hombres señalados, que fuesen a Innsprúck, desde Neoburgo, en nombre del Ilustrísimo Prínzipe Ottón: de los cuales, el uno fué el noble varón Tomás Redwitz, de Piedra hueca; i el otro se llamaba Guillelmo, doctór en ambos derechos. Estos dos, partieron en lijeros caballos, i llegaron a Innsprúck el día primero de Abril, como acusadores, contra los presos, del crimen de parrizidio; i llevaron consigo, el gorro de noche de Díaz, la carta finjida de su hermano, *i la segúr manchada todavía de sangre, ^{154.} i salpicada, toda ella, con la sangre del santísimo martir Díaz: por si acaso los parrizidas negasen el hecho, podérselo mostrár con zertísimos testimonios. Mas, entretanto, fuéle conzedido al fratrizada Alfonso, que escribiese cartas a los Cardenales de Trento, i Augusta, que nada omitieron, para librá a los parrizidas del suplizio merezido.

El día dos de Abril, los enviados de Neoburgo, pidieron a los que en nombre del Rei D. Fernando presiden al gobierno de Innsprück, que se hiziese justizia de los parrizidas. Ellos respondieron, que por su parte no podían aplicár la pena capital a ninguno: pero que ordenarían al juéz Sunemburjense, que él, *sin tardanza, convocase a sus asesores, con cuya autoridad había de constituirse el juizio.

En el mismo día, después del almuerzo, cuidaron los Gobernadores de Innsprück, por medio de dos de los que ellos llaman Secretarios, hazér sabér a los parrizidas, la venida, i acusación de los enviados de Neoburgo. Oidas la notizia, i acusación, uno i otro parrizida negaron el hecho, ante estos dos Secretarios: pero, el sirviente con mas constanzia, i Alfonso con mas timidéz, i mostrando cláramente, con la alteración del colór, i del semblante, la señal de una conzienzia herida. Sin embargo, suplicante rogó, que nada determinasen, azerca de él, prezipitadamente. Después dijo, que le causaba pesadumbre, el oír, que hubiesen muerto a su amadísimo hermano. Por fin, preguntó, si había llegado la respuesta, a las cartas, que poco antes *había escrito a Trento.

* 156. En el mismo día, entre una i dos de la tarde, fueron trasladados los parrizidas de aquél lugar público del tribunál supremo, donde fueron primeramente colocados, a la carzel de la ziudad de Innsprück, lo que mostraba poderse esperar sentenzia mas pronta en este juizio.

*Al día siguiente sábado, esto es, el tres de Abril, zerca de las siete de la mañana, manifestó el Canzillér, a los enviados Neoburjenses, la respuesta de los parrizidas: i les anunzió, que se había mandado al juéz de la provinzia, que rezibiese a los parrizidas en la carzel de la ziudad, i cuidase de que pronto se hiziese el juizio. Los enviados dieron por esta cosa las grázias a

los Gobernantes: i juntamente pidieron también al juéz, que los parrizidas fuesen sometidos a tormento, *si, de otra manera, no quisiesen confesar el fratrizidio. El Juéz respondió: que esto se haría a las siete del lunes siguiente, esto es, el zinco de Abril: pues antes no podía hazerse, puesto que debían ser convocados los asesores de las ziudades vezinas. Pero, aquél día, destinado para este juizio, fué por fin diferido hasta el dia ocho de Abril, en el que nada se trató, azerca de atormentár a los parrizidas. Por dónde fázilmente hubo lugar a sospechár, que los juezes, que habían mostrado, al prinzipio, prontitúd, i voluntád de castigár a los parrizidas; poco a poco se habían hecho mas flojos en su ofizio, por los consejos de hombres malvados. I, sin embargo, porque no pareziese, que nada hazían, se dió lugar a los enviados para la acusación, cuando, por otra parte, en fratrizidio tan manifiesto, *mas bién debiese mirarse a lo que, por su ofizio, está obligada la potestád ordinaria. Mas esto, no solamente no se hizo, sinó que también, a nombre del Gobierno, se designaron por abogados, a los parrizidas, a los nobles varones, i jurisconsultos, Ulrich Schmatzer, i Jorje Hipp, doctores en ambos derechos, a Miguél Schenck, i a Cristobal Grunperger. Sobre esto reclamaban fuertemente los enviados, afirmando, que ni por derecho humano, ni divino, era permitido, que en tamaña, i tan manifiesta maldád, se conzediese patrono a un reo. Porque ningún lugar de defensa puede, ni debe cabér, donde constaba, que tan atróz maldád se había ejecutado tan maniéstamente. Pero es difizil obtenér justizia en aquél lugar, i entre aquellos juezes, donde, en vez del derecho, i verdadera piedád, *reina el arbitrio de hombres impíos. I así, después de aquella primera prontitúd de ánimo, para administrar justizia, que mostraron los juezes; mudada la primera voluntád, no sé de qué modo, parezia, que todas las cosas es-

* 157.

* 158.

* 159.

taban dispuestas para la defensa de los parrizidas: como si aquellos hombres que juzgan en aquél país, aunque quizá, entre ellos, algunos, sean amadores de la piedad; los mas, sin embargo, se deleiten en el parrizidio: cuyo autór es, sin disputa, como dize cláramente el Hijo de Dios, el mismo diablo, que dá testimonio, haber sido él, desde el prinzipio, como también ahora, un parrizida. Los enviados, no obstante, tuvieron que devorár con otras, esta injuria: al querér defendér la causa de la justizia, i de la verdad, i que no quedase impune tamaña maldád. *Señalado, pues, el día, aparezieron los reos en el tribunál de la ziudad, donde los enviados Neoburjenses los acusaron, i presentaron el gorro de dormir, la carta, i la segur. Mas los abogados, rehusando respondér a la acusación de los enviados Neoburjenses, declinaron el fuero, alegando la exzepción del clericato; i pidieron, que les fuesen entregados, para que los juzgase el ordinario de aquél lugar, Obispo Brixienese; que es el mismo Cardenál de Trento, hombre de vida tan disoluta, que con razón ha sido creado Cardenál. Los enviados instaban con dilijenzia pidiendo un juicio, según la costumbre de su provinzia, como era justo: porque no querían entrár en esa disputa, del fuero competente, i de los privilegios de los clérigos, en los cuales se apoyaban los abogados, para arrancárselos.

Los juezes pronunziaron, por medio de una interlocutoria; * 161. *que los abogados, con los parrizidas, deberían determinár, entre sí, azerca de la respuesta a la acusación de los enviados, i presentarla en juicio, dentro de terzero día, esto es, el diéz de Abril, a las siete horas de la mañana. I, o respondiesen, o no; los juezes no dejarían por eso de hazér lo que deberían en derecho, según costumbre del país. El día diéz de Abril, cuando se vino, de nuevo al juicio; los abogados comenzaron a apre-

tár, con la exzepción del clericato; para que se entregasen los reos a su juéz ordinario. I los enviados, en contra apretaban con la sentenzia interlocutoria, por la cuál se había determinado, que, a su acusación respondiesen los abogados, i reos, según uso, i costumbre de la provinzia.

I así, los Juezes pronunziaron segunda vez, *que fuera de * 162. toda exzepción, i dilación ulteriór, los reos, i abogados, debían respondér a la acusación de los enviados: pero les señalaron otro término, para el día doze de Abril: i aunque no respondiesen en aquél tiempo; debería no obstante, hazerse, lo que pidiesen el derecho, i la costumbre de la provinzia.

Ya pués, en el día doze, que era el último término, que se había establecido para respondér en juicio; no solo nada se hizo por los abogados, i reos; pero, ni aun los Juezes, admitieron a los enviados Neoburjenses, a obrár: contra lo que ellos mismos antes habían juzgado, a zerca del derecho, i costumbre del pais. Mas ellos, esto solo dieron por respuesta a los enviados: que algo había acontezido, *después que la causa se * 163. había trasladado al Consejo del Gobierno: por cuya razón hasta que ellos mismos los llamasen de nuevo; nada podía hazerse en este negozio. Rezibida, pués, esta respuesta de los Juezes; se quejaron grávemente, de ella, los enviados, en nombre del Electór, i demás Prínzipes Palatinos, ante el Consejo de Gobierno; i les amonestaron, en virtud de su promesa, i del común derecho de Jentes. A sabér: que en tan manifiesto, i tan inaudito parrizidio, no eran nezesarias tan multiplicadas zeremonias, i dilaciones. Que también los mismos del Consejo habían dado testimonio, pués habían mandado al Juez ordinario, que sentenziase la cáusa con dilijenzia: i que ellos mismos debían instarle, para que no faltase a su ofizio: que si en adelante nada hazían en esta causa, si algo no suzediese, *en que * 164.

los mismos enviados fuesen culpados, cuidarían entonces ellos, de que se hiziese con diligenzia lo que conviniera. Ahora daban a conozér los Juezes, dimanár de ellos mismos, que no se prozediese adelante, en aquella cáusa, tal como deberían, por derecho común, i dictamen de ellos mismos. Por tanto, de nuevo protestaron los enviados, que, si como era debido, no prozedían en el juizio con diligenzia, i orden, ellos se quejarían grávemente de esta injuria, a sus Prinzipes; a quienes también no podía menos de ser mui molesta, esta odiosa e inícuca prolongación de días, no solo por razón de los gastos, que grandísimos eran (pues los juezes eran convocados a sus expensas, i por ellos mantenidos, mientras asistían a la cáusa del juizio); sinó también, porque no se hubiese hecho, respecto de estos parrizidas, madura investigación de aquellos designios; * 155. que contra todos los profesores del Evangelio, se hubiesen tomado en Roma, o en otros lugares: designios, de los cuales hemos visto ya manifiesta i pública, alguna parte; i conjeturamos, que todavía está quizá oculta la mayor parte.

Leida esta petición de los enviados, respondiéronles los rejentes: que habían dado orden al juéz provinziál, que al día siguiente, esto es, el día treze de Abril, se prozediese adelante, en el juizio. Pués el dicho juéz, poco después, zitó a los enviados, para las doze del día siguiente, a cuya hora comparezieron los enviados en el lugar del juizio. I así estos, no desperdiziaban ninguna ocasión, aunque se viesen bién, ser hechos el ludibrio de los Juezes, que a semejanza de muchachos, i a su antojo, jugaban en esta cáusa. Pués, a la hora señalada, * 166. se presentaron los enviados: mas los abogados de los parrizidas, ni se presentaron, ni pudieron ser hallados: a los cuales, como el Juéz hubiese esperado por bastante tiempo; al cabo mandó, que fuesen llamados desde el tribunál, por voz del

pregonero: i como ni llamados así, se presentasen, el Juéz, quería prozedér adelante, en la causa. Por fin vinieron alli los abogados, i primero se quejaron grávemente del llamamiento hecho por pregonero: después pidieron tiempo para responder, hasta la hora de las tres, el cuál les conzedió el Juéz. Entretanto los abogados trataron ante el Consejo del Réjimen; que el Juéz, al fin de la hora sexta, diese por respuesta, i, como dezía, por mandado de los Rejentes: que los enviados debían procurar, que su acusación contra los parrizidas, presentada antes en juizio, se trasladase en lengua Latina, *i Española; i, hecho aquello, entonzes, al fin, podría imponerse a los reos, que contestasen: lo que era abiértamente contrario a la sentenzia interlocutoria primera, i segunda: pero mucho mas, a la segunda, que cláramente cortaba toda ulteriór dila- zión, i excepción. I, así, como viesen los enviados, que por mo- dos tan indignos se prolongaba el juizio; de nuevo presenta- ron otra petición en el Consejo del Réjimen, a eso de las ocho del día siguiente, que era el xiv de Abril. En el escrito se que- jaban gravísimamente, de esta burlería de juizio, i de la inju- ria grande, que a ellos mismos, a sus Prínzipes, i a toda la cáusa, se hazía. Juntamente pedían también, que se diese or- den al Juéz, de prozedér adelante en la cáusa, conforme a la sentenzia *de ellos mismos, la que ellos propios habían dado, * 167. el día diez de Abril.

Leida esta petición de los enviados, el Consejo del Réjimen, admitió en el tribunál, a los enviados, entre las diéz i las onze, de la mañana de aquél día; i, presentes ellos, leyeron un es- crito del Emperadór, que aseguraban haber rezibido aquél mismo día, por un propio. Estaba fechado en la ziudad impe- rial de Dinckelspihel, el día cuatro de Abril; en el cuál manda- ba el Emperadór, que se suspendiese todo juizio, azerca de este

- parrizidio, del cuál quería juzgár él mismo, con su hermano el Rei de Romanos, en la Dieta que iba a zelebrarse. Oida, pués, esta carta, el segundo de los enviados se volvió a Neoburgo, porque ya ninguna esperanza les quedaba de alcanzár
- * 169. justizia. Pués cláramente *algunos sectarios de la impiedad pontifizia, i prinzipalmente los españoles, dezían en la zitudád de Innsprúck, que los parrizidas habían hecho lo que era justo. Porque el que mata a un hereje, ese queda ya absuelto por el Pontífize. Entretanto escribieron los ilustrisimos Prínzipes Electór Palatino, i Ottón Henrique, a los Rejentes de Innsprúck, que, bajo cauzión, fuesen puestos los parrizidas en la zitudád de Neoburgo, en cuyo lugar se había cometido el parrizidio: o permitiesen, a lo menos, que ellos mismos los juzgasen, según convenia al derecho de jentes. Mas ellos, sin otra respuesta, les presentaron el escrito del Emperadór. Después los Estados jenerales de los Protestantes de Ratisbona, instaron por tres vezes, ante el Emperadór, que permitiese
- * 170. llegar al cabo de este juizio, *como se había comenzado. Mas ninguna respuesta rezibieron de él. Todas las cuales cosas, tenemos que agradecerlas al Papa, con sus Cardenales, que instruyeron toda esta cáusa, con la mira de defendér la vida de sus verdugos. A ellos también debemos la respuesta dada, en Ingolstad, a los gobernadores Neoburjenses, al Cuaderno de súplica, que los mismos presentaron al Emperadór, cuando estuvo de huésped de ellos en Neoburgo: en cuyo cuaderno, le pidieron respetuósamente, que mandase a los juezes de Innsprúck, ante cuyo tribunál pendía esta cáusa, que prozediesen con dilijenzia en el juizio. A los que ninguna otra respuesta se dió, sinó, que el Emperadór no tenia facultád de mandár en un
- * 171. distrito, que pertenezía al Rei de Romanos, su hermano: *ante quién les convenia suplicár, si algo era de conzederse. Cuando

por otra parte, pocos días antes, se había dado un mandato, en nombre del Emperador en la ciudad de Dinckelspihel, para que se suspendiese el juicio.

En este estado, pues, están los asuntos de los parrizidas, con los cuales, suzeda los que suzediere, no pudiera obrarse peor. Porque si los hombres temen mucho en la tierra el justo juicio de Dios; sin duda alguna los Juezes, sean ellos, al fin, los que fueren, tienen que sentenziar, que por la inozentisima cabeza del varón santísimo, que ellos mismos cortaron con gran indignidad; se corte justísimamente (!) las cabezas de ellos, a su vez: aunque parezca desigual suplicio, para tanta maldad: i mal compensada, ciertamente, la muerte, del verdadero martir de Cristo. *Pero, si, en esta vida, se les perdona su * 172. hecho; no se hará otra cosa, que aumentar en ellos el dolor, i tormento de su conciencia, que sin fin dilazerará los ánimos de los parrizidas.

Porque aquellos *στροφαι*, sentimientos de afecto, naturales, que por inspiración imprimió el eterno Padre en las mentes de los hombres, están adheridos de tal modo a la mente humana; que ningún favor, o gracia de tiranos, puede estirparlos de los ánimos de los hombres: por lo que, se presentarán perpetuamente, ante la vista, i el alma, de estos parrizidas, hasta el fin de los siglos.

I así tienes, o lector, un ejemplo, en estos dos hermanos, que se te propone delante de los ojos, por muchos motivos maravilloso, por un lado lleno de fraude, de crueldad, de malicia, de impiedad: i, de nuevo, lleno de inozenzia, de mansedumbre, de gloria, de gravedad, *de constanzia, de 173. verdadera relijión. Pues, si la maldad del fratrizada Alfonso consideras; nada hallarás en ella, que no parezca obra consumadísima de impiedad, i acabada en todas sus partes: i al

mismo hombre, zercado por muchas leiones de diablos, de suerte, que pudieras creer, habían sido vueltas a llamar por él, a esta vida, de el reino de Satanás, las tartáreas furias, para perpetrar tanta maldad.

- Por otra parte, si consideras con dilijenzia la admirable virtud, cláramente divina, i la integridad de Juan Díaz, verdadero martir de Cristo; verás manifiestamente, que nada, ya de muchos siglos acá, se ha hallado mas grave, mas constante, mas relijioso que él. Finalmente, tal es el ejemplo todo, al cuál no podrás encontrár ninguno semejante, consignado a la memoria en todas las historias (que réalmente pudiera hallár); a * 174. exzepción del ejemplo de Cain, el primér hermano fratrizada, que por cáusa de igual profesión de relijión verdadera, mató a su inozentísimo hermano Abél, a cuya imagen pareze hecha, i llénamente esculpida, esta nuestra. Por tanto, creo verdaderamente, que, no sin un arcano consejo de la sabiduría de Dios, nos ha sido propuesto, en este tiempo, este ejemplo, que de todos modos pareze mui digno de considerarse, a juicio mio. Pués así como en el prinzipio del mundo aquél fratrizidio primero fué testimonio manifiesto, de los males primeros, i del reinado del Diablo, que mostraba entonzes, por la primera vez, sus fuerzas, contra los hijos de Dios; así también pienso, que en este delirio postrimero del mundo, en el que vemos * 175. prezipitarse a la ruina, la naturaleza universal de las cosas; Dios con este ejemplo, ha querido advertir a todas las criaturas, azerca de la destruczió, i consumazió de todas las cosas: para que sepan, i entiendan, todos los que tienen sentido para entender, que el ya derrotado, i postrado reino de Satanás, previendo que su poderío universal en breve ha de acabár; antes de su perdizió última, prueba todos los extremos contra la Iglesia de Cristo. Pero

sepan todos los que son veneradores de la piedad verdadera, i tienen un temór reverente a la sentenzia del Supremo Juéz; que hân de ser vanos todos los conatos de aquél maligno; i que poco después ha de seguirse la tranquilidad de la Iglesia de Dios, que traerá el mismo Hijo de Dios con la claridad de su venida, que con alegre *desenlaze*, *χατὰσποφη*; zerrará la desordenada fábula *del delirante mundo, i que se rebela tórpemente contra su Criadór en este tiempo postrimero. Por tanto, con alta voz exhorto a todas las criaturas, que se arrepientan de la impiedad en que ahora viven. Exhorto a todos los reinos del mundo, que reziban al Hijo de Dios, que viene, i clama, a cada uno en su fin: i oigan esta voz saludable, que suena desde el zielo: i acojan con brazos abiertos a este benigno Salvadór. Exhorto expresamente al Reino de España, al cuál, mas que a las demás nazioni del globo, veo sumerjido en la oscuridad densísima de las tinieblas, de la superstiziôn, i de la idolatría; a que sacuda de sus hombros, el yugo intolerable de tiranía, i servidumbre, con que ahora está oprimida: a que abra los ojos, i vea, *en cuantos males de cuerpo, i de alma, se halla envuelto: a que, por fin, reconozca sábiamente, i deseché animósamente, las imposturas, i ladronizios; de este pirata Romano, que es mui verdadero enemigo de Cristo. Sea movido con el ejemplo, e imite la constanzia, la relijiôn, i la virtud, nunca bastante loada, de este martir verdadero de Cristo, Juan Díaz; que para exzitár a su Nazione a la profesiôn de la doctrina verdadera, que él mismo, con gran constanzia, profesó, hasta su postrér aliento, no vaziló en derramár su propia sangre. Sepan también que la sangre de este varón santo, que fué vertida en la tierra, por mantenér, i establezér la gloria de Dios; clama ahora en el zielo, i allá, ante el acatamiento del eterno Padre; con jemitos inenarrables, *pide del

* 176.

* 177.

* 178.

mismo Dios la venganza de tanta maldad. Desde aquél mismo zielo, en el cuál está ahora Díaz, en la verdadera, i eternamente duradera gloria de la Deidad suprema, en la compañía de los ángeles bienaventurados, como en alta voz, clama a los hombres de su nazió: llama ázia sí, a cada uno de ellos, a todos juntos los exhorta, para que, adheridos a las huellas de él mismo, huyan la idolatría, abrazen la doctrina saludable del Hijo de Dios; i siguiendo finalmente el ejemplo de todos los profetas, i apóstoles, de todos los patriarcas, i santos, que desde el prinzipio del mundo; hasta este día, llegaron al zielo por este camino angosto de la cruz de Cristo; consigan también ellos la gloria sempiterna. Amén.

FIN.

SUMA DE LA RELIJIÓN *

CRISTIANA.

Al Ilustrísimo Príncipe Señor D. Ottón Enrique * m 2.
Palatino del Rhin, i Duque de ambas
Bavieras, etc.

POR SU AUTÓR JUÁN DÍAZ, ESPAÑOL.

La relijión Cristiana consta prinzipalmente de estos dos puntos.

- I. Que se dé culto á Dios réctamente.
- II. Que el hombre conozca, de dónde ha de procurár para sí, la salud.

CAPÍTULO PRIMERO.

Definimos así el culto de Dios: cuyo es el fundamento prinzipál. Reconozér a Dios, como lo es, por fuente única de toda virtud, de justizia, de santidad, de sabiduría, de verdad, de poder, de bondád, de clemenzia, de vida, i de salud: i, por tanto, señalár i atribuir a Él, en todo, la gloria de todos los bienes: buscár todas las cosas, en Él solo: i, por esta razón, si de algo nezesitamos, ponér la mira solo en Él mismo

De aquí naze { La Invocación,
Alabanza,
i Aczión de Grazias } de Dios.

Que son los tres testimonios de la gloria, que a Él atribui-
mos. I ésta es la verdadera santificazión de su nombre, que

Qué es culto
de Dios.

Invocación.
Alabanza.
Aczión de
Grazias.

Gloria.
Santificazión.

El mismo requiere de nosotros en primér lugar: i la que diariamente pedimos en la orazi3n Dominicál, cuando dezimos; «Santificado sea el tu Nombre.»

Adorazi3n.

A esta va unida la Adorazi3n, por la cuál Le manifestamos nuestra digna reverenzia, por su grandeza, i exzelenzia.

Zeremonias.

m 3.

A cuyo fin, sirven las Zeremonias, como ayudas, o instrumentos; *con los cuales se ejerziten, a una, el cuerpo con el ánimo en la profesi3n del culto divino.

I por las cuales nos presentamos como delante de Dios, i hacemos profesi3n, individualmente, de su culto, en la reuni3n de la Iglesia: i esto espezialmente hacemos, para que obtengamos su perd3n, porque nos apartamos tan repetidamente, de su palabra, i de sus decretos, en todas nuestras acciones.

*Abnegazi3n
de sí propio.*

Siguese luego la abnegazi3n de nosotros mismos, para que renunziando a la carne, i al mundo: seamos transformados en novedád de mente: con lo que, ya no vivamos mas para nosotros, pero nos sometamos a ser rejidos en nuestras acciones, por Él.

Obedienzia.

*Tem3r de
Dios.*

Mas, con esta abnegazi3n, nos preparamos a la obediencia, i servizio de su voluntád: para que así reine su tem3r en nuestros corazones, i modere todas las acciones de nuestra vida. Pués donde hai tem3r de Dios, allí hai también prinzipio de salud.

*Verdadero
culto de Dios.*

En esos puntos se contiene el culto verdadero, i sinzero de Dios; i que sea el solo que aprueba Dios, i con el cuál se deleita; lo enseñan así, ya el Espiritu Santo, en todo lugar de las Escrituras; i ya también el mismo sentido de piedád, que sin disputa prolija, dicta lo mismo. Ni fué otra, desde el prinzipio, la manera de dar culto a Dios: sino, que esta verdád espirituál, que para nosotros es descubierta, i senzilla; fué, bajo el antiguo Testamento, cubierta con figuras. I esto es, lo que quie-

ren significár las palabras de Cristo: «Vendrá tiempo, cuando los verdaderos adoradores, adorarán al Padre en espíritu i verdad.» No quiso negár, sin embargo, con estas palabras, que, a este modo no fuese espírituál el culto de los padres; sino indicár la diferencia, solo en la forma externa: porque *como ellos * m 4. tuvieron envuelto el espíritu, en la sombra de muchas figuras; entre nosotros está ya claro. I así, siempre valió inconcuso, aquello de: a Dios, que es un Espíritu, es menestér adorár en espíritu, i verdad. Además, es una regla universál, que nos haze distinguír, el culto puro de Dios, de el vizioso: i no inventemos, en esto, nosotros, mismos lo que nos pareziere, sino miremos, qué es lo que prescribe Aquél que solo tiene la potestád de mandár.

Juán iv. 23.

Deuter. iv,
i xii. (2) (32)

CAPÍTULO II.

El segundo punto de doctrina cristiana, que establezimos es: que llegue a conózér el hombre; dónde deba buscár la salud.

El conozimiento, pués, de nuestra salud, consta de estas tres cosas.

- I. Del sentido de nuestra propia miseria.
- II. Del conozimiento de Cristo.
- III. De la confianza firme en Él.

I. El paso primero para conseguir la salud, es el de reconocerse a sí mismo por enfermo. Por eso, hai que comenzár, por el sentido, o perzepción, de la miseria propia, que nos debe traér hasta el punto de desesperár como muertos. Esto, pués, causa la fuente de todos los males, mientras nos muestra la corrupción orijinál, i hereditaria, de nuestra naturaleza. La cuál enjendra en nosotros la desconfianza, la rebelión contra

Dios, la soberbia, la avarizia, las sensualidades, i los malos deseos de todo jénero: i la cuál nos tiene cautivos bajo el yugo del pecado, i enémigos de toda rectitúd, i justizia: mientras que son manifestados, a cada uno sus pecados: de modo, que, confundidos con su torpeza, se hallan obligados a estar disgustados consigo mismos, i a estimár por nada a sí, i a todas sus cosas.

* m 5. Después también, por el contrario, son zitadas *las conzienzas al tribunál de Dios, para que conozida su maldizi3n, i admitido casi el anuncio de una muerte eterna, aprendan a tener horr3r de la ira de Dios. Digo, que este es el primér grado, por el que se llega a la salud: según que el hombre postrado dentro de sí mismo, i at3nito; desespere de todos los auxilios de la carne. Ni, con todo, se endurezca contra el juicio de Dios, o se haga insensible, como encallezido, é impenetrable; sino que temeroso, i acongojado por el dolor, jima i suspire por el remedio, Cristo.

II. De aquí, debè el hombre levantarse a otro grado. Esto acontece cuando respira alentado por el conozimiento de Cristo. *Conozimiento de Cristo.* Pués al hombre, humillado, en este modo que hemos dicho, no le queda mas, sinó que se vuelva a Cristo, para que por beneficio de Él, sea libre de la miseria. Mas la salud en Cristo, busca finalmente, el que tiene su virtúd: el que Le reconoce por único Sazerdote, por el cuál somos reconciliados al Padre: el que reconoce, ser la muerte de Él, el único sacrificio, por el cual son expiados nuestros pecados, satisfecho el juicio de Dios, i adquirida la verdadera i perfecta justizia. Pués este amor de Dios ázia nosotros, por el cuál nos mostró al Hijo unijénito, i puso en Él las iniquidades de todos nosotros, es tánto; que ningún corazón humano puede abarcarle. I delante de los ojos de Dios es tan grato, azepto, i de infinito mérito, i

dignidad el sacrificio de Cristo, que **de** ningún modo puede, o quiere Dios condenarnos, si creyéremos en Cristo. I esta es hostia, o sacrificio tan preclaro, que **ninguna** condenación de pecado, ni tampoco ninguna voluntad **de** pecar, *puede existir ^{m 6.} allí, donde esto es ofrezido. Finalmente, ese busca, i halla la salud en Cristo, que no la demedia, **entre** sí, i Él: pero reconoce, que es mero i gratuito el beneficio de Cristo, por el cuál es justo, a presencia de Dios.

De este grado, también es preziso subir al terzero: para que el que se halla instruido, azerca **de** la grázia de Cristo, i del fruto de su muerte, i resurrección, **adquiera** en Él sólida, i firme confianza, i tenga para sí, que **de** tal manera la pasión' la muerte, i la resurrección de Cristo, en una palabra, todo Cristo, con sus dones, e innumerables grázias, de tal manera digo, es suyo; que posee, en Él **propio**, la justizia, i la vida eterna. Mas, sentir, i gustár estas **cosas**; i, con viva fé, hazér suyo, tamaño Benefizio de Cristo: i, **por** el impulso de esta fé, esmerarse en buenas obras; lleva a las **almas** piadosas un consuelo increible, i confirma, i **aumenta** mas i mas, aquella confianza en Cristo.

Mas a estas tres cosas, i al culto **de** Dios, nos llevan, i dirijen otras tres.

I. La Doctrina.

II. La Administrazi3n de los Sacramentos.

III. El modo de gobernár a la Iglesia.

La Doctrina, es la primera en este **orden**, i esto con raz3n: supuesto que es la base, i el **fundamento** de las otras partes, por la cuál entendemos los escritos de los **Profetas**, i de los Ap3stoles, esto es, los Libros Can3nicos del **Antiguo**, i Nuevo Testamento. Estos or3culos divinos de Dios, inspirados por el Esp3ritu Santo, por los que Dios, con **admirable** consejo, se descu-

III.
Firme con-
fianza en
Cristo.

Doctrina.

Antiguo
i Nuevo
Testamento.

brió al orbe de la tierra; son el fundamento, la piedra, i la base, sobre que está edificada la Iglesia de Dios, * en el mismo Jesu Cristo, suprema Piedra angular: i en estas Escrituras, están comprendidas llena, i perfectamente, todas las cosas que para nuestra salud, i justizia, son útiles, i nezesarias. Abraza-

III. *Simbolos.* mos no obstante, tres simbolos, Apostólico, Nizeno, i el de Atanasio, como un epitome de las Escrituras Proféticas, i Apostólicas. También los cuatro grandes Conzilios, Nizeno, Constantinopolitano, Efesino, i Calzedonense; i otros, mas en cuanto convienen con la Sagrada Escritura, i cuyos dogmas, i decretos, estén confirmados por las Sagradas Escrituras: finalmente, queremos comprendidos en esta Doctrina a los Escritores

Los iv. Conzilios.

SS. Padres.

Eclesiásticos Ortodoxos, i SS. Padres, Tertuliano, Cypriano, Ambrosio, Agustin, Jerónimo, etc.: pero solo en cuanto ellos mismos quieren ser reconocidos, i leidos; i la sentenzia, en ellos, tenga el testimonio de la Escritura.

II.
Administra-
ción de los
Sacramentos.

La administrazió de los Sacramentos, a saber, del bautismo, i eucaristía, es útil, i nezesaria en la Iglesia, después de la Palabra. Pues Cristo los instituyó, para que sean simbolos, é instrumentos de su benevolenzia, para con nosotros, i del mérito de su Hijo, pagado por nosotros. I quiere, que por estos rezibamos los sumos beneficios de Él, la remisión de los pecados, la comunicazió con Él mismo, en su Hijo, un espíritu recto, i su bendizió en toda nuestra vida: además también, que, a la vez, Le confesemos, zelebremos, i enteros nos consagremos a Él, por estos Sacramentos.

* m 8.
III.
Modo de go-
bernar la
Iglesia.

*El modo de administrár la Iglesia, se contiene espezialmente, en estos dos.

I. En un pío Prínzipe, o Majistrado.

II. I en un fiél Ministro, o Pastór.

Pués si es pío el Prínzipe, i Majistrado; i de corazón de-

sea servir a Dios, de quien tiene la potestád, como un siervo fiél: si el Ministro, i Pastór, fuere vijilante, i solízito en el ministerio de la Palabra, i en instruir a la niñez en el Catezismo: si estos dos, digo, cumplen réctamente con su ofizio, i vocación, i se ayudaren entre sí mútuamente; será fazilísimo mirár, i proveér, a la administrazió de toda la Iglesia: a la educazió de los niños, a las escuelas, (pués estas son los viveros de la Iglesia, i República, i por tanto deben procurarse con mucha dilijenzia por uno i otro): a la corrección de las costumbres, a la excomunió, para esto, o prinzipalmente, instituida: a la nezesidad de los pobres: a las limosnas repartidas por los Diáconos: a los enfermos: a la hospitalidad: a los cantores: i a otros ministerios de la Iglesia. Pués si al Prínzipe, o al Majistrado, no se les asegura su autoridad, por el ministerio de la Palabra; i si no se aplica la debida honra, por el Prínzipe, ó Majistrado, al ministro de la Palabra, o Pastór: ni este podrá fáilmente reprehendér los vicios, ni tildár las costumbres, i abusos, con prestijio: ni aquél correjír, i enmendár cuando quiera.

Es, con todo, ziertísimo, que de la doctrina dependen, i dimanar todas estas cosas. Pués el réjimen de la Iglesia, el cargo Pastoral, i el orden restante, junto con los Sacramentos; son *como una espezie de cuerpo: mas la Doctrina, que prescribe * n. la regla de dar culto a Dios réctamente; i muestra, dónde las conzienzas de los hombres deban ponér la confianza de salvazió; esa es el alma, que inspira al mismo cuerpo, que le vuelve vigoroso, i dilijente, i que, finalmente, haze, que todas las cosas se ejecuten debidamente, i con orden, en la Iglesia. I, por tanto, los Ministros, Prínzipes, Majistrados, i Pueblo, deben bién mirár, a quienes elijan, constituyan, i admitan por Ministros, i Pastores. Pués donde fiél, i vijilante

es el Pastór, no solo el Pueblo, sinó también el Majistrado, el Príncipe, el Rei, i el mismo Emperadór (como tenemos un ejemplo en s. Ambrosio), por la autoridad de la Palabra, se mantienen en su obligazió, i, por ello, toda la República. Donde, por otra parte, la Doctrina no tiene su lugar, ni la Palabra ejerze, i muestra su fuerza; no es recta la manera de administrár la Iglesia, todas las cosas van a peór, como antes de ahora, i al presente, vemos en muchos Reinos, con gran pérdida (duele pensarlo) de muchas almas. Pués para que todas las cosas, se encaminen a lo mejór, i se administren con mas solizitud en la Iglesia; abrazemos todos, ya seamos hombres de la alta, ya de la infima clase, la palabra de Dios, no tanto con los brazos, manos, i oídos externos; como con el corazón, i mente interna: i no consintamos, por ningún motivo, que de ella se nos aparte: ella ilumine, como una luz zelestiál, las mentes de todos: como fuego divino arda en los ánimos de todos, i los exzite a obras buenas, i dignas de un cristiano. Pués asi suzederá también, que se

* n 2. dé culto a Dios rectamente, i que *obrando los hombres por su salvazió con temór, i temblór, sepan de donde deben esperar la salvazió. Ultimamente, la relijió cristiana (cuya suma quisimos compendiár en estas pocas hojas), no solo se afirmará, sinó que también hará cada día mayores progresos, para gloria de nuestro Señor Jesu-Cristo: al cuál sea alabanza, honra, e imperio perpétuamente: Amen.

PSALMUS XIII.

Dixit insipiens in Corde, etc.

*Stultus ab humano qui iudicat omnia sensu,
 Quique ea dispenset non putat esse Deum.
 Sunt tamen usque adeò stupefacto pectore caeci,
 Credere qui possint tam furiale nefas.
 Nam male consulto sic cogitat impius ausu,
 Non est quem metuas, ne sciat ista, Deus.
 Execrabilibus perierunt cladibus omnes,
 Prodigia quos miseri vita laboris habet.
 Omnipotens humiles prospexit ab aethere terras,
 Humanumque sua vidit ab arce genus.
 Ex tot an inveniat sapientem millibus ullum,
 Qui curet superos, et putet esse Deum.
 At retro stolidis abierunt passibus omnes,
 Pestis enim miseris omnibus una fuit.
 Non fuit ex illis quem posses dicere iustum,
 Qui bene vixisset non fuit unus homo.
 Num sapient aliquando mali qui sanguine vivunt,
 Et populi comedunt corpus et ossa mei?
 Quos miserorum hominum duri pavere labores,
 Ut satura ingluvies nesciat ista famem.
 Dummodo quod rodant ventri non desit alendo,
 Turba Creatorem negligit ista suum.
 Hic ubi non opus est trepidant ubi nulla necesse est.
 *Esse pericla animae, certa pericla timent.
 In quibus haud opus est, Domino servire laborant,
 Vera loco cultus nil facientis habent.
 Sed favet et iustis Deus est tutela, salusque,*

*Nec negat auxilium quod pia turba rogat.
 O, stulti et miseri, qui despexistis egenum,
 Quòd soli fidat subiaceatque Deo.
 Quis genus Israël salvum dabit, atque reducet
 Dispersos populos ad tua templa Sion?
 Cum Deus exilium converterit ipse suorum,
 Laetitia fient omnia plena nova,
 Tunc genus Israël gaudebit, et ocia ducent,
 Qui de stirpe tuae sunt Iacobe domus.*

PSALMUS XVII.

Exaudi Deus iustitiam, etc.

*Has precor ò placida tam iustas aure querelas,
 Cuncta, Pater, fletus percipe verba mei.
 Explorare velis attenta mente quid orem,
 Non falso ex animo nostra querela venit,
 Iudice te stet iusta mea sententia causae:
 Et, quo cuncta soles lumine, recta vide.
 Omnia nota mei tibi sunt sensa intima cordis,
 Qui ne nocte quidem te sine solus eram.
 Conflato argentum me sicut in igne probasti,
 Scoria nec mendax ulla reperta tibi est.
 Quae loquar, illa eadem sententia firma sequetur,
 Non erit à sensu dissona lingua meo.
 Omnia sectabar quaecumque es verba locutus,
 His mea munivi sensa, cor, ora, fidem.
 Ne quid in humanis operum caligine nugis
 Laberer, ausurus facta nefanda sequi.
 Insidiatorum peragravi lustra latronum,*

*Tutus ab insidiis per tua verba fui.
 Firma quaeso meos tua per vestigia gressus,
 Ne cadat in media lubrica planta via.
 Auxilium ut ferres querula te voce rogabam,
 Audi quas timido fundimus ore preces.
 Eia age mirentur populi, fac sentiat orbis,
 Qua venia foveas: qua pietate, tuos.
 Salvator tibi fidentum, sciat impius isthaec
 Spicula cui destrae sunt odiosa tuae.
 Tam tua me uigili custodia lumine servet,
 Quàm servari oculi pupula cara solet,
 Non secus ac suavi requiescam tutus in umbra,
 Si tua magna meum contegat ala caput.
 Protege me, velutique tuis defende sub alis,
 Impia dum miserum perdere turba studet.
 Insidiantur enim, nec cessant quaerere, quà nam
 Hanc animam perdant conditione, mali.
 Quandoquidem magnis inter se convenit istis,
 *Hoc opus, hinc audent multa superba loqui.
 Quò me cumque pedes, quò me via ducit, id unum
 Curant ut possim qualibet arte capi.
 Omnia prospiciunt circum, qua fraude dolisque
 Prostratum terrae me sine fine premant.
 Impius adsimilis raptori est iste leoni,
 Cui saevam stimulat praeda petita famem.
 Non secus ac catulus rapidi genus acre leonis,
 Qui pavidas captans insidet antra feras.
 Surge fer auxilium, vires prosterne superbi,
 Victricem dextram sentiat esse tibi.
 Eripe me, vitamque meam de fauce maligni,
 Victorem gladium sentiat esse tibi.*

* n 4.

*Adsere me dira manuum de gente tuarum ,
De genere hoc quae adhuc vita superstes habet.
Qui sua viventes capiunt iam praemia , quorum
Implesti ventres de ditione tua.
Quos proles numerosa beat , qui deinde relinquunt
Reliquias pueris divitiasque suis.
Verum ego iustitia mentem comitante quietam ,
Accipiam vultus gaudia plena tui.
Cumque apparuerit species tua vera , quietus ,
Et satur , et tota mente beatus ero.*

FINIS.

DOCUMENTOS REFERENTES Á JUÁN DÍAZ

I Á SU HISTORIA.

I.

[La siguiente carta autógrafa de Juan Díaz pertenezco a la Colección Simler, i se conserva en la Biblioteca de Zurich. Debo la copia al Profesor de Strasburgo, el Sr. *Charles Schmidt*.]

Clarissimo viro et patri observandissimo *D. Bernardino Ochino Senensi.-Augusta.*

Joannes Diazius S. P. Bernardino Ochino Senensi.

S. in Christo. Tuas et Domini *Musculi* literas, mi pater, accepimus D. Licentiatum et ego, et sicut ille, et tu pie et sane de secure consulitis, ita vobis gratias ago maximas pro hoc vestro christiano et fraterno animo et consilio. Ceterum illud inter cetera pro nunc summe placuit, ut unicum Christum redemptorem meum consulerem, et mundo clausis oculis ad Christi solius gloriam eos aperirem. Faxit Deus optimus maximus merito Filii sui ut ille me illuminet, ille mihi consiliarius sit et in hac causa patronus. Nam hactenus nihil statui, quod cras, aut sumum intra biduum, hic Dominum *Bucerum* expecto, cum quo coram copiosissime agam. Interim me tuis commendo precibus et D. *Musculi*, fratris carissimi. Quidquid Dominus de me statuere voluerit, sive mandandum, sive discedendum mihi sit, neque enim credibile est, nisi tu ipse videres et audires propriis auribus, quibus et quam gravissimis rationibus, ne dicam arietibus, me impellat frater. Sed in Christo confido quod ipse dabit sua gratia felicem exitum. Te et D. *Musculum* brevi invisam. Salutabis sororem et sororium mihi amantissimos. Bene vale in Christo, pater observandissime, et frater amantissime, quem precor ut ejus gratia perpetuo sit tecum. *Neuburgi*, xxii Martii 1546, die Lunæ.

Vere tuus, et ex animo deditissimus

J. Diazius.

Al clarísimo varón, i veneradísimo Padre el Sr. Bernardino Ochino, Senense, en Augusta [Ausburgo?].

Juán Díaz a Bernardino Ochino, Senense.

Salúd en Cristo. El señor Lizenziado, i yo, rezibimos, Padre mio, tu carta, i la del Sr. *Músculo*: i como él, i tú; pia i ziértamente mirais azerca de mi seguridad; así os doi las mayores grázias por este vuestro ánimo i consejo cristiano, i fraternál. Mas, por el presente, lo que mas que nada me agrada súmamente es, el tenér puesta la mira en Cristo, mi único Redentór, i, zerrados los ojos al mundo, abrirlos para contemplár la gloria de solo Cristo. Haga Dios, Óptimo, Máximo, por el mérito de su Hijo, que Él me ilumine, Él sea mi consejero, i Patrono en esta causa. Pués, hasta ahora, nada he resuelto, porque mañana, o, a lo sumo, dentro de dos días, espero aquí al Señor *Bucero*, con quien trataré largamente de boca a boca. Entretanto, me recomiendo a tus oraciones, i a las del amadísimo hermano el Señor *Músculo*. Lo que el Señor quisiere determinár azerca de mí, ya sea que haya de quedarme, o ya, que haya de partír; pués no es creible, si tú mismo no lo vieres, i oyeres con tus oídos propios, con cuántas, i cuán gravísimas razones, ya que no diga arietes, me impela mi hermano. Pero confio en Cristo, que Él mismo por grázia suya, me dará un éxito feliz. A tí, i al Sr. *Músculo*, en breve, yo veré. Saludarás a la hermana, i al cuñado, a los que tanto amo. Pásalo bién; Padre veneradísimo, i hermano amadísimo en Cristo. A quien ruego, que su grázia sea contigo perpétuamente. En Neoburgo a 22 de Marzo del año 1546. Dia Lunes.—Tuyo de veras, i afizionadísimo amigo entrañable

J[uan] Díaz.

II.

Presumo que Arnoldo Birekmann, en su Carta a Franzisco de Enzinas, o Dryandro, fecha en Amberes a 31 de Enero de 1546, alude a Juan Díaz, cuando escribe: «*Ortegam* convenire adhuc non potui, *Joannem* semel tantum vidi, cum ei literas tuas redderem,»—«A *Ortega*, todavía no pude encontrarle: a *Juán* tan solo una vez le ví, cuando le entregué tu carta, etc.

III.

En la Carta de *Vitus Theodoricus*, al mismo Franzisco Enzinas, escrita en 11 de Febrero del a. 1547, Norimberga, o Nuremberg, hai esta Postdata: «*Gratiam* habeo de *Historia Diazii*, non solum quod eam ad me dederis, sed quod curaveris edi in publicum. *D. Hesus Vratislaviensis* obdormivit in Domino, Sanctissimus et fidelissimus minister Christi.»—«Te agradezco la *Historia* de *Diaz*, no solo por el regalo que de un ejemplár de ella me has hecho, sino porque hayas procurado publicarla. El Sr. *Hess*, de Vreslabia, durmió en el Señor; fué un santísimo, i fidelísimo Ministro de Cristo.»

En el cuerpo de esta misma Carta, se haze menzión de *Claudio*; como íntimo de Enzinas. El cual pareze *Matthias Claudio*, del que hai cartás a Enzinas desde *Sangall*, i otros puntos.

IV.

En Carta de Juan Oporino a Franzisco de Enzinas, fecha en Basilea a 16 de Febrero de 1547, leemos, entre otras cosas:

«Mitto 5 exemplaria *Diazii* quorum unum dabis meo nomine ludimagistro *San Gallensi Joanni Vesslero*, et si libet etiam *Vadiano* unum.» — etc. «Envío zinco ejemplares del *Díaz*, de los cuales, darás uno en mi nombre, a *Juán Vessler*, Maestro de escuela en *San Gall*: i también, si te pareze, uno a *Vadiano*.»

V.

La Carta de Pedro Alexander a Franzisco de Enzinas, fecha en Heidelberg a prinzipios de Abril (?), del año 1547, comienza así:

«Suscepi literas tuæ humanitatis, Doctissime *Francisce*, una cum Historia illa pientissimi, sanctissimique viri *Diazii*, quam tuo nomine dignissimo domino Cancelario præsentavi, qui iussit suo nomine tibi immensas haberi gratias.» etc. — «Recibí Doctísimo *Franzisco*, tu apreziabile Carta, junto con la Historia del piísimo, i santísimo varón [Juán] *Díaz*, que presenté, en tu nombre, al dignísimo Señor Canzelario, el cuál me mandó darte, en su nombre, infinitas grázias.» etc.

VI.

Bathasar Altieri, en carta a Franzisco de Enzinas, fecha en Venezia el año 1547 (sin día del mes), escríbele, entre otras cosas, lo siguiente:

«Utinam, mi *Francisce*, *Venetiis*, ut optas, vel apud me, vel apud alios tutus agere posses. Etenim quid mihi gratius in vita contingere potuisset unquam, quam cum eo homine victitare; qui pietate, doctrina, ingenio, rerum usu, multis aliis antecellat. Sed verendum est ne idem tibi acciderat,

quod illi *Hispano* in *Germania* quem sui tam misere trucidarunt:» etc.— «¡Ojalá, *Franzisco* mio, pudieses, como deseas, pasár la vida seguro, en *Venezia*, o en mi casa, o en la de otros! Pues ¿qué cosa mas grata podia jamás acaezirme en la vida, que el poderla pasár, en compañía de aquél hombre, que se aventaja a muchos otros en piedád, doctrina, ingenio, i manejo de negocios? Pero es mui de temerse, no te suzediese a tí (si aquí vinieses), lo mismo que a aquél *Españól* [Juán Díaz], en *Alemania*, a quien tan lastimosamente mataron los suyos.» etc.

VII.

[Entre las cartas a *Franzisco* de *Enzinas*, hai una, dirigida a él también, que tiene roto el nombre, o firma, de su Autor. Según el Profesor *Charles Schmidt*, que se apoya en la autoridad del Sr. *Baum*, la carta parece de mano de *Juán Budeo*.—O mas bién (dize), será de *Mateo Budeo*, que había estado con *Díaz* en *Jinebra*.—*Crespín*, *Hist. des Martyrs* f.^o 173 b. La carta tiene la fecha de 30 de Noviembre del a. 1547 en *Jinebra*: i traducida literalmente dize:]

Salúd. He llegado a entender, por la carta, que haze poco escribiste al Sr. *Calvino*, que te quejas mucho, de no habér rezibido, las cosas, que por su testamento, te había legado *Juán Díaz*: pues te habia dicho [FERNANDO DÍAZ] *Paterniano*, que habían remitido a *Jinebra*, las dos partes de los Libros de *Díaz*, de las cuales, una parte pertenezía a tí, i otra a tu hermano. Como esto, puede quizá marcarme con alguna mala nota, para contigo, i otros hombres pios; he creído que me importaba, advertirte azerca de todo este asunto, cuanto me ha sido dable saber. Cuando por medio de un nefando parrizi-

dio nos fué arrebatado aquél Santo hombre; *Sernacleo* [otros *Senarcleo*] que se hallaba con él, envió junto con la trisísima noticia, una copia del testamento, que poco antes había hecho *Díaz*. Daba a entender, que dicha copia la había transcrito de priesa, por no haber querido el Majistrado de *Neoburgo* dar el *autógrafo*, ú orijínal, i por apresurarse a perseguir a los parrizidas: prometia sin embargo remitir otra copia, que fuese signada por la mano del Notario, i pudiese tener la fé, i fuerza, del testamento auténtico. Siguióse después aquella malaventurada i miserable mortandád, como supiste mejor que yo; i así no hemos podido conseguir ninguna otra copia. Qué es lo que en el [testamento] se contuviese mejor lo entenderás de él mismo, pues prometió, que todo te lo iba a escribir fielmente. Mas yo, luego que recibí la copia sobredicha, ofrezíendose, al punto, ocasión de correo, la envié junto con la carta de *Sernacleo*, a *Paris*, a *Fr. Balduino*, varón piadoso, i a mí carísimo; el cuál, como viese, que yo, con *Sernacleo*, era instituido heredero, se puso de acuerdo con *Paterniano*: del cuál, sin yo saberlo, ni pedirlo, pero desempeñando el ofizio de un amigo, recibió un «Chrysostomo» un «Ambrosio,» un «Santo Tomás de Aquino,» con otros pocos libros, que me envió. Por qué, diga *Paterniano*, haber enviado él dos partes de los libros; no lo entiendo bien: pues sé perfectamente de cuán luzida librería se hallaba provisto *Díaz*. Aun ahora tengo el catálogo de sus libros, escrito de puño i letra de *Paterniano*, del cuál consta la rica provisión, que de ellos dejó *Díaz* en *Paris*. Mas de donde tomó, lo que del Testamento de *Díaz* escribes, me admira mucho: pues apenas pudo él saber mas cosas, que nosotros mismos, ni de mas tuvo noticia, según pienso, que de lo que arrojaban la carta de *Sernacleo*, i el *apógrafo*, que por mí le fué dado. I zierto, que mu-

chísimo desearía se te mostrasen, para que entendieses todo el asunto desde su principio. Recuerdo, que en aquél testamento, se haze por *Díaz* una menzión finísima de ti; i que te deja en legado sus «*Annotationes Theológicas*,» que apreziaba mas que todos sus libros: mas no recuerdo, que te legase otros libros. *Sernacleo* dize que dichas «*Annotationes*,» las dejó en *Strasburgo* (*Argentina*), al írtelas a presentár en aquél lugar: pués yo nunca las toqué desde el tiempo, que, dejando a *París*, me separé de *Díaz*. Ni ziértamente, me han sido enviados otros libros, fuera de los que ya mencioné. Mas todo lo que había dejado en mi poder, partiendo para *Strasburgo* se lo envié al instante. Sé, que se le remitieron otros fardos desde *León*, a *Strasburgo*, cuando todavía estaba allí: mas yo nunca los ví. Un Mercader, que era mui amigo suyo, i que se llamaba *Henrico*, cuidó de ese asunto. Pero *Díaz*, en aquél testamento, hizo menzión también de tu hermano: porque como había determinado con *Paterniano*, mantenér por un año en *Strasburgo*, a otro *Españól*, del cual había esperanza, que pudiese promover la relijón en *España*; deseaba juntamente contár en particular con tu hermano. Mas conviene que tu te informes, azerca de todo, del mismo *Sernacleo*. Por mi parte, me sería gratisimo, i mucho, en verdad, el que pudieses conseguir en *Neoburgo*, el [testamento] autógrafo, o alguna copia legalizada: i no dudo, que en el estado actual de las cosas, ya mas tranquilo, se pudiese rehaber fázilmente: i tu, que estás mas zerca de esa zitud, que yo, i que estás al alcance de conozér los hombres mas fidedignos; puedes hazerlo absolutamente mejór: i pídote, cuán encarezidamente puedo, que te ocupes de ello: pues tengo un debér de mirár esta cosa con solizitud, por lei de la amistád estrechísima que tuve con *Díaz*, por catorze años. Añádese ahora la instituzión de here-

dero, por la cuál me hallo también mas ligado. Muchas vezes pensé, dentro de mí mismo, por cuál via podría yo recobrar aquél Testamento; mas ninguna se me ofrezía: i si, ahora, tu me la manifestases, me estrecharías con un gran vínculo de agradecimiento a tí. Qué se haya hecho, azerca de los créditos a su favor, aun no lo he averiguado: pues *Gélida* le debía una cantidad, con la cuál pudiese ocurrir por un año, a la manutención completa de algún estudioso. También le debían otros. Pero esto lo sabrás mejor de *Paterniano*, que cuidaba, de sus negocios: de los que: yo también deseo estar mas enterado. Cuando estuve en *París*, haze dos meses, busqué allí a *Paterniano* para tratar con él, en persona, azerca de todos estos particulares: i ahora no me marabillo, de no haberle hallado. Mas huélgome de que se hallase ahí contigo, donde ha podido aprovechar mucho, i promover fácilmente los estudios religiosos, para que así corresponda, en realidad, al deseo de nuestro piadoso *Díaz*. Yo, por mi parte, anhele vuestra salud, i seguridad, i a la vez, que atraigais ázia Cristo, con vuestro ejemplo a muchos *Espanoles*. El Señor oiga favorablemente los votos, i oraciones de todos los píos, para que se propague largamente su Reino. Pásalo bien. Jinebra 30 de Noviembre del a. 1547.

VIII.

[Mr. Samwer, Canzillér de la Embajada inglesa al Duque de Gotha tuvo la bondád de copiár el a. 1855, esta Carta, i las dos que siguen, cuyos orijinales son dificultosos de leerse.]

S. P. in Christo. Pro ratione mearum occupationum, Generosissime Vir, ita ad D. Calvinum scribo ut nihilominus, idem ad te scriptum, ut postremis literis significavi, velim, unus enim ipse, et sane occupatissimus, non possum tam multis, ut cupio et vellem, satisfacere. Interim et hanc præcationem, quam heri D. Bucerus habuit in principio Colloquii hic subjungam, quæ vice erit epistolæ, imo quam pro tua pietate multis meis epistolis præferes, ut par est.

«Omnipotens Deus, Pater cœlestis, qui admirabili benevolentiae tuæ erga nos consilio Scripturas tuas nobis largitus es, et adhuc confirmasti, quæ testes, Apostolo tuo, erudire nos possunt ad salutem per fidem, et utiles sunt ad docendum, quicquid in doctrina religionis verum est, et salutare, et ad confutandum quicquid in hanc doctrinam infertur falsum et noxium, ad corripiendum etiam quicquid est in vita pravum et vitiosum, denique et ad commodè instituendum in Justitia, ut homo Dei sit undique exactus, et ad omne bonum opus instructus: Gratias tibi maximas, quod *servo* tuo, * Imperatori nostro, hanc mentem immisisti, et hactenus servasti, ut controversias religiosas, religiosa et placida Scripturarum tuarum scrupulatione et tractatione componi voluerit: Et rogamus, Te, suppliciter, respicere velis, propter Filium tuum unicum,

* Non adulatus titulis.

Salúd mucha, en Cristo. En razón de mis muchas ocupaciones, Varón nobilísimo, así escribo al Sr. Calvino, como te escribí en mi última, que siendo yo uno solo, i ocupadísimo ziértamente, no puedo satisfazer a muchos, como deseo, i quisiera. Entretanto, esta Orazión, que ayér el Señor Bucero hubo, al prinzipio del Coloquio, pondré aquí abajo, que será en vez de la carta; i aun, por tu piedád, preferirás como es razón, a muchas cartas mías.

«Dios Todopoderoso, Padre zelestiál, que por el marabilloso consejo de tu benevolenzia, para con nosotros; nos
»diste tus Escrituras, i aun aseguraste, por testimonio de
»tu Apostol, que nos pueden instruir, por fé, para la salvación; i que son útiles para enseñár todo cuanto es verdadero,
»i saludable, en la doctrina de la relijión; i para confutar
»todo lo que contra esta doctrina se introduzca falso, i dañoso;
»so; para corregir además todo lo que hai de malo, i vizioso
»en la vida; i finalmente, para instituir, cuál conviene, en
»Justizia, para que el hombre de Dios sea cabál en todas sus
»partes, e instruido para toda buena obra: -Dámoste grandísimas grázias, por habér puesto en el ánimo, i hasta ahora
»en la perseveranzia de tu siervo, * nuestro Emperadór, el que
»desee componér las controversias relijiosas, con el relijioso,
»i plázido escrutinio, i manejo de tus Escrituras. I te rogamos
»humildemente, quieras mirár, por cáusa de tu Hijo único,

* No adulado
con títulos.

Servatorem nostrum et Magistrum cœlestem, Ecclesiam tuam tot modis per doctrinas alienas afflictam: ac mittere nobis Spiritum sanctum tuum, spiritum veritatis, qui depulsa a nobis omni cupiditate, et sapientia carnis, omnique sophistica, et impostura Satanæ corda tuorum omnium aperiatur, purget, illuminet, ut ex Scripturis suis solide cognoscere valeant finem legis, et omnis Scripturæ, filium tuum, propitiatorem nostrum, et te in illo Deum verum et patrem nostrum. Atque fac ut ministerium nostrum, quod in instituta modo collatione præstare tibi, et Ecclesiæ tuæ debemus, eo illi commodet, ut tandem plene in te undique consentiat, et indies magis magisque instauretur, et ad omnes gentes propagetur, ad gloriam nominis tui, per eundem D. nostrum Jesum Christum filium tuum, qui tecum in unitate Spiritus Sancti vivit et regnat per omnia sæcula. Amén.

Reliqua, ut dixi, boni consulet tua humanitas, uxorem salutabis: ad fideli nunzio committenda hæc mandabis, qui si ad manum non fuerit gratum erit si communicentur sed paucis. D. Mártyri, Alinio, Euxenobio, A Emrico, etc.

Si quid accepistis de Valerano scire cupimus. Te officiose salutat Nobilis Senarcleus. Hujus præcationis exemplar mittas clarissimum D. Calvinum Oro.

Bene Vale, Generosissime
Vir. 8 Februarii 1546.

T. G. C.
Perpetuò
deditissimus.
J. Dz.

[Al respaldo.]

Generosissimo ac Clarissimo Viro D. Falesio. — Argentorati.

»Salvador nuestro, i Maestro zelestíal, a tu Iglesia de tantos
 »modos por doctrinas extrañas aflijida: i enviarnos tu Espiritu
 »Santo, espíritu de verdad, que arrojado de nosotros todo deseo,
 »i sabiduría de carne, i toda sofistería, e impostura de Sata-
 »nás; abra, purgue, e ilumine los corazones de todos los tu-
 »yos, para que, de las Escrituras, puedan hazer conózér, sóli-
 »damente a los suyos el fin de la Lei, i de toda la Escritura,
 »es a sabér, a tu Hijo, Redentór nuestro, i a tí, en Él, Ver-
 »dadero Dios, i Padre nuestro. I haz, que nuestro ministerio,
 »que por la instituida colazióñ, que ya se nos hizo, debemos
 »dedicár a Tí, i a tu Iglesia; a ello tanto se adapte, que ple-
 »na, i completamente, se conforme en Tí, i de día en día se
 »renueve mas, i mas, i se extienda a todas las nazioni, para
 »gloria de tu Nombre, por el mismo Señor nuestro Jesu
 »Cristo, Hijo tuyo, que contigo, en unidad del Espiritu Santo,
 »vive i reina por todos los siglos. Amén »

Lo demás, como ya dije, súplalo tu amabilidad. Saludarás a tu mujer en mi nombre: i encargarás, que se entregue esa, a un fiél portadór, que si no estuviere a la mano, no me pesará, se comunique, aunque a pocos, como al Sr. Martir [Vermiglio], a Alinio, Euxenobio, A Emrico, etc. Si sabes alguna cosa de Valerano, deseamos saberlo. Te saluda de corazón el Noble Senarcleo.—Te ruego, que envíes al clarísimo Señor Calvino una copia de la Orazióñ.

Pásalo bién, Jenerosísimo Varón.

T. G. H.

Perpétuamente adictísimo.

J. Dz. [JUÁN DÍAZ.]

8 de Febrero de 1546.

(Al respaldo.)

Al Jenerosísimo, i Clarísimo Varon, Señor Falesio.—Estrasburgo.

IX.

[Carta de *Diaz*, à *Calvino*.]

S. P. in Christo. Ex literis D. Falessi, sicut ille ex tuis solet, intelliges, Vir clarissime, omnia quæ apud nos gerantur, quantum quidem ex multorum literis accipere potui. Te tamen vehementer rogatum velim, ut ad nostrum Dryandrum scribere velis, cuius literas ad te mitto, sed jam diu datas. Vix enim possis credere in quanto mœrore, in quanta animi anxietate, et perturbatione sit constitus. Intellexit enim nuper a suis, illum C. Exomologistam tam ægre tulisse ipsius in Germaniam redditum, ut non modo curet confiscanda si quæ a parentibus hereditario jure sperat, verum etiam, contra omne divinum et humanum jus, insigni aliqua infamia, graves, seniores, ac innocentissimos parentes afficere. Atque ut hæc vitet, cogi quodammodo in Italiam ire, quasi illic tutus esse possit. Ego do operam ex consilio D. Bucerii, ut Nurembergam ambo conveniamus, de his ac aliis acturi inter nos: disuadebo, sicut jam et literis feci, ne id tentet, nisi velit sese apertissimo periculo exponere, et sese contaminare idolatriis, etc. Te iterum atque iterum oro, ut, et solari, et ut optime nosti consulere fratri in hoc discrimine versanti per Christum velis: et fratri tui studiosissimo, et qui multum in

Carta de *Díaz*, a *Calvino*.

Salúd mucha en Cristo. Habrás sabido, Varón clarísimo por la Carta del Sr. Falesio, como él suele por las tuyas, todas las cosas que ocurren entre nosotros, cuanto pude alcanzar de las cartas de muchos. Sin embargo, querría pedirte con mucho ahinco, que tuvieses a bién escribir a nuestro amigo Dryandro, cuya carta te remito, aunque de fecha mui añeja. Apenas podrías creer en cuanto pesár, i en cuanta ansiedad de ánimo, i perturbación, se halla puesto. Pués, haze poco, que supo de los suyos, que aquél C. Exomologista [Confesór]* haya llevado tan a mal su vuelta a Alemania, que no solo procure, el que, si algunas cosas puede esperar de sus aszendientes, por derecho hereditario, le sean confiscadas; sinó también, que contra todo derecho divino, i humano, trata de ocasionár alguna señalada infamia, a sus graves, antiguos, e inozentísimos antepasados. I, para hazerle evitár estas cosas, quiere en zierto modo obligarle a ir a Italia: como si pudiera estár allí seguro. Por consejo del Sr. Bucero, trato yo de que nos reunamos ambos en Nuremberga, para resolver entre nosotros sobre estas, i otras cosas: le disuadiré, como ya lo hize por escrito, de que intente tal, sinó quiere exponerse, a sí propio a un peligro clarísimo, i a contaminarse con idolatrías, etc. Te ruego, una i otra vez, que quieras consolár, i aconsejár, como sabes mui bién, a un hermano que se halla en este riesgo por amór de Cristo: i a un hermano, de tí mui apasionado, i que, a su tiempo, si viviere, podrá hazér mu-

* Quizá el Padre Soto.

Ecclesia suo tempore, si vixerit, poterit. Ad me vero scribes cum per tuas justissimas et gravissimas occupationes licuerit. Neque enim tuis privari literis velim, quæ tanto mihi sunt gratiores, quanto te, ut par est, et debeo, summe observo, ac diligo. Ubique habes tui studiosos. Te salutat hospes meus D. Licentiatus Adam Bartolomæus, vir pius et doctus, a consiliis Illustrissimi et Christianissimi Principis Ottonis utriusque Bavariae Ducis, qui et illius est concionator, omnibusque concionatoribus istius Juratus præest. Nomine meo salutabis uxorem tuam charissimam et filiam Judit, fratrem Antonium, et D. de Fer, et ipsius domum totam, reliquosque fratres, et notos, et nominatim Magnificum et ejus uxorem.

Bene vale, vir clarissime in Christo, quem præcor ut te diutissime servet ad Ecclesiae protectionem et ædificationem. Neoburgo Danubii 13 Martii 1546.

Tibi ex animo perpetuò devinctissimus.

J. Dz.

In dorso :

Clarissimo Viro D. Johanni Calvino, etc.

X.

[La tercera carta es una de Francisco de Enzinas (Dryander) a Juan Calvino, fecha en Basilea a 26 de Octubre del año 1547. De ella pongo aquí solo la última parte, que es la referente a Diaz, o mas bien, a su Testamento.]

Est præterea quod te meam in gratiam favere vellem. Significavit mihi Ferdinandus Diazus Paternianus, qui olim curabat negotia Johannis Diazii Lutetiae, nunc est in meo ministerio, constitutum fuisse a sancto viro, ut omnes ejus li-

cho en la **Iglesia**. I a mí me escribirás, cuando te fuere permitido por **tus** justísimas, i gravísimas ocupaciones. Pués no quisiera **verme** privado de tus cartas, que me son tanto mas gratas, **cuanto** mas te respeto en sumo grado, i amo como debo, i es **razonable**. Donde quiera tienes afizionados tuyos. Te saluda mi **huesped** el Sr. Lizenziado Adám Bartolomeo, varón piadoso i **docto**, consejero del Ilustrísimo, i Cristianísimo Príncipe Ottón, Duque de ambas Bavieras, i también predicador suyo, i **que** se aventaja a todos los oradores de esta Jurisdicción. Saludarás, en mi nombre, a tu amadísima mujer, i á tu hija Judit, i al hermano Antonio, i al Señor de Fer, i a todos los de su **casa**, i a los demás hermanos, i conozidos, i particularmente al Magnífico, i a su mujer.

Pásalo **bién**, Varón amadísimo en Christo, al cuál ruego, que te **conserv**e por mucho tiempo, para proteczió, i edificazió de **la** Iglesia. Neoburgo del Danubio, 13 de Marzo del a. 1546.

A tí, **de** corazón perpétuamente unidísimo

J. Dz. [JUÁN DÍAZ.]

Al respaldo:

Al Clarísimo Varón el Sr. Juan Calvino, etc.

Hai además otra cosa en la que desearía me favorezieses. Me dijo **Fernando** Díaz, el tio [Paternianus], que cuidaba en otro tiempo, de los negocios de Juan Díaz, en París, i que ahora está a mi servicio: que había ordenado aquél santo

bri in tres partes dividerentur, quarum una ipsi daretur, reliquæ duæ, mihi, et fratri meo. Accepit ipse partem suam, reliquas duas dicit esse missas Genevam, ut inde ad me transmitantur. Sed usque in hanc horam, nihil vel accepi, vel audiui. Proinde te oro, ut perquiras ab eis qui habent curam implendi voluntatem viri sancti, et ea omnia quæ ad me pertinebunt, et fratrem, ad te recipias, cujus Catalogum mittes. Neque in re justissima arbitror fore difficultatem ullam, si quidem ratio postulat, et exempla omnium gentium testantur, in explenda demortui voluntate summam fuisse apud omnes gentes religionem, semperque habitam esse sacrosanctam. In hac re peto mihi non deesse tuam diligentiam atque auctoritatem, et quia istius viri memoriam religiosè colo, et quicquid ab eo provenerit tanquam monumentum et pignus amoris conservabo, idque majoris faciam, quam si alia quapiam ratione amplissima dominatio hæreditate contingeret. Bene vale, cum omnibus fratribus et tota ecclesia. Basileæ 26 Octobris 1547.

Tuus Franciscus Dryander.

In dorso :

Clariss. viro Domino Johanni Calvino, ministro verbi Dei fidelissimo in Ecclesia Genevensi.

XI.

[Carta de Franzisco de Enzinas, Dryander, al Cardenál du Bellay. (Véase la Nota al fin de la Carta).]

Jamdudum optavi mihi dari justam aliquam opportunitatem interpellandi tuam Celsitudinem meis literis, quam ad rem frequenter me adhortatus est Johannes Diazius fælicis

hombre, que todos sus libros se dividiesen en tres partes: de las cuales, se diese la una al mismo *Fernando Díaz*; i las dos restantes, a mí, i a mi hermano. Él rezibió ya su parte: i dize que las otras dos restantes, se enviaron a Jinebra, para que de allí me fuesen transmitidas. Pero esta es la hora, en que nada he rezibido, ni oído azerca de ellas. Por tanto, te ruego, que lo averigües, de los que tienen el cargo de cumplir la voluntad del santo hombre: i te hagas cargo de todas las obras que pertenezieren a mí, i a mi hermano; i que me envíes el Catálogo de ellas. I no pienso, que haya dificultad alguna en cosa tan justa; supuesto que así lo exige la razón, i lo atestiguan los ejemplos de todas las nazioni; que en el cumplir la voluntad del difunto, hubo en todas las nazioni la mayor i mas escrupulosa exactitud, i fué tenuta siempre por cosa sacrosanta. En esta cosa pido, que tu dilijenzia, i autoridad no me falten: ya porque relijiosamente venero la memoria de este varón; i ya porque todo cuanto de él proviniere, lo conservaré como un monumento, i prenda del amor suyo: por lo que aprezio mas esto, que si por cualquier otro motivo hubiese alcanzado la posesión de una riquísima herenzia. Pásalo bién con todos los hermanos, i la Iglesia toda. Basilea 26 de Octubre 1547.

Tuyo, Franzisco Dryander [Enzinas].

Al respaldo:

Al Clariss. Varón el Señor Juan Calvino, ministro fidelísimo de la palabra de Dios en la Iglesia Jinebrina.

Haze ya tiempo, que he deseado se me proporcionase alguna justa oportunidad de ocupár la atenzión de Vuestra Eminenzia con mis cartas: a cuya cosa me exhortó con frecuencia Juan

memoriæ, qui olim tuæ Celsitudinis alumnus, nunc vero in conspectu Dei, et societate beatorum gloria fruitur sempiterna. Nam cum te unum, inter præsules hujus ætatis viderem excellenti doctrina ornatum et pericula Ecclesiæ Christi præclare intelligentem; aliquam cum eo viro familiaritatem mihi esse cupiebam, cum quo possem de statu horum temporum per literas communicare. Ac ego quidem paulò ante dedissem initium perpetuo inter nos duraturæ conjunctionis, victus Diazii precibus tuaque fretus humanitate, quam, ex tuis ad eum literis facilè potui prospicere, nisi præsentis Reipublicæ perturbationes, et optimi viri mors indignissima me de instituto meo proposito revocarent. Nunc vero post casum illum tristissimum, cujus veram historiam literis expressam ad tuam Celsitudinem mitto, accedit quoque autoritas *D. Martini Bucer*i, qui a me suis precibus impetravit suaque auctoritate perpulit ut scriptis ad tuam Celsitudinem literis initium darem ejus familiaritatis quam equidem peroptarem, ut etiam arbitror fore inter nos perpetuam, et mutua officiorum vicissitudine stabilitatem. Primum igitur tuam Celsitudinem oro, ut in bonam partem accipiat audaciam meam, et si quid hac in parte peccatum est, culpam transferat in *D. Bucerum*, qui mihi fuit autor istius audaciæ. Si gratum tibi fuisse meum officium sensero, non modo fidem et perpetuitatem promitto, sed etiam diligentiam et testimonium duraturi fœderis præstabo. Deinde ut in primis etiam pergam literis esse audacior, te per Deum oro, Princeps illustrissime, ut ejus numeris * curam etiam nunc perdiligentem habeas ad quod obeundum

* Leo «muneris.»

Díaz, de feliz memoria, que en otro tiempo fué alumno de Vuestra Eminenzia, i ahora goza de una gloria sempiterna, ante el acatamiento de Dios, i en la compañía de los bienaventurados. Pués como te viese a tí solo, entre los Prelados de esta edad, adornado con exzelente doctrina, i entendedor profundo de los peligros de la Iglesia de Cristo; deseaba yo tener alguna espezie de familiaridad con un varón, con el cuál pudiere comunicarme por cartas, azerca del estado de estos tiempos. I, en verdad, que yo habría, antes de ahora, dado prinzipio a una unión entre nosotros de perpétua duración, vencido por los ruegos de Díaz, i confiado en tu amabilidad, que fázilmente pude echár de ver por tus cartas a él; si las perturbaciones presentes de la República, i la muerte indignísima del hombre exzelente, no me hubiesen hecho retraér de mi establezido propósito. Mas ahora, después de aquél acaezimiento tristísimo, cuya Historia verdadera envió impresa a Vuestra Eminenzia; se ha añadido también la autoridad del Sr. *Martín Bucero*, que alcanzó de mí con sus ruegos, i me constriñó, con su autoridad, a que, con esta Carta a Vuestra Eminenzia, diese prinzipio, a aquél jénero de trato familiár, que réalmente yo mucho deseaba, i que como también pienso, fuese, entre nosotros, una perpétua estabilidad, por el recambio mútuo de servizios. Pués primeramente ruego a Vuestra Eminenzia, que eche a buena parte mi osadía, i si algo, en este particular, ha pecado, atribuya la culpa al Señor Bucero, que fué para mí el autór de esta osadía. Si conoziere yo, que te fuese grato mi servizio; no solo prometo fé, i asiduidad, sino también mostraré la dilijenzia, i testimonio de un conzierto duradero. Después, para que así como en la primera carta, prosiga también en las otras a ser mas osado; ruégote por Dios, Ilustrísimo Prínzipe, que tengas todavía sumo cuidado de aquél cargo a

Diazium revocabas. Misit ille quidem ad me literas tuas, et consilium de eo quod facere oportere postulavit, de cujus sententiâ aliquid in ea re certi volebat constituere. Ego vero, re deliberata cum viris magnis, doctrina et gravitate præstantibus, autor illi fui ne respuerit vocationem, quam ego divinam esse agnoscebam, et ex qua magnum aliquem fructum toti regno Galliæ sperabam. Sed Deus, interea, nostrum hominem illustrem fecit, glorioso, profecto sui sanguinis testimonio, eumque in scholam multo diviniorem transtulit. Tibi autem, Præsul amplissime, minime deponendam esse curam institutæ vocationis statuo. Quanti enim referre putas si tantæ principis animus in vera religionis doctrina recte institueretur? Illud autem summa diligentia cavendum censeo ne quemquam huic muneri preficias vel fœda superstitione imbutum, vel turpi levitate deformatum, vel etiam audacia nimia præcipitem. Hæc autem non ideo a me dicuntur, quasi quid in hac re tibi sit faciendum velim præscribere homini sane prudentissimo: sed veræ tibi persuadeas velim ex immodico meo erga christianam rempublicam amore ea quam scribo esse profecta: quod si bene cesserit audacia mea, addes animum deinceps longe ut graviora communice. Bene valeat, tua Celsitudo: et de animo erga te nostro sic statuas, me esse in amore Diazio parem; diligentia vero (quod sine invidia dicere possum) fore superiorem, ac proinde jure peto eorum adscribi numero qui tuæ Celsitudini sunt deditissimi.

Basileæ 24 die Novembris anno 1546.

cuyo desempeño, volviste a llamar a Díaz. Pues él me envió tu carta, i me pidió consejo azerca de lo que conviniere hazér, de cuya dezisión queria establezér algo de seguro en el asunto. I yo, consultado el asunto con hombres importantes, señalados por doctrina i gravedad, le indiqué, que no rechazase un llamamiento, que yo reconozia ser como divino, i del cuál esperaba algún grán fruto para todo el reino de Franzia. Pero Dios, entretanto, hizo ilustre a nuestro hombre, con el testimonio glorioso, que réalmente dió, con el derramamiento de su sangre, i le pasó a una escuela mucho mas divina. Mas, en cuanto a tí, Prelado ilustrísimo, juzgo, que de ningún modo debes abandonár el cuidado del ordenado llamamiento. ¿Pues de cuánta importanzia no será, si lo piensas, el que sea instruido réctamente en la doctrina de la relijón verdadera, el ánimo de una tal Prinzesa? Mas lo que pienso, que debe con suma diligenzia evitarse, es, el que no encomiendes este cargo, á uno, o imbuido en fea superstizi3n, o manchado con torpe lijereza, o también prezipitado con demasiada osadía. Mas estas cosas no tanto son dichas por mí, como si quisiese ordenár lo que es de hazerse por tí en este negozio, cuando sé que verdaderamente eres hombre prudentísimo: mas quiero, zierto, que te persuadas, que estas cosas que escribo dimanan, del exzesivo amor mio ázia la república cristiana: que si me saliere bién la osadía, me animarás con esto, a que en adelante comunique contigo cosas de mayor gravedad.

Páselo bién, Vuestra Eminenzia, i esté persuadido de que en mi ánimo ázia él, me igualo a Díaz en amarle, mas en diligenzia, (lo cuál puedo dezír sin envida) he sido superi3r. I, por tanto, pido con razón, que se me cuente por Vuestra Eminenzia en el número de aquellos que le son adictísimos.

De Basilea a 24 de Noviembre del año 1546.

[La copia de esta carta, que me sirve de orijínal, tiene adjunta una Nota en francés, la cuál traduzida literalmente dize:]

«He aquí un hecho, que parece confirmár la opinión, de que el *Praesul*, a quién está dirijida la carta de Dryander, del 24 de Noviembre del 1546; es el cardenal *du Bellay*: Poseemos en Strasburgo, la minuta autógrafa de una carta por la cuál Juan Díaz (de Ratisbona a 9 de Febrero del 1546) da cuenta a un *Praesul*, a quien llama su *patronus*, de los preliminares del Coloquio de Ratisbona. En esta carta escrita en sentido protestante mui dezidido, comunica algunas particularidades, que, según él dize, son de tal naturaleza, que pueden interesár al Rei Cristianísimo. Entonzes no había mas que un solo *Praesul* en la Corte de Franzia, a quien se le pudiese escribir en los términos que emplea Díaz; ese personaje era el *Du Bellay*. Ademas, Díaz le dá grázias, por haberle enviado dinero, a Strasburgo, por medio de Jerardo Sevénus: i Sevénus era el agente prinzipál entre Juan Sturmio i el Du Bellay. Finalmente, Díaz habla de Bucero, de una manera que haze suponer, que este último era mui conozido del *Praesul*: i du Bellay hazía gran caso de Bucero. Cuando Díaz dejó a París, en el mes de Marzo de 1545, para irse a Alemania, le encargó, sin duda, el Cardenal Du Bellay: del papél de «Observadór:» i por eso también le enviaba dinero. En la carta del 9 de Febrero del 1546, habla de otras cartas anteriores escritas al *Praesul*. Podrá suzedér, que todavía se hallen en París: i quizá en la Biblioteca Imperiál, al N.º 8584 *Fonds Delamarre*, n.º 291. «Este volumen contiene las cartas de Sturmio a Du Bellay (Nota de Mr. Schmidt, Profesór de Teología protestante en Strasburgo.)

XII.

En carta del Profesor *Charles Schmidt* de Strasburgo, a *B. B. Wiffen*, fecha a 1.^o de Marzo 1863, le dize:—Me apresuro a enviár a ud. la traducción de la carta de *Alfonso Díaz*, que se halla en alemán, en la obra de *Luis Rabus* intitulada: «*Historien der Martyrer* (Historia de los Mártires) Strasburgo 1571.-72. 2. en fol. tomo II, paj. 702.]»

Rabus no declara, de donde hubo el orijínal de esta carta. Él fué, hasta el año de 1556, Pastór en *Strasburgo*: en cuyo año fué a *Ulma*, para llenár allí las funciones de Superintendente eclesiástico, i allí también acabó su «*Historia de los Martires.*»

B. B. Wiffen conjetura, que *Enzinas* (Dryander), pudo tal vez habér dado copia a *Rabus* de la carta de *Díaz*.

La carta de *Díaz*, traducida, dize así:

«Habiendo estado, ha poco, en tu casa, no sería nezesario escribirlo, mas debo hazerlo, por tu interés, i el mio: He sabido que se prepara un compló contra ti, de suerte, que no estarás seguro en la villa: i por eso, me he detenido aquí un dia, para avisártelo. Desearía sabér si estas todavía en Neoburgo, i en la misma casa. Yo te pido no permanezér en ella. Desearía que estuvieses conmigo, pues tengo que hablarte: i esto, lo mas secretamente que ser pueda. Ruégote, que no me olvides, i me cumplas la promesa que me hiziste, para que árreglemos pronto nuestros asuntos.—Augsburgo 26 de Marzo del a. 1546.—*Alphonsus Diazius* (Alfonso Díaz.)»

XIII.

[En una carta de Franzisco de Enzinas a Henrico Bulingero, fecha en Basilea a 1.º de Noviembre de 1546, se lee un renglón solo; relativo a este libro. Dize así:]

« *Historia Diazii est sub prelo, qua perfecta, ad vos mittam.* »

« La Historia de Diaz está en prensa; i cuando esté concluida os la enviaré. »

XIV.

I en carta del mismo Enzinas, al propio Henrico Bulingero fecha en Basilea, a 3 de Noviembre del a 1546, dize, entre otras cosas, que no son del caso, lo siguiente:

« A Domino etiam Theodoro (Bibliandro) postulabis Summam Confessionis Fidei Diazii Latinam, quam ipse fecit Germanicam. Nam hoc breve Scriptum cuperem adjungi historiæ, quæ nunc sub prelo est, et propediem absolvetur, quod alioqui nec in hac urbe inveniri potest nec ex Argentina tempestive mitti posse arbitror. Hæc ut brevi abs te mittantur et meo, et Oporini nomine oro. » — « También procurarás del Señor Theodoro (Bibliandro) la *Suma de la Confesión de Fé de Diaz*, en Latin, que él mismo [entiendo, Bibliandro,] trasladó al Alemán. Pues desearía añadir este breve Escrito, a su Historia, ahora que está en prensa, i se acabará de imprimir dentro de pocos días; i, por otra parte, no ha podido ser hallada dicha confesión en esta ciudad: ni pienso, que pudiese, desde Strasburgo, remitirse a tiempo. En mi nombre, i en el de Oporino te ruego, que pronto nos la remitas. »

XV.

[I en otra carta del mismo Enzinas, al propio H. Bulingero, fecha en Basilea a 4 de Noviembre de 1546 vuelve a dezirle:]

«Ceterum expecto quoque abs te Sessiones Tridentinas, et Scriptum Diazii, quod antea postulavi.»

«Pero también espero de ti las Sesiones Tridentinas, i el Escrito de Díaz, que antes te pedí.»

XVI.

[I en otra carta, también fecha en Basilea a XI de Noviembre de 1546, dize Enzinas a Bulingero, lo siguiente:]

«Hac hora misit ad me Myconius literas tuas, in quibus Sessiones Concilii Tridentini continebantur, pro quibus magnam tibi habeo gratiam. Atque utinam simul misisses confessionem Diazii latinam, quam apud D. Theodorum inveniri posse arbitror, quæ sola ad perficiendum libellum desideratur, et cogitur prelum interquiescere, donec eam alicunde nanciscamur. Plus decies a Bucero postulavi, sed impedito gravibus negotiis non vacavit cogitare de re minima. Quæso te, nisi missa fuerit, cum has literas accipies, primo nuntio mittatur.»

—«Ahora me acaba de enviár Myconio tu carta, en la cuál se contenian los *Sesiones del Conzilio Tridentino*, por las cuales te doi muchas grazias. I ojalá hubiese juntamente remitido la *Confesion de Díaz*, en latin, i que pienso ha de poder encontrarse en poder del Señor Theodoro [Bibliandro]; única cosa que nos falta para complemento de la obrilla, i que mientras no la logremos de alguna parte, nos obliga a tener parada la prensa. Mas de diez vezes se la pedí a Bucero, pero impedido

por sus graves negocios, no tuvo tiempo desocupado para pensar en cosa de tan poca monta. Ruégote, que si cuando rezibas no la has enviado la envíes con el primér propio, que venga.»

XVII.

[I ya en Carta fecha el XXVI de Noviembre de 1546, dize Enzinas:]

«Multum tibi debeo, Bullingere doctissime, quod solus in angustia preli opem tulisti. Mitto nunc ad te Historiam Diazii, de qua libenter audiam tuum iudicium. Reliqua exemplaria inter fratres distribue, ad quos omnes non potui scribere. Quaterniones seorsim pertinent ad D. Theodorum.»—«Mucho te debo, doctísimo Bulingero, por haberme prestado ayuda tu solo, en el apuro de la prensa. Ahora te envío la *Historia de Díaz* azerca de la cuál, oiré de buena gana tu parezér. Los demás ejemplares, distribúyelos entre los hermanos, a todos los cuales no pude escribir, cuatro, separadamente, pertenezcen al señor Theodóro [Bibliandro].»

XVIII.

[En una carta, fecha en Basilea a XXVIII de Noviembre del a. 1549, dize Franzisco de Enzinas, Dryander, a Joaquín Vadiano:]

—«Mitto ad te Historiam Diazii nostri, in qua non solum id, quod hactenus desiderasti scire, videbis sed in ea quoque, quamvis tenui signo, tibi persuadeas velim, copulatam esse mei erga te animi certissimam significationem.»—«Te envío la *Historia* de nuestro Díaz, en la cuál verás no solo aquello, que hasta ahora deseaste saber; sino que también, por ella,

aunque apenas bosquejada, deseo que te zerziores de la segurísima unión de mi ánimo ázia tí.»

XIX.

[En carta anteriór, al mismo Vadiano, fecha el VI de Octubre del a. 1546, escribió Enzinas:]

«Oporinus noster hactenus ægrotavit, ac proinde non vacavit imprimere Historiam Diazii. Iam vero liberatus a febripaulatim convalescit, et imprimetur brevi. Eam ad te mittam, ubi fuerit parata.»—«Nuestro Oporino anduvo enfermo hasta ahora, i por eso no pudo ocuparse en imprimir la *Historia de Diaz*. Mas, ya limpio de la calentura, va poco a poco convaleciendo, i la imprimirá en breve. Te la remitiré cuando estuviere lista.»

XX.

[En un tomo en 8vo mayor, intitulado: «*Ionnnis Calvinii Epistolarum Editio secunda. Lausannae 1576*, en la página 144, que ocupa una parte de la Carta 71 de Calvino a Farelo, fecha el año de 1546, le notizia Calvino el asesinato de Juan Díaz, de esta manera:]

«Diazius Hispanus, quem apud Gallasium hic vidisti, Virete, et qui Neocomo Germaniam proficiscens transierat cum duobus Senarclenis, crudelissimé fuit interfectus: cum Cæsar appropinquare diceretur, Neoburgum se contulerat, quod oppidum est sub ditione Othonis Henrici ducis. Inde ad me scripsit, 13 Martii. Fratrem habebat Romæ nomine Alphonsum, qui data opera illuc venit, ut pium virum tolleret e medio, Collocuti sunt aliquot diebus. Cum Ioannes nihil se proficere intelligeret, Alphonsum reliquit. Illic simulans sibi aliquid ex-

cidisse, famulum mittit qui fratrem revocet, ac domi interficiat. Subsecutus est domum usque: de cæde perpetrata fidem non abuit famulo, donec cadaver spectasset ipse. Tum equis celeribus in comitatum Tirolensem se proripuit. Dux Otho præfectum palatii misit, qui eum ad supplicium postularet. Nisi Ferdinandus humana omnia divinaque miscere volet, necesse est tam indignum et abominabile facinus vindicet. Nam præfectus in carcerem se uná dedit.» — «El español [Juán] Diaz a quien tu viste aquí en casa de Galasio [Gallés], en compañía de Viret, i que pasó por Neufchatel, al partir para Alemania con los dos hermanos Senarclenos; ha sido muerto cruelísimamente. Cuando se dijo que el Emperadór se aproximaba, [Díaz] se marchó a Neoburgo, ciudad que perteneze a la jurisdicción del Duque Othón Henrico. De allí me escribió con fecha del 13 de Marzo [véase antes el documento n.º VIII.] Tenia en Roma un hermano, por nombre, Alfonso, que fué allá [a Alemania], con el objeto de quitár de en medio al varón piadoso. Tuvieron sus entrevistas por espacio de algunos dias. Cuando Juán [Díaz] entendió que de nada servían, dejó de ver a Alfonso. Este, fingiendo, que se le había olvidado comunicarle algo, envió a su criado, como para llamar otra vez al hermano, i, réalmente, para que le matase en su casa. [Alfonso] siguió tras el criado, hasta la casa de su hermano: i no creyó que la muerte se había ejecutado por su criado, hasta no ver él mismo, el cadáver. Entonzes, en velocísimos caballos, huyó arrebatadamente al condado del Tiról. El Duque Othón envió al prefecto de su Palazio, a pedir judicialmente el suplicio del fratrizada. I, a no ser, que don Fernando quiera perturbár todas las cosas, divinas, i humanas; nezesario es, que castigue tan indigno, i abominable delito. Pues el prefecto, a la vez se constituyó en la carzel.»

XXI.

[En el tomo II de «Joannis Genessi Sepulvedæ Cordubensis, Opera,—Matriti. Anno MDCCLXXX, en las páginas 127.—132: párrafos XXXVI.—XLI,» se refiere en latín, que traduzco literalmente, el caso de Díaz, de esta manera:]

XXXVI. «Suzedió, por este tiempo, en Alemania, una cosa digna de memoria; i que, por eso, no debo pasár en silencio. Juan Díaz, de nazione Españól, i natural de la ciudad de Cuenca, el cuál, por largo tiempo, se había ocupado en estudiár la Teología, en el Colejio de la Sorbona, en París; con el uso, i lectura de los libros heréticos, i arrebatado por la lijereza de su ánimo, comenzó a estudiár, con ahinco las nuevas opiniones, i a imbuirse en los errores Lutheranos. I para darse a esto con mayor libertád, i seguridad, i con apláuso de aquellos hombres aquejados con la misma enfermedad, se marchó a Alemania, i llegó a Strasburgo, donde se hallaba Bucero, maestro-insigne, i notorio, de la impiedad Lutherana, por el cuál fué rezibido con grande alegría, i mui alabado, i tenido en grán estima. Pues bién entendía Bucero, que el testimonio de un hombre docto, i Españól, había de tener mucho peso, para impelér en el errór, a los Alemanes, aun en él vazilantes. I así, no zesaba de alabár a Díaz, i de mostrarlo a los suyos: i cuando fué enviado a Ratisbona, de Legado de la ciudad, por cáusa pública, al Coloquio que antes mencionamos; obtuvo del Senado, que se le diese por compañero, i ayudadór del impuesto cargo, al Españól Díaz. Cuando llegaron a Ratisbona, donde moraban muchos Españoles, de la Casa i Corte del Emperadór D. Carlos, Díaz se empezó a mezclár entre ellos, sin ocultár su crimen, i sin

temér la infamia. Antes bién, reprendiéndole, los Españoles, su miserable zeguedád, i negra perfidia, oprobiosa a él, i a toda su Nazione; solía responder, que le parezía mucho mas miserable condición la de los mismos Españoles, i hallarse ellos mas ziegos, cuando no distinguían la luz manifestada.»

XXXVII. «Estaba, en aquél tiempo, en Roma, un hermano carnál de este Juan [Díaz], Alfonso Díaz, Jurisperito, varón próbo, i ganoso de buena fama. Luego que éste supo, por cartas, i avisos de muchos, que detestaban el hecho, el impío furór del hermano, que, con perfidia ignominiosa, había dejado la fé Cathólica, i verdadera piedád; no podía soportár el dolor, que le causaba, una tamaña calamidad de su hermano, junto con la ignominia, que le acarrea a sí propio, i a todo su linaje. I así, para ocurrir a tantos males, tanto de la desgrazia del hermano, como de la infamia común, i remediarlo, de cualquier modo que pudiese; partió para Alemania, a ver al hermano, al cuál encontró en Nuburgo [Neuberg], ciudad a la márjen del Danubio, mas arriba de Ratisbona; pués había sido enviado allí por Bucero, para que dirijiese la impresión de zierto libro suyo. Cuando los dos hermanos se hubieron saludado con un abrazo mútuo; Alfonso, acusando la iniquidad de la fortuna, que había arrojado a su hermano Juan en un estado tal de zeguera, i calamidad, después de tantos años consumidos en el estudio de las Letras, i de la Teología, rogó al mismo Juan, con muchas lágrimas, i ruegos fraternales, que no continuase a caminár perdido en su torpísima e impía maldád, ni, por medio de una suma deshonrra, se apresurase a su inmortal suplizio, i a sí mismo, i a toda la familia, marcasse con aquella nota, que les produziría infamia, e ignominia sempiterna. Pero Juan Díaz, que se hallaba zegado por su afición a cosas nuevas, i se había quitado toda vergüenza;

rechazó a su hermano, con la misma protervia, e impudenzia, que a los otros Españoles. Considerado esto por Alfonso, que no tenía ya esperanza de la salud de su hermano, determinó acometerle con arte: i renovando la disputa, azerca de los dogmas de la relijón, se finjió vencido, i aparentó que no podía resistir a las razones; que se le habían contrapuesto. I así rindióse [Alfonso], i ensalzó la nueva doctrina, con alabanzas maravillosas. «Mas, supuesto (dijo), que Dios, ha
»alumbrado maravillosamente tu mente, arrojadas las tinie-
»blas de ella; estás en la obligazió de esforzarte, según san
»Pablo, a que la grázia de Dios, no sea, en tí, una cosa vazía,
»i a no obrár perezosamente, ni estarte inerte en Alemania,
»que tiene muchos maestros de esta Doctrina. Pero debes pa-
»sár a Itália, i a otros paises, donde sembrando los píos dog-
»mas con prudenzia, i ocultamente, por Caridad cristiana
»muestres el camino a los extraviados; i libres, por tu medio,
»los hombres, de la tiniebla oscura, comiencen a mirár la
»luz pura, en la relijón cristiana.»

XXXVIII. Con estas, i semejantes palabras, i advertenzias, Alfonso había reduzido a su hermano a su parezér, i persuadidole, que le siguiese a Roma, a donde se volvía. Pero enterados por Juan Díaz, sus amigos Alemanes, el prinzipál de ellos Bucero, del nuevo acuerdo, acudieron solízitos, i advirtieron, i rogaron ahincadamente a Juan, que se guardase, i mirase mui bién, para no ser cojido por las engañosas palabras de su hermano: que era consejo temerário, i lleno de peligro, arrojarle uno, de suyo, a una deshecha tempestád, cuando estaba seguro en el puerto: que su hermano Alfonso había maniéstamente ideado esto, para sacarle de Alemánia, donde segurísimamente servía a la relijón pura; i llevarle a Itália, i a Roma, donde tuviese nezesidad de enmudezér, i asen-

tir a las ficciones Pontificias, o sufrir, atormentado, la muerte. Atemorizado Juan con estas disuasiones, mudó parecer, i se negó a tratar mas con su hermano, acerca de su partida de Alemania. Mas, entonzes, Alfonso, viendo que le estaban zerradas todas las demas vias de ocurrir a tantos males, tomó la determinación de matar a su hermano; para prevenir con un solo crimen, cuando de otra manera no pudiese, muchas, i mayores maldades, que tocaban de cerca, en daño de la relijón, i en infamia de su familia, i también de su patria, i de toda España: para repeler de sí, i de toda su familia, i de la patria misma, la suma, i mas atroz de las injurias, dando preferenzia a una honrosa muerte, ejecutada en el autor de tantos males, que debía ser condenado por derecho divino, i humano, como enemigo de la patria, i de la relijón, al cual debía quitár de en medio, aun con grande peligro suyo, tentadas, que habían sido ya en vano todas las demas maneras. I así, disimulando su dolor, al separarse del hermano, le habló con blandas palabras, diciéndole que hiziese enhorabuena lo que quería, supuesto que desaprobaba el parecer de marchar con él a Italia: que él en nada impediría, el que dirijiese el mismo Juan el tenor de su vida según su juicio, i el de sus prudentes amigos: pero que le exhortaba, ya que persistía en la determinación adoptada, a que se guardase de los Españoles, i del daño que pudiera venirle, de sus manos, o de sus lenguas; i que le escribiese con frecuencia a Roma, notiziándole como le iba.

XXXIX. Habiéndole dicho estas cosas, le dió catorze onzas de oro, para aliviár su indijenzia [*ad inopiam sublevandam*]; i partiéndose a Augsburgo [Augustam] que distaba de allí un día de camino, luego que llegó, comunicó su designio con su asesino acompañante [ministro satélite], i le declaró lo que

quería que ejecutase. Entonzes en tres caballos alquilados, volvió caminando de noche a Nuburgo, i dejando, poco antes de amanecer, los caballos fuera de la ciudad, al cuidado del postillón, o guía, se encaminó él mismo, con su asesino, o ministro, a la posada de su hermano. El asesino ejecutor [Minister] tocó a la puerta, i dijo, que tenía que entregar una carta a Juan Díaz, de parte de su hermano. Abrieron la puerta, i subió la escalera (quedándose Alfonso [Díaz] en los escalones de abajo), i dirigióse a la derecha, al cuarto, salió a su encuentro presuroso Juan Díaz, al comedor, habiéndose levantado de la cama, echándose la capa encima, i le entregó la carta: tomola él, i como empezase a leerla, pues ya clareaba el día, el asesino ejecutor [minister] sacando una segur pequeña, que ocultaba bajo el vestido, le asestó una herida mortal, tendiéndole al suelo, abierta toda la cabeza, i se replegó, ázia donde estaba esperándole Alfonso. Entonzes, ambos se salieron azeleradamente, i a toda priesa volvieron a donde habian dejado los caballos, i subiendo en ellos, a todo correr, dieron la vuelta a Ausburgo, i de allí se pusieron en camino para Innsprück, que es el mas derecho a Italia.

XL. Pero, divulgada prístamente por toda la ciudad la muerte de Juan Díaz, luego que sus amigos la supieron, algunos de la corte de Otón Henrique, Príncipe Palatino, bajo cuyo dominio está Nuburgo, determinaron vengarla muerte del amigo, de cuyo testimonio en favor de sus errores, e impiedad, se jactaban. Asi también ellos propios marcharon a Innsprück en preparados caballos, i usando de grande actividad i presteza, se antiziparon a los Españoles: los cuales Españoles fueron cojidos en Innsprück, i puestos en la carzel, entregados, i acusados por los mismos Alemanes. Alfonso, con todo, no se fal-

tó a sí mismo, o desmayó, en aquella crítica situación, porque acusado del fratricidio de su hermano, respondió intrépido, que se atribuía fálidamente, un crimen, extraño de suyo, a uno a quien la muerte fraterna, como era natural, habia llenado del mayor dolor: i, permitiéndoselo, envió cartas a los amigos, que seguían la corte del Emperador: por las que les rogaba con mucha instancia, que tomasen la defensa de su causa, i de su inozenzia. Ellos, a quienes ya habia llegado la noticia de la ejecutada muerte, a ninguno de los nuestros desagradable, le enteraron al Emperador D. Carlos de todas las circunstancias.

XLI. Inmediatamente D. Carlos, envió cartas a los majistrados de Innsprück; para que no prozediesen en nada, temeraria, o prezipitadamente, sino que entendiesen en la causa con pausado juicio: i enterados de ella, nada determinasen: mas, que diesen cuenta a él, i a su hermano el Rei [D. Fernando], en cuya jurisdicción pasaba la cosa. Ni confiando bastante en una sola carta, mandó con toda diligenzia segundas cartas; para que se hiziese lo mismo: por cuyo tenór fázilmento aparezia, que era su voluntad, el que Alfonso se salvase, i que aprobaba el valor i el hecho [cujus animuin factumque probabat—] (!). I así suzedió, que por la actividad de los cortesanos, i de los Católicos, i por la humanidad del Emperador D. Carlos; primero se dilatase, el conozimiento de la causa, i luego, cuando se hubo probado el clericato de Alfonso [Díaz], se le remitiese al Obispo de Trento: i todas estas cosas, hizieron que se frustrasen el deseo, i el empeño de los Lutheranos. Pues desde Trento, se fué Alfonso Díaz, i llegó incólume a Roma, junto con su ministro [o pagado matador]: desde donde después de algunos años regresó a España: i en Valla-

dolid me **contó** él de grado, la cosa, con mayor orden, i mas copiosamente, de lo que otros me la habían referido: aunque al prinzipio se **mostró** repugnante a complazerme.

XXII.

[En el **tomo** intitulado: «*Icones, id est verae Imagines viro-
rum Doctrina simul et pietate illustrium,—Theodoro Beza Auc-
tore. Genevae. M. D. LXXX;*» se halla colocado, el último, el
retrato de **Juán Díaz**, i en frente del retrato la noticia si-
guiente:]

IOANNES DIASIUS, HISPANUS, CRUENTINUS.

Hic ille est Ioannes Diasius Cruentiae regni Toletani ciuitate natus, qui a Ioanne Dryandro cognitione Christi imbutus: et Genevæ confirmatus, quum Argentinæ substitisset, ita sese gessit ut eum quamvis exterum, et quidem Hispanum, nihilominus Argentinensis respublica Martino Bucero ad comitia Ratisponæ, religionis componendæ causa, anno Domini 1546 ineunte, indicta, legato adiungeret: unde quum Neuburgum superioris palatinatus urbem, ad Danubium, venisset, procurante Petro Malvenda pontificiarum partium acerrimo simul et crudelissimo propugnatore, carnificis ab Alfonso Diasio Ioannis fratre, Romanæ curiæ advocato, et ad hoc ipsum teterrimum facinus comparato, Neuburgum perducti manu; impacta in seminudi et ex lectulo ad salutandum fratrem prodeuntis caput, securi prostratus. Abelis a Caino interfecti exemplum renovavit; tam immani scelere, quamvis Augustæ Vindelicorum captis homicidis, non modò non vindicato, sed etiam Romæ digno cui gratia referretur habito, ut quo spiritu ducantur Romani pontifices, amplius ambigi non possit.

JUÁN DÍAZ, ESPAÑÓL, CUENCUENSE.

Este es aquél Juan Díaz, nazido en Cuenca, zitudad del reino de Toledo, que instruido en el conozimiento de Cristo por Juan [de Enzinas] Dryandro, i confirmado en él, en Jinebra; cuando estaba en Estrasburgo, se condujo de manera, que aun siendo él extranjero, i, lo que es mas, Españól, le nombró, sin embargo, la majistratura de Estrasburgo por Legado, junto con Martin Bucero, para las juntas convocadas en Ratísbona, con objeto de un arreglo sobre relijión, a prinzipios del año del Señor de 1546. Desde donde habiéndose ido a Neoburgo, zitudad del Palatinado superiór, a la marjen del Danubio; renovó allí el ejempló de Abél, muerto por Caín; pues, procurándolo Pedro Malvenda, que era un azérrimo, i juntamente cruelísimo defensor de las parzialidades Papistas, cayó postrado muerto Juan, cuando salia semidesnudo de la cama, para saludár a su hermano Díaz, por una segúr que le asestó a la cabeza, la manó de un matadór, comprado para ejecutar este horroroso delito, por el hermano de Juan, Alfonso Díaz, abogado de la curia Romana, que para este efecto le llevó a Neoburgo, i aunque los matadores fueron cojidos en Augsburgo, no solo no se les dió su merezido por tan atróz maldád, sinó que [Alfonso Díaz] fué tenido en Roma por digno de recompensa: de modo, que no puede ya mas dudarse, con qué espíritu son guiados los Pontífizes Romanos.

XXIII.

[En la obra intitulada : « Ensayo de una Bibliotheca de Traductores Españoles.—Por D. Juan Antonio Pellicér i Saforcada, etc. Madrid. Año de M.DCCLXXVIII.» a las páginas 78 i 79, se lee lo siguiente :]

«Tenía Frānziscó de **Enzinas** un hermano, que prevaricó también. Llamábase el **Doctór Juan [Jaime]** de Enzinas, el cuál enviado por sus parientes a viajár por Alemania para instruirse, adoptó las opiniones de los Heterodoxos, i viniendo a Roma, dogmatizaba. Preso por el Santo Ofizio, le dieron su merezido el año de 1546 por obstinado en su apostasía, i no por fino cristiano, como dize el zitado Colomesio, que lo era tan poco como él. Entre los que en Roma pervirtió Enzinas, fue uno el Doctór Juan **Díaz**, hermano del Doctór Alonso Díaz, que se hallaba también en Roma de Abogado en la Sacra Rota, i de Esteban Díaz, que habiendo entrado en la Compañía, fué connovizio del **Padre Ribadeneira**, i después de haber estudiado juntos en **Paris**, por los años de 1543, vueltos a Roma, Esteban se salió de ella, i de allí a poco, desafiándose con un soldado, rezibió una herida, de cuyas resultas murió. Juan Díaz había estudiado Teología en Paris 13 años, i huyendo de Roma, trató en Jinebra con Calvino, i pasando a Alemania, fijó su residencia en Neoburg. Enseñaba en esta ciudad Martín Bucero su falsa doctrina, i vió tan aprovechado en ella al miserable Díaz, que le pidió al Senado, por compañero, para concurrir en nombre de aquella ciudad al Coloquio intimado por Carlos V en Ratisbona. Allí le trató, i le reprehendió el Doctór **Pedro** de Malvenda, Abád después en

Burgos; pero sin fruto. Notizioso de todo el Doctór Alonso Díaz, no le sufrió el corazón tolerár una apostasia tan pública, i salió de Roma por la posta, con propósito determinado de reduzír á su hermano, si era posible, i sinó, de quitarle la vida. Ejecutó esto último. Preso por el fratrizidio, le libertó la autoridad del Emperadór Carlos V. Cuenta estos suzesos Juan Crispino, i se refieren también en los *Elogios i Retratos*, que de algunos Theólogos Heterodoxos se imprimieron el año de 1602 [una reimpresión, de la obra citada antes N.º XXIII.]: i en la página 71 se vé el Retrato del desdichado Juan Díaz. *Biblioteca Real*. Juan Jinés de Sepulveda, en la Vida del Emperadór Carlos V, haze asimismo menzió de este suzesos [Véase antes, el N.º XXI.]

XXIV.

[En la Obra intitulada: «*Ioannis Sleidani Comentariorum de Statu Religionis et Reipublicae, Carolo Quinto Caesare, Libri XXVI.—Cum Gratia et Privilegio Caesaræ Maiestatis. Argentorati (1556.) Excudebat Theodosius Rihelius.*»—Un vol. 8vo. mayór, de 872, pájinas, fuera de los Indizes; se halla la Historia de Juan Díaz, en el Libro XVII, pájinas 490-93.—Mas nada añade, a lo que nos refiere el presente libro de Senarceo.]

XXV.

[En la Obra intitulada: «*Histoire des Martyrs.*»—etc. *MDCVIII.*—Un vol. Fol. mayór de mas de 1530 pájinas, a dos columnas: en los folios 162-168, se inserta la Historia de Juan Díaz: pero visiblemente tomada de este Libro de Senar-

cleo. Basta pues la zita del libro, sin copiar aquí su contenido. La única noticia que en él se da, i que no se lee en nuestro libro de Senarcleo, es: que Juan Díaz partió de París para Jinebra, con Mateo Budeo, i Juan Crespín: i como este último, fué el Redactor primero, de la *Histoire des Martyrs*, mereze crédito, al parezér, en esta noticia.]

XXVI.

[En la Obra intitulada: «*Bibliotheca instituta et collecta primum a Conrado Gesnero..... et in duplum post priores editiones aucta, per Iosiam Simlerum Tigurinum.-Tiguri. MD.LXXIII.*» 1 vol. Folio, a dos columnas, en la página 131, se lee:]

«*Claudius Senarcleus, doctissimus iuuenis, scripsisse fertur historiam Ioannis Diazii Hispani, a fratre suo Alphonso impie trucidati, quod eius caedis oculatus testis fuerit: sed ab alio quodam descripta ea, falsóque, ut invidiam declinaret, illi attributa, in Germania excusa est, anno 1546 cum Buceri praefatione.*»

«Claudio Senarcleo, joven doctísimo, escribió, según se »dize, la Historia de Juan Díaz, español, muerto desapiada- »damente por su hermano Alfonso, i de cuya muerte fué, »*Senarcleo* testigo ocular; pero se describió por otro sujeto »esta Historia, que le fué falsamente atribuida, para evitár »malas voluntades [al autor verdadero]: i se imprimió en Ale- »mania, en el año de 1546 con un Prólogo de Bucero.»

OSSERVAZIONI.

El nombre de Juan Díaz , i esta Historia de su muerte, por recuerdos de lo pasado , i por mi estado presente, tienen para mí un atractivo, que tal vez no desprezie, i entienda algún lector de los pocos que tendrá este libro.

Haze cosa de medio siglo, ó séase, en aquella época de mi vida, que puedo apellidár sin exajeración, los días brillantes de la salud, de la esperanza i de la alegría; cayó en mis manos la Obra de Pellizér, que dejó registrada en el N.º XXIII de los DOCUMENTOS prezedentes (página 150). Esa Obra me dió la primera notizia, no solo del nombre de Díaz, i de su *Historia*, atribuida a Senarcleo; sinó de aquellos intérpretes españoles de la Biblia, como Enzinas, Perez, Casiodoro de Reina, i Valera. I los artículos en que Pellizér se ocupa de ellos, me causaron una impresión, enteramente contraria, a la que aparenta D. Juan Antonio, i el Reverendísimo Padre Sarmiento, i grán número de doctos españoles, cuyas obras he ido conoziendo, después de los largos años, que ha que leí la zitada.

Pués, así como el Benedictino de Madrid, frai Martin Sarmiento, en su *Catálogo de algunos libros curiosos*, al mencionar las Biblias, aludiendo a la de Reina, revisada por Valera, dize: «*Hai otra versión castellana de toda la Biblia, que para maldita la cosa se nezesita:*» así yo, por el contrario, leyendo en mi primera mozedád esa obra de Pellizér, me impresioné de tal suerte a favór de los libros, cuya existencia me revelaba; que desde entonzes los empezé a buscár con empeño, i afecto; i con un zierto deseo vago de poderlos re-

produzir, por la persuasión, naziente a la vez en mi ánimo, de que la renovación de tales obras, *para algo se nezesitaba*.

No es del caso particularizár ahora, cómo durante estos años se ha ido cumpliendo mi deseo respecto a esos libros, i a otros relativos a ellos: ni cómo haya logrado imprimir ya, veinte volúmenes de *Reformistas antiguos españoles*, a mi sola costa, i por mi propio impulso, i de ningún modo llevado (según espero) de espíritu ninguno sectario, o, como ahora llaman, de *proselitismo*.

Tomando por asidero esa palabra, me contraeré también a tratár solo aquí del presente volúmen.

Hai una espezie de *proselitismo literario*, que impensadamente se ejerze, i que en el asunto de estos libros, ha llegado a ser uno de los veneros de mi riqueza.

Años atrás, conversando yo con un inglés, en Sevilla, en el corredór de la Fonda en que nos hallábamos, sobre Literatura Española; le hablé de este ramo de ella, mostrándole, de paso, un ejemplár antiguo del *Carrascón*, que tenía en la mano. Ese inglés era mi amigo Benjamin B. Wiffen, que conocía a Garzilaso, pero no al libro que le mostraba en aquél momento, ni a sus compañeros de infortunio, registrados tórpemente en nuestros Índizes Expurgatorios. I ese inglés, sin nada dezirme, a la sazón, se hizo desde luego, lo que llamo *impensado prosélito literario*, i tan impensadamente para él, como para mí. I alambicando todavía mas en el sentido que achaco a la palabra, le llamaré también *prosélito indispensable*. Porque siendo yo español, i dotado con no corta dosis de indolenzia, o dejadéz española, i morando en nuestra dura España, donde buscár esos libros de mi deseo es, a la par, vano casi, i peligroso; érame nezesario tener fuera de España un amigo, tanto mio, como de estos libros. I Wiffen lo fué:

pués de resultas de nuestra conversación en Sevilla, recon-
centró sus pensamientos, i estudios, en buscár estas reliquias
de los españoles perseguidos por su apego a la Cristiana li-
bertad: i empeñado conmigo en una correspondencia, que se
avivaba por mis frecuentes encargos, cumpliendo con uno de
ellos, me envió en el año de 1851 un bién encuadernado ejem-
plár de la *Historia de Juan Díaz*: ejemplár, del cuál antes
había sacado una copia literál, que me remitió.

Ese Libro se le prestó a W., en un prinzipio, un emplea-
do inglés llamado *Henry Pyne*, i que, quizá, es el mayor
conozedór de Bibliografía inglesa del siglo xvi, que exista en
Londres.

Wiffen cojió el volumen, le copió según expresé, minu-
ziosamente a plana renglón, i con una sola pluma: i cuando
acabó su copia, restituyó el volúmen a su dueño, escribién-
dole estos versos:

«Go little Book! Go mournful Book!

The sigh thou leavest behind thee,

Will make me look in every nook

And ask my friends by hook by crook

To seek again to find thee.»

cuyo sentido viene a ser este.

¡Corto Libro, i angustioso:

Vuelve a tu dueño, dejando

en mí, un deseo penoso,

que me fuerza a irte buscando

por do quier; i a todo amigo

pedirte, hasta dar contigo!

Prendado el dueño del Libro del esmero, i ánsia, que demostró Wiffen, tomándose el trabajo de copiarle; se le regaló: no sin expresarle, que sentía no haberlo hecho de antemano; porque así le habría ahorrado un trabajo innecesario. El Libro estaba entonces sin encuadernar: i Wiffen le mandó encuadernar en tafílete verde oscuro. I creyendo, que los libros tienen un destino, como los hombres, i que tienen sus fines providenziales, por ser toda cosa una Providenzia, relativa al bién final del hombre; me le remitió, intercalando en él esta octava:

*«Go little volume on thy destined way,
To a far country, to a distant clime,
Learn thou to speak a foreing tongue and say
I sent thee as a gift for future time,
Its Literature to grace, and to convey
Knowledge of rueful deed, and thoughts sublime.
Say this and add: «I was sent here to speak
Hope to the fainting heart, and solace to the meek.»*

cuyo sentido viene a ser este :

*«Llena, corto volumen, tu destino,
vé, de aquí lejos, a diverso clima:
su idioma adopta, i ábrete camino
con él, a que te entiendan: no reprima
tu curso, tu lenguaje: don divino
de futura esperanza, tal estima
alcanzarás; que podrá ser consuelo,
tu Historia deplorable en aquél suelo.»*

I este mismo volumen es, el que me ha servido de ori-
nål para la versión *literalisma*, que de él presento, a los ca-
torze años de rezibido, i como a los cuarenta i zinco de
buscado.

I me atrevo a dezir, que antes de venír a España este Li-
bro, aunque estaba mas senzillo, i vistoso con el traje latino,
i elegante, con que le presentó al mundo Senarcleo, o bién
su autór i publicadór oculto, el Españól Franzisco de Enzinas;
no tenía la importanzia réal, que ahora, en este traje humilde
i tosco de mal limado castellano, con que yo le he revestido.
Antes era un Libro sospechoso, o, si se quiere, calumniadór
en la aparienzia; escrito allá en Alemania por un Luterano,
refiriendo la muerte violenta de otro Luterano, a quien mató
un Romano-Católico, hermano carnål suyo. Así es, que nues-
tros Índizes Expurgatórios, le zitan de una manera ocasio-
nada a tenerle por hijo de la bastardia, de los herejes ex-
tranjeros, * i ajeno de verdad, por consiguiente.

Mas aquí, ahora, pongo en claro su merezida buena opi-
nión i fama: pués queda manifiesto, de un modo irrecusable,
para Tirios, como para Troyanos; para herejes, i para los que
tales no se creen, que este Libro puede contarse, por una de
las mas preziadas Histórias existentes, porque su contenido
está del todo conforme con la verdad.

El que de esto quiera zerziorarse, no tiene ya mas, que
comparár la Historia atribuida al Luterano Senarcleo, con
el tristísimo Documento, que va señalado con el N.º XXI.
¡En este Documento, aparece el docto, grave, i finísimo

* El Índize Expurgatorio del a. 1631, pájina 559, le prohíbe así:

«*Ioannes Diazius. Ille, cuius mortis historiam scripsit Cernarclavius, Luthe-
ranus uterque.*»—I es todo cuanto dize.

súbdito, i amigo de la Iglesia Romana, Dr. Juan Jinés de Sepúlveda, como él *amanuense* del mismo infeliz fratrizada! ¡El mismo Alfonso Díaz, refiere en sustanzia, en Valladolid, al Dr. Sepúlveda, la *Historia misma* referida en el Libro atribuido a Senarcleo, i casi con las mismas particularidades! ¿Qué libro de Historia, puede presentár mas abonado Refrendario?—I, luego, esta mi reimpresión, realza también, si no me engaño, la moralidad de este Libro, i lo fructuoso de su doctrina, aunque le recarga con tintas mas sombrías de punzante pena.

Porque tal cuál se presentó en Alemania, no pasa de ser una condenación del fratrizidio, i una acusación del criminal. Pero referida ahí la historia, en el citado N.º XXI por el cronista de Carlos V, i en el Libro de los Hechos i Proezas de Carlos V, i en fé de la tranquila declaración del matador, que visiblemente se contaba, por otro Jepte, o tal vez por otro segundo Abrahám, sacrificando lo que mucho amaba; vemos: que el fratrizada, fué el forzado e impelido instrumento, que obedezió a un mandato *espirituál* de santidad, para él inescrutable: i obedezió sumiso, porque, de no obedezér se le seguía su perdición temporal, i eterna. Esta fué, me parece, la situación dolorosa de Alfonso Díaz. Porque si la voz *espirituál* tiene algún significado, *obediencia espirituál*, significará *obediencia del espíritu*, o del alma: i los que hazen profesión de ella, al Papa i a su Iglesia, porque de este modo esperan salvarse, tienen que renunziár, por el acto mismo, al derecho santo i sagrado, de usár de las facultades de su alma, o de su entendimiento, en materias de Fé, i de morál, sin permiso, i venia de su Iglesia, i de su Cabeza el Papa. Mandósele, indudáblemente, al Dr. Alfonso Díaz, por los inquisidores, i a nombre de aquella autoridad, que él había jurado creér, i tenér, por infalible, i di-

vina; mandósele, repito, salir de Roma, e ir a Alemánia, en busca de su emanzipado hermano Juan Díaz, i llevarle a Roma, i presentarle a los Inquisidores, convertido, o no convertido: i, si esto no le era posible, mandáronle quitarle la vida [véase la página 56]. Alfonso Díaz, Dr. i clérigo, en la Sacra Rota de Roma, i por benefizios eclesiásticos, disfrutando de honrosa, i cómoda vida; si no obedecía puntualmente el mandato de los Inquisidores, se perdía irremisiblemente, sin salvár la vida de su hermano. Los Inquisidores hubieran enzerrado en sus cárzeles al desobediente Alfonso; i encargado a otro la muerte del Luterano Juan. Pero Alfonso Díaz se prestó a obedezér: i los que le mandaban, de parte de Dios, la entrega, o la muerte de su hermano, le quitaron desde luego todo temór de mal resultado espírituál, i temporál, no solo para él, sinó para su infeliz víctima [véase la página 59]. A Alfonso Díaz, se le dieron como se desprende del relato de Sepúlveda, todas las seguridades espirituales, i temporales, que nezesitaba en su ziega obediencia. Bulas de absoluzion para su crimen, i para el de herejía, de su hermano: [véase la página 59.] salvo-conducto, e impunidad, para su persona, i la de su satélite, comprometida la fé, i palabra del Emperadór: honras, i premios, en este mundo. «gloria en los zielós, i en la tierra paz.» (!)—Alfonso Díaz era diszípulo obediente de Roma, era consagrado sazerdote de Roma: había *idolatrado*, reconociendo; como *infalible*, la *autoridad* de su Pontífize: ¿Qué podía hazér en tal situazion? Lo que hizo: embriagarse con el fuerte licór del mandato de su Pontífize; apasionarse por las cosas que pertenecian a lo que él tenía por relijión: vertér muchas lágrimas, i empleár muchos ruegos, para *engañár* a su hermano: * i por úl-

* Bien notó Fr. Bartolomé de Segura:

«lágrimas fué a derramar,

timor, no pudiéndole engañar, ejecutar el fratricidio, creyéndole cosa justa, i santa, delante de Dios. [véase la página 94, r. 8.]

Cuando se atribuye *infalibilidad* a una Iglesia formada por los hombres: i se dá a esa Iglesia una *autoridad* material, e irrecusable: i se obliga por fuerza a todos los hombres, a obedecer ziegamente los dogmas que esa Iglesia establece; emplea ella con frecuencia, su *infalibilidad*, i su *autoridad*, en excusar, i aun en consagrar las preocupaciones, las locuras, i los crímenes, de sus obedientes súbditos. Así vemos en esa narración del Dr. Juan Jinés de Sepúlveda, en que él refiere las arterias, i el fratricidio, ejecutados por el Dr. Alfonso Díaz: que para ambos Jurisperitos, el dolo, la traición, i el premeditado fratricidio, se trasforman en virtudes inconcusas, de santísima obediencia, cuando así lo requiere su Iglesia. Sepúlveda escribe mui claramente, i con grave tranquilidad, lo que Alfonso Díaz le refiere, sin temor de Dios, ni de los hombres. I en estos sus prozederes, no se descubre aquella señal de discípulos de Cristo, prezeptuada, i manifiesta, en el capítulo XIII, 34. 35. del Evangelio de s. Juan: ni mucho menos, que este par de Doctores recordasen entonces aquél mandamiento santísimo que está consignado en el capítulo V, 44, 45, del Evangelio de s. Mateo.— Todo eso fué, para ellos, como semilla sembrada junto al camino, o nazida entre los abrojos: porque esos Doctores en su *réprobo sentido*, creyeron una afrenta

que sabe un hombre llorar,
i no remediár su daño.

No por llanto, i por ternura;
siempre el alma se mejora:
también una peña llora,
i se queda peña dura.”

para ellos, el escuchár al Espíritu de Cristo, que les hablaba en su interiór, i les daba en las Escrituras la SUFIZIENTE, i ÚNICA regla de FÉ, i de práctica, después del mismo Cristo: i creyeron una afrenta, i una perdiziór, para ellos, el amár la dádiva santa de Dios, de su libertád relijiosa: i una honra, i una felicidad, el llegar a ser hasta verdugos, i fratrizadas, obedeciendo a la *infalibilidad humana*.

Es notoria la predilección que tenía el Dr. Sepúlveda por defendér las causas mas inhumanas, i atrozes. Defendió la Guerra, como *cosa honesta*, en su Diálogo *Demócrates*, o *Demócrito*: i en el Diálogo *Demócrates segundo*, defendió como *justa cosa*, el esclavizár a los Indios: i escribió su *Apología del Demócrito segundo*, con mucha sangre fría. No es marabilla, pues, que oyese tranquilo referir al fratrizada Alfonso Díaz el modo, i manera, que tuvo, i usó, para querér primero engañár, i para hazér luego despedazár por mano asesina la cabeza de su hermano: i consignase, por fin, la hazaña, en su Historia de Cárlos V. No podemos graduár la sinzeridád del Doctor Sepúlveda, los que en la actualidad vivimos; pero si vemos, que fué consecuente consigo mismo, a juzgár por sus escritos. A diferencia de nuestros primeros hombres políticos actuales; que alaban mucho la libertád de conzienzia, i defienden, i sostienen la única relijiór Papál en España. Que equivale a dezír al español que lea la Biblia, i alcance a conocer, que la posesiór de la relijiór, no es obra del que quiere, ni del que corre, sinó de Dios, que tiene misericordia [véase Rom. IX, 16.];—«Ten, o no, en tu conzienzia, relijiór; es dezír, »amór de Dios, i del prójimo: ténla, o no, és cosa que no »nos importa: con tal que como Español, no aparezcas otra »cosa, que un Papista sumiso, intransijente, i perseguidór de »todo el que no fuere Papista. Paga misas, i haz sufragios,

«aunque no creas en el Purgatorio: Oye misa, i arrodillate
 »a la hostia, aunque interiórmente te rias de ambas cosas:
 »defiende la *unidad religiosa*, esto es, la *uniformidad reli-*
 »*jiosa* de España, aunque estés viendo *desunidos* a todos los
 »españoles, i aborrezándose, i engañándose mutuamente.
 »Ten toda la interna libertád de conzienzia que quieras, ya
 »que no podemos, ni puede hombre alguno, prendér, i sofo-
 »cár a tu conzienzia; con tal, que en lo interiór, no aparezca,
 »que tienes conzienzia religiosa, que desagrade al Papa.»

Digo, que este razonamiento, que deduzco, del prozedér de los políticos, i doctos liberales del día; no se le podría atribuir al Dr. Sepúlveda, por no haber inconsistenzia igual, entre sus dichos, i sus pretensiones. I lo mismo digo de Alfonso Díaz.

Una cosa laudable hallo yo, en estos dos ziegos Doctores. A pesar de lo prepósteros, i corrompido de su morál religiosa: cuando Alfonso Díaz refiere el hecho, i Sepúlveda consigna sus palabras; ninguno de ellos, trata de terjiversár la verdád conozidamente, ni de paliár lo espantoso de un hecho en que el primero despedazó sanguinario los dulces vinculos del afecto natural. Díaz haze una narración, que puede pasár por una confesión llena de verdád, pues en ella declara hasta los intentos de su felonía, i de su perfidia: i Sepúlveda la escribe como un *amanuense*, sin quitarla nada de su negrura. Encuentro pues laudable, este respeto a la verdád.—I debo aquí añadir, que de respetár la verdád, aun tratándose de los llamados herejes, dió Sepúlveda otra prueba, mencionando al Dr. Constantino en el §. XXVIII, página 60 de su obra: *De Rebus Gestis Philippi II*; pues confiesa, o declara: «que el Dr. Constantino, i el Dr. Ejidio, Teólogos, i Predicadores zélebres, que *habian ya muerto, antes, de enfermedad*; en el día

del Auto, en Sevilla, fueron, en lo posible, castigados con la ignominia de ser quemados sus huesos.» Las palabras propias de Sepúlveda son: «*praeterea Constantinus et Ægidius theologi, Concionatores celebres, qui cum ante morbo fuissent absumti, eo tamen die pro ipsis, quod licuit, in eorum ossa saevitum est, his in ignem injectis ignominiae causa.*» Así viene a desmentir Sepúlveda la calumnia de Luis Cabrera, que asegura, que el Dr. Constantino se mató con un cuchillo.

La narrativa de Alfonso Díaz, redactada por Sepúlveda, se diferencia de la de Senarcleo, únicamente en no mencionar Alfonso Díaz a Fr. Pedro de Soto, a Marquina, i Pedro Malvenda, ni la parte que tuvo este en el fratricidio. Pero, del mismo relato de Alfonso Díaz, se infieren los motivos de su silencio. Pedro de Malvenda fué, con efecto, el primero, que conoció la importancia que tenía, para el poder absoluto, i exclusivo del Papa, su Señor, en España; detener en su principio el zelo de Juan Díaz, i otros españoles unidos con él, a favor de una reforma religiosa. Malvenda vió también, que si se apresuraba a imitar el zelo de aquellos Judíos, mencionado en el Capítulo xxi, 23 de los *Hechos de los Apóstoles*, dando el grito de alarma en la Corte del Emperador contra Juan Díaz, su encumbramiento sería casi infalible. Impulsado Malvenda, así por su zelo, i ambición, i además por el despecho que le causó el desprecio que mostró Juan Díaz por su ciencia: avisó de todo al Confesor del Emperador Fr. Pedro de Soto: i Fr. Pedro avisó a los Inquisidores de Roma, i España: i los Inquisidores dispusieron el viaje a Alemania del Dr. Alfonso Díaz, para lo que ya queda dicho. De orden de los mismos inquisidores, Malvenda permaneció en Alemania de Director del negocio, i de consejero, i *Jefe secreto*, por decirlo así, del Dr. Alfonso Díaz. I, a este, lo primero que le ordenarian natural-

mente los Inquisidores, es, que se guardase mui bien de incurrir en el grán delito de revelár los secretos del Santo Oficio: i que tuviese mucho cuidado, de no tomár jamás en boca, o aludir, a la parte que tenían en el asunto Fr. Pedro de Soto, i Pedro de Malvenda. Con esta mordaza espiritual puesta en su boca, no podía nombrár Alfonso Díaz, en su conversación con Sepúlveda, ni a Malvenda, ni a nadie, ni dezir, que la Inquisición se lo mandó. Por eso la relazió de él, difiere, en esto de la de Senarcleo. El avisado lector conozerá, que estas son ilaziones naturales, i no conjeturas aventuradas. En lo prinzipál, i sustanzial, ambas Historias, son una. Hasta se parecen, en su respectivo zelo de secta, i en algunos prinzipios mundanales, i no espirituales, en que ambas concuerdan. Así vemos con pena, en la Historia atribuida a Senarcleo, alabada la Guerra (páj. 51), i querér que los Frailes, se ocupasen en matár turcos: vemos, en la página 58, unas alabanzas de Carlos V, que parecen escritas por el Dr Sepúlveda: vemos equiparár en todo, no solo a Alfonso Díaz, con Caín; sino también a Juan Díaz, con Abél (!).—Verdad es, que esos lunares del Libro, atribuido a Senarcleo, i que muestran su semejanza, con la relazió de Sepúlveda; no son mas, que una triste demostrazió de la flaqueza humana, que nos alcanza todavía, lo mismo a nosotros, que a Senarcleo, a Díaz, i a los de sus tiempos. La mas dura lección del Cristianismo, es la del Amor. AMARÁS Á TU PRÓJIMO, COMO Á TÍ MISMO, es doctrina, que nos entra, casi tan poco, en el corazón, como le entró al desventurado Alfonso Díaz. Las tinieblas no han acabado de pasár; i, por eso no vemos todavía resplandezér la LUZ VERDADERA. I bién dize s. Juan en el Capítulo II. de su Epistola primera, que el que aborrezze a su hermano, está en las tinieblas, i prozede en ellas, i no sabe a donde va, porque

las tinieblas le han zegado los ojos. Ziegos estaban los del alma de Alfonso Díaz.

Pero, dejando ya a la **consideración** del espantado lector, esa misteriosa, i providenziál conformidad de las dos HISTORIAS, de la que nos dejó el **Fratrizida**, i de la que compusieron los amigos del Martir: **me zeñiré** ahora a observár, por su orden, lo referente a **Juán Díaz** en los DOCUMENTOS.

N.º I. **Juán Díaz** escribió esta Carta cuatro días antes de su muerte, i vazilante aun, **si se** iría a Italia, o no, con su hermano. La Carta, pareze la que zita Senarcleo, página 117 [72], respuesta a otra de **Occhino**, en que este le disuadiría viaje semejante. Habiendo sido **el Occhino**, en un prinzipio, amigo de **Juán de Valdés**, en **Nápoles**, i por él atraído al conozimientto, i amor del Evangelio: **i** habiendo sido **Valdés** natural de Cuenca, i muerto unos **seis** años antes de que Díaz escribiese esa carta; es bien probable, que Díaz, i **Occhino**, hablasen con frecuencia, de **Valdés**.

Me tomo aquí la **libertád** de repetir lo que indiqué, haze dos años, en las páginas **599-600**, del Apéndize a las CX. CONSIDERAZIONES DE **JUÁN DE VALDÉS**. Entiendo dezír, el contraste singular que aquí se nos **presenta**. En Cuenca, i casi por el mismo tiempo, nazieron, **Alfonso**, i **Juán de Valdés**; i **Alfonso**, i **Juán Díaz**. Los dos primeros, seglares, i no teólogos, se amaron entrañáblemente el **uno** al otro, i amaron la **libertád** cristiana. Los dos segundos, **clérigos** i **Teólogos**, presentaron al mundo el espectáculo repugnante de un **fratrizidio**, ocasionado por el **odio teológico**, i por ese *cristianismo violento*, que ahuyenta de las almas, el espíritu de Cristo, i enjendra el vehemente, i perpétuo **deseo** de la *persecución religiosa*, la mas enorme de las **Apostasias**, la mas aborrezible i funesta de las tiranías. Las **máximas** de su teología, le enseñaron a

Alfonso Díaz, a considerár el *fratricidio alevoso*, como una virtud sublime: mientras Juan de Valdés, aprendió en la sola escuela de Cristo, que el *amor* que se tienen *dos hermanos*, es un apropiado emblema, del amor que los Cristianos entre si deben tenerse: i aprendió la conclusión que dá a su Consideración LXIX, i las treze cosas que recapitula en la Consideración LXXVI; i toda la Consideración LXXIX, i toda la CV.

Mas, volviendo a la carta de Juan Díaz, a Occhino, el lector la hallará mas interesante, comparándola con las páginas 117-120 [72-73] de la Historia atribuida a Senarcleo.

El *Músculo*, nombrado en la Carta, es *Wolfgang Müsculo*, que murió de 66 años, el de 1563, a los 30 días de Agosto, i del cuál trae una larga é interesante noticia, Melchór Adam, en su Libro: *Vitae Germanorum Theologorum*, etc. *Francofurti* 1653, páginas 367-389.

El N.º II, parece aludir con el nombre *Juán*, a Juan Díaz. Zita a un reformista español, *Ortega*, desconozido.

El N.º III ya nos revela, que el verdadero publicador de la *Historia* de la muerte de Juan Díaz, fue Franzisco de Enzinas: lo cuál se confirma por vários de los Números siguientes.

El N.º IV es un pedazo de la Carta del impresor en Basilea Juan Oporino, que fué quien imprimió la *HISTORIA*, de la cuál remite zinco ejemplares.

El N.º V muestra, que Enzinas remitió un ejemplar a la Universidad de Heidelberg. ¿Se conservará todavía?

N.º VII. Este Documento es uno de los mas importantes en la Historia de Juan Díaz, no solo por referirse a su Testamento (véase también sobre este, el Doc. N.º XI), sinó por otras noticias, que dá de su persona, i relaciones. Infiero que Fernando Díaz Paterniano, sería algún pariente, tio segundo, i dependiente de Juan Díaz, que vivía con él. Díaz habia compuesto,

o coleccionado, un Libro de *Anotaciones Teológicas*, que quizá existan aun MSS. en alguna Librería de Strasburgo.—Revela este Documento, que Díaz trataba de promover prinzipios de reforma religiosa en España, unido, para ello, con Franzisco de Enzinas, i otros de los Españoles, que morando en la Flandes, i la Alemánia, se convenzieron de la nezesidad, i utilidad de esa Reforma.—El *hermano* Enzinas, menzionado en la Carta, pienso que sea *Juán Enzinas*, Médico, i Matemático, un tiempo, en la Universidad de Marbourg; no *Jaime Enzinas*, el que fué quemado en Roma, el mismo año de 1546 que mataron a Juan Díaz.—Esta Carta nos asegura que varias personas debían sumas de dinero a Juan Díaz: i que éste, además, era dueño de una buena librería. Todo lo cuál parece contradecir la situación en que se hallaba, según Bucero, *in aerumnosa egestate* [página 18]; i que Sepúlveda confirma, con su frase *ad inopiam sublevandam*, [página 144]. Pero, sin duda, Juan Díaz amaba los buenos libros, i los nezesitaba: i los había comprado en sus dias de juventud, i abundanzia, cuando estudiaba Teología en la Sorbona, en París: i luego, cuando abandonó las riquezas, i un lisonjero porvenir con la proficua teología romana, a pesar de su escasez, no se resolvería a vendér sus libros. I, asimismo, suzedería, en cuanto a cantidades que algunos le debiesen. Las prestaría, a condiscipulos suyos, cuando se hallaba de estudiante, en situación desahogada. De modo, que aunque ya, de seguidor del Evangelio, se hallase pobre en Alemánia, al hazer su Testamento, pudo bien legar en él; los prezados Libros, i pudo menzionar déudas a favor suyo, según se infiere del N.º VII, i ser pobrísimo, como aseguran Bucero, i Sepúlveda, o mas bien, por pluma de este, Alfonso Díaz, el fratrizada.

El N.º VIII, que es la carta de Juan Díaz a Falesio, con-

tiene la Orazión que pronunzió Bucero, al comenzár las sesiones del Coloquio de Ratisbona: i la pronunzió delante de Pedro de Malvenda, que oyéndola i todo, estaría meditando la perdición de su compatriota Juan Díaz, al cuál tendria probablemente en frente de sí. La orazió *aunada* de caracteres tan diversos, i tan *desunidos*, es uno de los mas repugnantes zereemoniales usados por la frialdad de aquellos infelizes, que «teniendo ojos, no ven.» I esta es cosa que se repite en España, cada día, i en cada Iglesia, i que se repetirá, mientras siga llamando *unidad religiosa*, a la forzada *uniformidad* de la hipocresía. La acotación marjinal que hai en la página 120 en la Orazión, se conoze que la puso Juan Díaz, satisfecho, al parezér, de que sus correligionarios no adulaban al Emperador. Pero, a mi juicio, el amor de secta le engañó en eso.

El N.º IX, contiene la carta de Juan Díaz a Calvino, i es la misma que zita Calvino, según puede verse en el Documento N.º XX.

El N.º X, nos confirma, en que Díaz legó su libreria a tres españoles. Pues no parece posible, que hubiese escrito Enzinas a Calvino del modo que aquí leemos, si no hubiese estado asegurado del hecho, i al mismo tiempo no supiese los motivos, que le habian privado de la herenzia, o legado, que reclamaba.

El N.º XI, nos revela, que a Juan Díaz se le había brindado, por un Prelado francés, con el cargo de Prezeptór de una Prinzesa de Franzia, o, tal vez, de la sobrina del Papa Clemente VII, Catalina de Médicis, que fué destinada, el año de 1533, para mujér del Duque de Orleans, hijo segundo del Rei Franzisco I.—Franzisco de Enzinas acompañó esta carta, con un ejemplár de la Historia de la muerte de Juan Díaz, que acababa de imprimir aquél mes.—A esta carta aumenta

importanzia la Nota, que le puso el Sr. Schmidt, Profesór de Teología protestante en Strasburgo: i, por eso, la he puesto al pié de la carta, literalmente traduzida.—Como yo no he visto la carta de Juan Díaz, fecha en Ratisbona a 9 de Febrero del a. 1546, que menziona el Sr. Schmidt en su Nota; nada puedo dezir azerca de ella. Observaré, sin embargo, que si Juan Díaz hubiera tenido en Alemania el cargo, o comisión, de Ajente, Observadór, o, por hablár llsamente, de *espía* asalarado del Cardenál *du Bellay*, además de no estar nezesitado, como sin duda lo estaba, desde que dejó a París, i a la Teología romana; los prinzipios de morál, que tiene por nezesidad un espía; le habrían permitido otro jénero de conducta del que tuvo, i héchole mirár los subterfujios, i la dobléz, como las artes nezesarias de la vida. Tampoco, a ser zierto su cargo de «Observadór asalarado» de un Cardenál, habría tenido la íntima, i cordiál acojida que tuvo, entre las víctimas sobresaltadas, asustadizas, i cáutas, que tenían siempre que desconfiár de hombres, que fuesen pagados por Cardenales. Además, ¿qué nezesidad podía tener un Cardenál, de pagar un «Observadór,» o, un Espía, en Alemania, no siendo el Cardenál un estúpido? Que Juan Díaz fuese amigo del *du Bellay*, si este lo era de Bucero, es creible: otra cosa no. La conjetura, pués, del Profesór Schmidt, me pareze repugnante, con el aprezio que Occhino, i otros mostraron a Díaz: con la pobreza en que este se hallaba: i aun con la entereza que motivó su martirio. Añádese, que esa carta que nos presenta el N.º XXII, no sabemos fijamente a quien fué dirijida.

El Documento N.º XII habla por sí, solo con su *fecha*. Cuando el fratrizada escribió esa Carta, ya estaba en aquella terrible hora de semejanza, con el otro que describe s. Juan en el Capítulo xiii, 26, 27, de su Evangelio. Era el viernes 26 de

Marzo de 1546 ¡i en la madrugada del sábado, vió; probablemente, el cuerpo de su hermano, tendido en el suelo, de orden suya!

Del N.º XIV se deduze, que todavía el 3 de Noviembre, no tenía Enzinas en su poder la *Suma de la Relijión Cristiana*, escrita en latín por Díaz, i a la que llama su Confesión de Fé.

Pero en el N.º XVII vemos ya que la *Historia* de la muerte de Díaz, junto con su *Confesión*, por Apéndize, estaba ya impresa, i repartiéndose, el 26 de Noviembre de 1546.

El Documento N.º XX nos muestra el juicio de Juan Calvino, sobre la muerte violenta de Juan Díaz. Reprueba Calvino, como debía, tan horrendo crimen. En esta misma carta en que le reprueba, le dá cuenta a Farelo, que habia hecho metér en la carzel a Perrin, a su mujer, i a otros muchos, porque habian tenido unos bailes: que Perrin i su mujer, se quejaban mucho del hecho: que los demas callaban [*Perrinus cum uxore fremit in carcere: alii pudore confusi silent*]: que todos habian sido presos, con grán moderación del Síndico, que los prendió [*Omnes in carcerem conjecti, Syndicus insigne moderationis exemplum fuit*].—Calvino era un grán Teólogo, i de zelo ardiente, i extremado por la relijón, según la entendía: era hombre poderoso en la interpretación de las Escrituras, i tanto, que aun hoi, ocupa el primér lugar, entre los Teólogos doctos, su Comentario sobre las Epístolas de san Pablo: i era Teólogo tan acabado, i perfecto, que nuestro Luis Vives, según él, apenas probó los rudimentos de la piedad: i distaba mucho de merezér ser contado entre los Teólogos [*vix pietatis rudimenta gustavit: tantum abest ut censerí mereatur inter Theologos*. (Calv. Epist. 362. paj. 626. Edit. ut supra.)]

Pero, con todo esto, i conviniendo con Calvino, en que los bailes deben ser una cosa abominable para el Cristiano: i

recordando, que un baile, bién ejecutado, le premiaron regalando a la bailarina, la cabeza de un Profeta, i aun mas que Profeta: con todo eso, repito, que no entiendo, como puede reprobarse el sistema de persecución unas veces, i perseguir, i matár otras veces, para defendér la relijón cristiana. Ahí, en esa carta, Calvino reprueba la muerte violenta, que dieron a Díaz, el año de 1546; i se alaba de encarzelár a jentes que bailan: i a los *siete años* de escrito eso, coje alevósamente al español Miguel Serveto, i le manda quemár vivo en Jinebra el 27 Xm. del año 1553, i el mismo año de 1546 pensaba quemarle.—¿Qué clase de Cristianismo, i de ministerio cristiano es este? Yo, por mí, ni alcanzo, ni quiero esa teología, i ese cristianismo. Antes bién, tengo en mi alma una seguridad, de que no hai cristianismo, donde hai *el menór asomo de persecución, i de violenza*: donde no se llenan, i cumplen, todas las condiziones del amor cristiano, cuál s. Pablo las enumera en el Capítulo xiii, de su primera Epístola a los de Corinto.—El *Galasio*, que zita Calvino en ese pedazo de su carta, era un español llamado *Pedro Gallés*, que preso en Roma, por cáusa de Relijión, le dieron tormento, i perdió un ojo. Escapó de allí a Jinebra, i luego fué a Franzia, i luego a Flandes, donde le volvió a prender la Inquisición, i le quemó.—Véanse, *Pauli Colomesii. Opera*, página 836.—Calvino, según ahí escribe, pensaba que el Rei de Romanos D. Fernando, podía castigar el fratrizidio, fraguado por clérigos. Ya se conoze, que Calvino ignoraba, las violenzias, i terrores clericales, de que fué blanco desde jóven el infeliz D. Fernando. Aunque era el menór de los hermanos, los españoles, deseosos del bién de su país, le preferían para Rei: porque, a diferenzia de Carlos V, que nazió en Gante, i se educó en Alemania, D. Fernando había nazido en Alcalá, i se había educado en España,

al cuidado del Comendador mayor de Calatrava, i Obispo, Pedro Nuñez. Preparaban todo secretamente para declararle por Rei, cuando el Cardenal Gobernador Fr. Francisco Jimenez de Zisneros, en el mes ix del año 1517, hallándose el Infante D. Fernando, con su Ayo, en Aranda, mandó una mañana zerrár las puertas, i con novezientos hombres de toda su confianza, mandados por el cojo Espinosa, se apoderó de la persona del Infante, en nombre del Rei D. Carlos: separó a Pedro Nuñez de su réjio pupilo: separó igualmente al Conde de Altamira, sobrino de Pedro Nuñez, i compañero de juegos, i de estudios, del Infante. Lloró amárgamente D. Fernando, al ver que le arrancaban a su amigo, que era un mozo de índole exzelente, ajilísimo de cuerpo, ingenio dispuesto a aprenderlo todo: i con quien le eran gratisimos al Infante, todos los ejerzizios, de juegos, i de armas, i todos los estudios. Todos los de la casa del Infante, puestos por Pedro Nuñez, fueron separados. Así el Cardenal Jimenez de Zisneros, cortó el camino del trono a ese hijo de España, i le guardó para el primojénito flamenco: i así le enseñó también a temér la autoridad misteriosa de los clérigos, cosa que no le había enseñado el senzillo, i docto Pedro Nuñez, su Maestro, aunque Obispo.

El Documento N.º XXI queda ya examinado anteriormente: debe leerse todo.

El N.º XXII contiene el texto, con la traduczió, del elojio que Teodoro Beza puso enfrente del retrato de Díaz. Un *facsimile* de ese retrato, es el que va al prinzipio de este tomo.

Del Documento N.º XXIII queda ya también hecha menzió. En él corrijo la equivocazió de *Juán*, por *Jaime*, *Jacobo*, *Santiago*, o *Diego de Enzinas*, que fué el Enzinas quemado en Roma. Pellizér dize ahí, «que le dieron su merezido,

»quemándole, por obstinado en su apostasía, i no por fino
»cristiano, como dize Colomesio, que lo era tan poco como
»él.» Efectivamente, Colomesio, o Mr. Colomies, página 807,
dize: «*Jean de Enzinas, qui fut brulé, a Rome, suivant la Po-
litique de ce pais là pour avoir été trop bon Chrétien.*» Pero
el Sr. Pellizér, puso ahí esa proposición, poco fina, i menos
cristiana, de que le dieron su merecido, a Enzinas, quemán-
dole; solo, al parezér, para que su libro no se prohibiese, o
quemase, por la Inquisición. No sé si Enzinas fué, o no, após-
tata; pero perseguir, i quemar apóstatas obstinados, es cosa
que *no pueden* hazér los *cristianos*, si cristiano es el que sigue
a Cristo, que ni persiguió, ni prendió, ni quemó a ningún
apóstata. Buen testimonio fué Judas. El Sr. Pellizér, ahí, dize
que Enzinas pervirtió en Roma, al Dr. Juan Díaz.—De las *His-
torias de la muerte de este*, así de la atribuida a Senarcleo,
como de la copiada por Sepúlveda, Documento N.º XXI; i aun
de otros Documentos aquí reunidos; se deduze mui bién la
equivocación de Beza, uno de los Orienes de Pellizér, en
eso. Al Dr. Juan Díaz, le suzedió lo que a varios Españoles,
antiguos, i modernos. Estudiando aténtamente la Biblia, cuan-
do estaba en Paris, formó su sistema, o reformó su creenzia
relijiosa. Alfonso Díaz, su hermano, hubiera bién dicho la
notizia que dá Pellizér, tomándola de Beza, a ser zierta: i
Franzisco de Enzinas, algo hubiera indicado, a lo menos, del
conozimiento de su hermano en Roma, con Juan Díaz. Mas
ninguno de ellos menziona tal cosa. Pienso, pués, que debe-
mos *atenernos* a lo que refieren las dos Historias de la muer-
te de Díaz. Repito, que esto es frecuente, mas de lo que pa-
reze, en España. Así, por ejemplo, D. Miguél Solano, Cura
párroco del lugar de Esco, en Aragón, i que murió el año
de 1805, en las cárzeles de la Inquisición de Zaragoza, formó

su sistema religioso, sin mas libros que la Biblia. Léase la conmovente historia de Solano, en el Capítulo XLIII, Artículo iv, de la Historia de la Inquisición, por Llorente, Clérigo, e Inquisidór.—Así le suzedió a Juan Díaz.

El último Documento, N.º XXVI, confirma la parte que tuvo Franzisco de Enzinas, en la *Historia* atribuida a Senarcleo; pues nos asegura, que se le *atribuyó* a Senarcleo, *falsamente*, para evitar al verdadero Autor (F. Enzinas), odio, i malevolenzia. Esto, en jenerál, es zierto. Franzisco de Enzinas fué, sin duda, el retocadór, i editór del Libro: fué también, en mi opinión, el Autor de las paráfrasis en verso latino de los Salmos ii, xiv, i xvii, que acompañan al volúmen, i el de pasos como el de la conclusión, pájinas 97-98: dirigió en todo la impresión: pero, aun así, un íntimo convenzimiento nazerá en todo reflexivo lectór de este libro, de que Cláudio Senarcleo, amigo, i camarada de Juan Díaz, hasta el día que le mataron, debe tener, en su contenido, aquella parte que de él mismo aparece. El día que mataron a Díaz, Senarcleo se hallaba con él: pero no Franzisco de Enzinas. Senarcleo, pues, fué el narradór de lo que presenzió.

Bién podría haber aduzido aquí otros Documentos relativos a Díaz, i a su martirio: pero me parecen suficientes estos XXVI, para probár, que el Libro contiene un *hecho*, i no una Leyenda de Historia fabulosa. Con esos, tiene lo bastante el lectór para convenzerse, i aun para entristezerse: i también para desechár esos abominables prinzipios religiosos, únicos que todavía dominan en España, de aborrezér, i perseguír, i mas perseguír, a todo el que no se someta a creér, o dezír que cree, todo cuanto al Papa, i a sus servidores se les antojare. La relijón que, en lo mas mínimo, fuerza, o violenta, o persigue a un hombre; no es relijón fundada en el Evan-

jelio. Tal vez todos los males, i miserias de España, diman, de no conoserse por la jeneralidad de los Españoles, lo que es relijón. No hai Nazione tan deslumbrada como la nuestra, en esta materia, entre todos los pueblos de nombre cristianos.

Como la *Historia* de la muerte de Juan Díaz, se dedicó por Bucero, al Príncipe Ottón Enrique, no parece de más el consignar aquí brevemente, quienes fuesen Ottón i Bucero.

Ottón Enrique nació el 10 del ivm. del año de 1502. Fue hijo mayor de Roberto, Conde Palatino, i de Isabel de Baviera. Heredó de su madre el Ducado de Neoburgo. Abrazó la causa del Luteranismo el año 1542, i entró en la Liga de Smalkalda. Fue echado de su Ducado por los Imperiales, pero volvió a posesionarse de él, el año 1552, con la ayuda del Elector de Sajonia Maurizio. El año de 1556, sucedió a su tío en el Electorado. Ottón Enrique fue muy apasionado de los hombres de saber. Fundó la célebre Biblioteca Palatina de Heidelberg. Zedió el Ducado de Neoburgo a Wolfango, Duque de Dos-Puentes, i llamó a sucederle a su primo el Duque de Simmerin. Murió Ottón Enrique el 12 del iim. del a. 1559. Fue el último Elector de su rama primojénita. Se casó en el xm. del año de 1529, con Susana de Baviera, hija de Alberto, Duque de Baviera, i viuda de Casimiro, Margrave de Brandeburgo. Ese fue el Príncipe amigo de Juan Díaz, según nos asegura Bucero.

Martín Bucero, nació en Selstad, en Alsazia, en el año de 1491. Hizo sus primeros estudios en Selstad, i se metió fraile Dominico, en el convento que habia en su pueblo, el año de 1506.—Pasó, de orden de su Prior, a Heidelberg, donde se dió a conózér por aventajado Teólogo, i conozedor de las lenguas Hebrea, i Griega. Dióse a leer los escritos de Erasmo,

que por entonces salían, i ellos le inclinaron ázia las fuentes de la Doctrina Evanjelica. Léyo también varias obrillas de Luther: i comparando sus doctrinas, con las de las Escrituras; comenzó a disgustarse de algunas cosas de la relijón Pontifizia, o Papál. Desde entonces, puede dezirse, que comenzó a ser Cristiano por inspiración, i convicción, i no por solo seguir a otros hombres en zeremonias, i aparienzias. Mas, como no tengo por objeto escribir su vida, sinó lijeramente indicár al lector español, que no lo sepa, qué clase de hombre fué Bucero; paso por alto los sucesos de ella, que no tienen relación con la menzion de su nombre, hecha en este Libro de la Historia de Díaz.

Debe tenerse presente, que Bucero asistió a los dos Coloquios que se zelebraron en Ratisbona, de Orden de Carlos V, entre Protestantes y Pontifizios. El primér Coloquio se tuvo el año de 1541, i en él Bucero, por su moderación, i dulzura, se captó la benevolenzia de los contrarios: pero los zelotas, i en particular los Teólogos de Colonia, lograron paralizár las ideas de avenenzia, i reforma pazífica, que muchos aprobaban, i persiguieron a los fautores, o amigos de Bucero, que los había entre los Pontifizios. El Arzobispo de Bonna, fué uno de ellos. El Papa excomulgó al Arzobispo, i Carlos V, súbdito obediente en esto, de su amo el Papa, le privó de toda autoridád, i de todos sus bienes, i el viejo, i piísimo ex-Arzobispo, murió pobre, i arrinconado. I este fué uno de los frutos que produjo el Coloquio primero.

Ordenó Carlos V otro Coloquio, también en Ratisbona, el año de 1546, al cuál asistieron Bucero, Brenzio, Snepfio, Juan Díaz, por los Protestantes: i Pedro Malvenda, el Carmelita Bilico, el Agustino Hofmeister, i Cochleo, por los Pontifizios. En este Coloquio Bucero disputó con Malvenda, prin-

zipalmente azerca de la *Justificación del hombre pecadór, delante de Dios*. Malvenda, que era mui verboso, i acostumbraba a declamar mucho, i amplificar sus argumentos; mientras los exponía, a la larga, Bucero leía, o escribía sus cartas. Cuando Malvenda acababa su perorata, Bucero la reasumía en pocas palabras, i preguntaba a Malvenda: «¿No es este tu argumento? [nonne hoc fuit argumentum tuum?]: i diziendo Malvenda, que sí: al punto Bucero, le desataba con breve, i agudísima soluzion. Las sesiones de este Coloquio, puede decirse, que acabaron, o fracasaron, el 20 de Marzo: i el fruto que de ellas resultó, fué el fratrizidio de Juan Díaz, i el comienzo de la guerra de Smalkalda.—Bucero se marchó a Inglaterra el año de 1549, llamado, con empeño, por el Arzobispo Tomás Crammer; i fué nombrado catedrático de Teología en Cambridge, donde murió el 27 del iim. del año de 1551, a los 61 de su edad. Después, en el reinado de la Reina María, mujer de nuestro Felipe II, no se olvidaron los Teólogos de mandar exhumar los huesos de Bucero, i quemarlos junto con sus libros. Esta *católica* operazion, la mandó hazer el Cardenal Polo, Legado Pontificio, para comenzár así, la reforma de la Universidad de Cambridge. Si el Cardenal Polo pudiese ahora ir a Cambridge, vería, que su afán de quemar, no zimentó allí la autoridad Pontificia, i aumentó el respeto a la buena memoria de Bucero. El verdadero fundamento de la relijón, es el *amor*, i *la unidad*; i mal pueden existir amor i unidad, con una *forzada uniformidad*, que es lo único que puede lograrse, en aparienzia, persiguiendo a los hombres, por cosas de relijón. I el amor, i unidad, que yo tengo con otro, no consiste en que ese otro, camine, i prozeda en relijón, del mismo modo que yo; sinó en que ambos a dos, él i yo, sintamos el mismo Espiritu, i vida de relijón dentro del

alma. Cada uno debe caminár en su esfera, i en su propio orden, i en su propio camino, i lugar de sujeción al Espíritu de Cristo, que habla a la conzienzia de cada hombre.

Así, ahora, reproduziendo esta Historia de cosas antiguas españolas de mas de 300 años, casi podemos esperar, que cualquiera que sea el español que la leyere, condenará, a lo menos la aczió de Alfonso Díaz; viniendo así a desechar virtualmente toda persecución relijiosa. Mayormente, cuando en el estado actual de la opinión, un romanista, o seguidór del Papa, asegurará mas el goze de su libertad de culto, i adoración, no oponiéndose tércamente al santo, e inviolable prinzipio de la completa libertad relijiosa, que no empeñándose en sostener, como por tema, esa monstruosa doctrina de tener por *ortodoxo*, ó *heterodoxo*, lo que al Papa, i Cardenales, se les ocurre declarar por tal. I he puesto, *por tema*, no con ánimo de punzár, o herir, sinó porque, en realidad, me parece que todos, o casi todos, los que en el día se jactan de *católicos invariables*, abominan de todo lo que aparece con visos de fuerza, o violencia, en puntos de relijión. Nadie, en general, se ve hoy, que guste de parecer Inquisidór, aunque lo sea de corazón. Luego, es razonable deduzir, que la *invariabilidad católica*, se proclama por tema, cuando ya en realidad, no se tiene. ¿Hai alguno ahora, entre los ardientes devotos de España, que ejecute un fratrizidio, soló porque se lo mande el Papa, o los Inquisidores? Espero que no. I si se dize, que ni el Papa, ni los Inquisidores, mandan ejecutar fratrizidios: responderé con este Libro. Porque hai que negár todo prinzipio de crítica, i sólido razonár, si negamos que el fratrizidio que ejecutó Alfonso Díaz, no fué de orden de sus Superiores. La manera de referirlo, por el mismo Alfonso Díaz, i la seguridad inmune, i las alabanzas, que por ello merezió el fratrizida,

ponen el hecho fuera de duda. Por eso, le he consignado en la nueva Portada. El fratrizidio de Díaz fué un prezepto religioso: i también fué prezepto religioso, que el fratrizida guardase profundo silenzio. Le mandaron matár al hermano, i le mandaron callár, que se lo habían mandado. Esto aparece claro a cualquier lèctor de mediano discurso. Pues bién: me lisonjeo en creér, que hoi sería casi imposible, hallár en España, un entusiasta adoradór del Papa, que solo por su mandato, ejecutase lo que Alfonso Díaz ejecutó. Hoi la idea de la *infalibilidad Papál*, no es poderosa, de suyo, para prescribír fratrizidios. Con mas tiento hai que prozedér, i así prozeden: i por eso han variado.

¡ Ojalá que Alfonso Díaz, el fratrizida, i aun el mismo Juan Díaz, el martir, hubiesen seguido el Espíritu que siguió Juan Valdés, en el estudio de su relijón. Valdés, con solo sus dos libros, de la *Consideración*, i de la *Orazió*n, tomó las Escrituras, i leyó en ellas; pero siempre a los piés de Cristo, i mirándole siempre, e interpretándolas según Cristo, única Luz, i Maestro único, para él. No hizo caso de los Credos forjados en Roma, o formados en Jinebra, para preparár su corazón, a rezibir el Evangelio: i así el retiramiento de su espíritu, i la resignación de su alma, fazilitaron su preparación. Porque la preparación debe hazerse, para que se abra el entendimiento a rezibir las palabras de Dios, no las de un hombre: porque cuando se reziben las palabras de los hombres, por exzelentes que sean, no convierten el alma. El aumento de sabér, o de zienza, no causará nunca una conversión radicál: sinó el aumento de vida espirituál, i de Virtúd, el aumento de piedád, i de sumisión de nuestra voluntád a Aquél que nos hizo, esto causará nuestra conversión. La sumisión de Valdés a aprendér de solo Cristo, le libró de la sumisión a los Credos humanos:

así del Credo de Roma, como del Credo de Jinebra; y lejos de ser lo que **Alfonso** Díaz fué, llegó a ser un modelo de amor fraternál. **Tampoco** Valdés compuso una **CONFESIÓN** sistemática, como la de **Juán** Díaz.

Los **Credos** humanos, no son lazos de unión cristiana, como cada día nos lo muestra la experiencia: i no hazen mas, que separarnos de Cristo. A Cristo debemos acudir en busca de conozimiento de la Religión Cristiana, como al Grán Ensenador, al **Hijo** de Dios, en quien se halla el complemento de la Divinidad. Este es el grán privilegio de un Cristiano: el de ir a sentarse a los piés de un Maestro, no humano, sinó divino: i acudir a Aquél, en quien la verdad vive, i habla, sin mezcla ninguna de error, porque Él es, en supremo grado, la Sabiduría de Dios, i la Luz del mundo. ¿Se atreverá un hombre a entremeterse, entre mí, i mi Guia zelestiál, i Salvador, i prescribirme los articulos de mi fé Cristiana? ¿En qué estado deben estar mi entendimiento, i mi alma, para mejor conózér la verdad? En el estado, de abandonar todos los otros maestros, por Cristo. Entonzes, mi entendimiento, i mi alma se azercarán mas a Cristo. Es verdad que todas las sectas cristianas, inclusa la relijón católico-romana, dicen, que debemos escuchár a Jesu Cristo: pero, al mismo tiempo, nos prescriben sus **Credos**, i Articulos tan imperativamente, que no nos permiten oír la voz del Maestro zelestiál. Se nos dize, que escuchemos a Cristo; pero se nos dize también, que nos condenaremos, si rezibimos otras lecciones, que las del Credo que nos enseñán. Se nos dize, que la palabra de Cristo es la sola infalible: pero se nos dize también, que si no la rezibimos, como la interpretan los hombres falibles, se nos excomulgá, o excluirá de la **Comunión** de los Cristianos. Esto es lo que mas choca, en un Hazedór-de-Credos. Que se quiera entreme-

tér entre mi, i mi Salvador: que no me permita, confiár solo en Jesús: quedarme solo con Él. Que no se atreva a dejarme la palabra de Dios, pareze cosa insufrible. La comunicaziòn mas íntima posible con la mente de Cristo, es mi grán privilegio como Cristiano. Debo aprender la verdad de Cristo, del mismo Cristo, según la expresa en los recuerdos de su vida, escritos por hombres a quienes Él educó, i preparó sobrenaturalmente, para que diesen testimonio de Él, al mundo. ¿Con qué derecho, pues, piden los Hazedores-de-Credos, la obediencia a sus artículos, como requisito indispensable, para ser miembro de la Iglesia, i poder salvarse? ¿Quién les ha hecho infalibles? Muéstrennos las pruebas, de que, por ellos, habla Cristo. Obren algún milagro. Pronunzian alguna Profecía. Muestren en sí propios algo divino, que no tienen otros hombres. Son hombres frágiles, i menesterosos, sin mejor derecho, que nosotros, para interpretar el Nuevo Testamento: ¿i quieren, sin embargo, ensalzár sus interpretaciones, como dogmas de verdad infalibles; i hazerlas condiziòn indispensable para la salvaziòn? Quitense de enmedio. Déjennos ir al Maestro: ya que no tienen palabras de mayor poder que las suyas. ¿Pueden ellos hablár a la conzienzia humana, o llegar al corazón, con voz mas poderosa que la de Cristo?

No hallo motivos para apreziár los Credos humanos. Cuando los comparo con el Nuevo Testamento, me parecen insignificantes. ¿Qué son esos Credos? Esqueletos, i frías abstracciones, i expresiones metafísicas de dogmas inintelijibles. ¿I he de mirarlos, como exposiciones frescas, i vivas, de la verdad infinita, que prozede de Jesús? Eso equivale a dezir, que las palabras balbuzientes de un niño, son las de la sabiduría. Los Credos son, respecto a las Escrituras, lo que las lamparillas, respecto al Sol. El Hazedór-de-Credos define a

Jesús en media dozana de renglones, i quizá en términos metafísicos; i luego quiere obligarme, a que me conforme con este su relato de mi Salvador. Menos aprendo de Cristo, de esa manera, que del Sol aprendería, diciéndome, que este glorioso luminár es un círculo del diámetro de un pié. No hai mas que un camino de conózér a Cristo. Ponernos zerca de Él, verle, oírle, seguirle desde su cruz a los zielos, sentir con Él, obedezérle; i alcanzár así claros, i brillantes destellos de su gloria divina.

La Verdad Cristiana es infinita. ¿Quién es capáz de enzerarla, en las cortas líneas de un Credo abstruso? Ese podría enzerrár la ilimitada atmósfera, el fuego, la luz que todo lo penetra, los libres vientos del universo: i separarlos en porciones, i pesarlos: pués había podido abarcár el Cristianismo en unas pocas proposiciones. El Cristianismo es mas libre, mas ilimitado, que la luz, i los vientos: i demasiado poderoso, para que puedan limitarle las cortas manos de un hombre. Es, mas bién, un espíritu, que una doctrina ríjida: un espíritu de ilimitado amor. Lo infinito no puede definirse, ni medirse, como una manufactura humana. El Cristianismo no puede reduzirse a un sistema: no puede comprehenderse en una colección de ideas determinadas. El Cristianismo, tal como existe en la mente del diszipulo verdadero, no se compone de fragmentos, o de ideas separadas, que él pueda expresar en proposiciones sueltas e incoherentes; pués la vitalidad de su doctrina, i prezeptos, se deriva de su unión con el todo.

Lo infinito de la verdad Cristiana, haze, que nuestras miras azerca del Cristianismo, son siempre imperfectas, i deben continuamente ensancharse. Los teólogos mas sábios, son niños que apenas han alcanzado débiles destellos de la relijón,

i solo aprendido sus lecciones primeras; i cuyo objeto es, «crezér en el conozimiento de Jesu Cristo.» I es cosa bién clara, cuán contrario es a este crezimiento, un Credo fijo, que no podemos traspasár. Pide la relijón de Cristo, la mayor libertad, i actividad del alma, posibles. Cada nuevo rayo de luz, que nos comunique, debemos rezibirle con alegría. Toda indicación debe acojerse con ánsia: debe escucharse todo murmullo de la divina voz de Cristo en el alma. El amor de la verdad Cristiana debe ser tan intenso, que nos haga dejár voluntariamente todas las cosas para comprehenderla mejor. I cualquiera vez, que los Credos humanos, poniendo límites al pensamiento, i prescribiéndonos el punto donde toda investigación debe zesar, reprime este zelo santo; nos haze zerrár los ojos a nueva luz, nos estrecha dentro de los senderos angustiosos formados por el hombre, i paraliza aquél progreso perpétuo, que constituye la vida, i la gloria de un alma inmortal.

Otro mal de los Credos es, que donde ellos tienen autoridad, vizian aquella senzillez, i pía sinzeridad, de la que mucho depende la eficázia de la enseñanza religiosa. Para que un ministro, o predicadór del Evangelio hable con poder, que penetre los espíritus, debe hablár lo que su propia alma le dicta, no conformarse estudiadamente a los modos de hablár, que otros adoptaron. Debe dezír la verdad en la forma misma, que se presenta a su mente, i con las mismas palabras, que se le ofrezan espontáneas, para vestir sus pensamientos. Expresár lo que se piensa, con franqueza, con claridad, sin temór, es el modo de convenzér a otros. I el efecto de los Credos, es detenér la libre expresión del pensamiento. El ministro, o predicadór, tiene que buscár palabras que no cho-

quen con los artículos de su Iglesia. Si él tiene una idea nueva, que no se conforma del todo, con lo establecido por el Hazedór-de-Credos, o debe callarla, o tiene que cubrirla mas, o menos. Así un ministro se acostumbra a ocultar la verdad, a faltarse a sí propio al respeto, a desleír sus pensamientos, i ahogar sus convicciones, para salvar su ortodóxia de toda mala sospecha, i estar bien con sus partidarios. ¡Cuán digno de compasión es aquél ministro, o predicador del Evangelio, que penetrado de mayor luz, i verdad, que la que su Credo contiene, no se atreve a expresarla senzillamente! ¡Mas le valiera pedir su pan, que no abandonár la senzillez, i franqueza Cristiana, faltándose a sí mismo! Mejor es para un predicador del Evangelio predicar, al aire libre, la verdad, con toda la efusión de su alma, que no dezir lo que no cree, en una magnífica catedral, entre pompa, riqueza, i aplausos. Si los que arrastran las cadenas de los Credos, llegasen a conocer lo que vale el movimiento libre del espíritu; ninguna riqueza, ni poder mundano, les moveria a abandonár su libertad espiritual.

Otro efecto de los Credos es, el de favorecer la incredulidad. El objeto de un Credo, no es el de expresar las verdades senzillas de nuestra relijión, en las que estriba prinzipalmente su eficázia; sinó el de dar cuerpo, i fuerza de lei, a misterios, sobre los que los cristianos disputan. Uso la voz «misterios,» en la acepción jeneral, no en el sentido que tiene en las Escrituras. Tales misterios, es dezir, doctrinas que chocan con la razón, i contradizen a verdades palmarias, son la provisión, o surtido, de los Credos. Las virtudes zelestiales del caracter de Cristo, nunca se insertan en los artículos de fé: solo contienen los Credos doctrinas, que por lo oscuras, e

inintelligibles, han provocado controversias, i que cabalmente deben su importanzia, al haber sido defendidas, o atacadas, durante siglos; i los Hacedores-de-Credos las ponen como formulas representativas de la religion. El Cristianismo, puesto en Credos, se oscureze con dichos enigmáticos, con proposiciones enrevesadas, i contradicciones. Nadie que lea Credos, alcanzará, por ellos, la sencillez, la pureza, la benevolencia práctica del Cristianismo. I el resultado es, que el Cristianismo, por medio de los Credos, se ha identificado con doctrinas oscuras, i héchose para teólogos, un manantial inagotable de disputas; i, para la jeneralidad, una materia espinosa, i llena de dudas. [Véase. Channing. t. I.]

Es cosa bien notable, que los mas de los Credos, están llenos de los misterios de la creacion humana, sin contener una palabra del gran misterio de la religion. Hai en la religion un gran misterio: i es: la doctrina del libre alvedrio, o de la libertad moral. Reconziar esta doctrina con la presenzia de Dios, i la dependencia humana, es una cuestion, que los mayores talentos no han podido resolver. Es probable, que su mayor dificultad proviene, de atribuir nosotros a Dios, el mismo jénero de presenzia, que los hombres tenemos por nuestro conozimiento de las causas, i de suponer nosotros, al Ser Supremo, en la misma relacion, respecto al tiempo, que la que tiene el hombre: i así, atribuimos a Dios pasado, presente, i futuro, cuando en él no pueden caber. La Biblia deja intacta, esta cuestion del libre alvedrio, i su consecuencia, que es, la existencia, en el hombre, de la facultad de seguir el bien, o el mal, i ser responsable a Dios. Este es el gran misterio. I los teólogos que han hecho tragár tantos otros misterios en sus Credos, que no existen en la religion; han des-

echado este, i calládole jeneralmente. Fatalidad es esta de los Cremos: cargan al Cristianismo con misterios que no tiene: i pasan por alto el misterio real de la relijion, i de la naturaleza humana. ¡Leczion terrible para el hombre que trata de hazerse *infalible* ante sus semejantes, e imponerles su sabiduria, como si fuera la verdad de Dios!

La última miseria de los Cremos, es la que nos presenta esta HISTORIA, en el delito religioso, que recuerda. Sin Cremos humanos, no puede haber persecuciones religiosas, i menos crímenes religiosos, como este fratricidio, que solo pueden fundarse en la supuesta santidad de los Cremos que fuerza a creer el hombre.

Por todo lo expuesto, desearia yo, que los Españoles, alejándose del Credo, que les forjaron sus dominadores espirituales; no adopten impensadamente, otros Cremos extraños. Dejemos los Cremos humanos aparte, i mientras tengamos salud, i fuerzas, consideremos cuál es el objeto de nuestra fé, que es Cristo: porque fortificados por el nombre de Cristo, i armados con su poder, todo lo bueno pueden hazer los Cristianos. David, i otros Profetas de la antigüedad tenían puesta la vista por encima de los sacrificios, en Cristo.—I sea uno tan ortodoxo cuanto quiera, de nada le aprovechará, si no tiene el espíritu de Cristo. ¿I qué es la relijion Cristiana, sin la vida cristiana? Si no hallamos esta, ¿qué significa la Profesion, i nombre de ella? La relijion Cristiana, no se compone de solo palabras cristianas: debe haber una vida cristiana. I esta no se alcanza con los Cremos humanos, pero si con escuchár, i seguir, la voz del *Ministro interno*, que habla a cada hombre en su interior. Ella nos dice claramente, qué jénero de vida es la nuestra; i si es, o no, vida cristiana. Puede uno, en los

negozios de la Relijión, ser engañado por si propio, o por otros, como le suzedió a Alfonso Díaz, si no sigue atento la voz del *Ministro interno*, la voz de Cristo, que habla a cada hombre. Dios ha hecho un camino, para que su Espíritu llegue al espíritu de los hombres: i ese camino es el Espíritu de Cristo. I Él es el Profeta a quien debemos oír: no es el Bautista, ni Pablo, ni Pedro: i la fé en Él, es la única cosa, que purifica el corazón, i le rejenera. I eso ha constituido la diferencia entre Sacrificadór, i Sacrificadór, desde los días de *Cain* i *Abél*, hasta hoi.

Este triste Libro nos muestra, que las disputas encarnizadas sobre relijión, están siempre llenas de hiél, i vazias de santidad. Dos hombres, que disputan sobre una cosa, no hazen mas que mostrarnos el valor comparativo de dos juizios humanos: o presentarnos, una falibilidad contra otra falibilidad. Los entendimientos de los hombres, no son todos de un calibre, ni de un temple: i aun los mayores, i mas claros, entre ellos, no llegan a penetrár las cosas sinó en parte, i por esto se hallan sujetos a errores, i equivocaciones. No puede, pues, esperarse otra cosa, sinó que en muchos puntos, aun de la mayor importancia, discordarán los hombres uno de otro, hasta el fin del mundo. Los hombres tienen prinzipios diversos, constituciones várias, i diferentes educaciones, temples, esperanzas, intereses, i debilidades: grados de luz, i grados de intelijençia: es imposible, pues, que todos estén unánimes. Pero, por lo mismo, debemos tener grán cuidado, en que esa diferencia de juizios, poco a poco, no nos haga primero extraños el uno al otro, i luego, del todo nos enajene, i nos haga odiarnos, i perseguirnos. Una cosa es *disentir* de lo que piensa, dize, o cree nuestro prójimo; i otra des-

acordarnos, hasta el punto de perseguirnos, i matarnos, porque pensamos **diversamente**. Un Teólogo, que se llamaba *Cristiano*, como Alfonso Díaz, ya que menospreciaba el Evangelio, debió, a lo **menos**, tener la razionalidad de Marco Tulio, cuando disenta de Catón, i decir: « *ita dissensi ab illo ut in disjunctione sententiae, conjuncti tamen amicitia maneremus.* » Asi hubiera carecido de esa Teología Mahomético-Romana, que en un *Fratricidio alevoso*, le hizo ver una *honrosa santidad*.

Madrid. 1865.—L. Usóz i Rio.

INDICE DE NOMBRES.

- Alexander (Pedro) 115.
 Alinio. 122.
 Altieri (Balthasar) p. 115.
 Balduino p. 117.
 Beza (Teodoro) 148. 174. 175.
 Bellay (Cardenal Du) p. 134.
 Bibliandro (Teodoro) 136.
 Birckmann (Arnoldo) p. 114.
 Bomelio (Arnoldo) paj. 26.
 Brenzio. p. 61. 178.
 Bucero (Martín) paj. 5. p. 38.
 40.—Díaz imprime un Libro suyo. p. 58. 60. 62. 74. 112.
 —Su Orazón en el Coloquio. 120. 170. Quien fué. 177-79.
 Quemán sus huesos. 179.
 Budeo (Juán: i Mateo) p. 116.
 Calvino (Juán) p. 37.-139.
 Carlos V. (El Emperador) Da una Orden en favor del fra-trizida. p. 93.
 Colomesio (Mr. Colonies). 175.
 Díaz (Juán). Todo lo abandonó por la religión. paj. 18.—Fué a Ratisbona para ver si podía atraer Españoles a Cristo. p. 19.—Pureza de su vida. p. 24. 37.—Ensalzador del *Benefizio de Cristo*. p. 24.-103.—En qué debemos imitarle. p. 30.—Hizo su Testamento en Ratisbona. p. 30. I su Confesión de Fé. p. 30. Nació en Cuenca. p. 34.—I de Alcalá pasó a París, donde estuvo 13 años. p. 34.—De París fué a Jinebra. p. 37. I a Basilea, i a Estrasburgo. p. 38.—A Ratisbona, donde vé a Malvenda. p. 39. 42.—Respóndele. p. 45.—Se vé con su hermano en Neoburgo. p. 64.—Lo que le respon-de. 65.—Otra respuesta. 67.—Escribió una carta a los Colocutores. 72.—Otra a Occhino. p. 72. 112. Su muerte. p. 82. 96.—Su Confesión de Fé. p. 98. 106.—Sus libros. paj. 117.—Sus Anotaciones Teológicas. 118.—Su carta a Falesio. 120, otra a Calvino. 124, su Retrato. 174.
 Díaz (Alfonso) paj. 33.—Comparado con su hermano. p. 34. 57.—Habla con Malvenda. 59.—Sus artificios. 62.—Quita las cartas. 63.—Vé a su hermano. 64.—Trata de engañarle. 68.—Lo consigue por el pronto. 71.—Pero siéntese luego cojido. 73.—Habla traidoramente a su hermano. p. 74.—Despídese de su hermano dos días antes de matarle. 75.—Se vá a Ausburgo. 76.—Vuelve oculto a Neoburgo. 77.—Compra en Bothmes la segúr. 79.—Carta a su hermano. p. 81. [Pareze la de la paj. 135].—Préndenle. p. 86.—Escribe a los Cardenales de Trento i Augusta, que nada omiten en favor suyo. p. 87.
 Enzinas (Franzisco). Un Salmo suyo. p. 22.—Otros dos. 107. 108. 114.—Escribe a Calvino. p. 126.—Publicó la Historia. p. 168. 176.
 Enzinas (Juán de) Es, al parecer, el Médico que asistió a Latomo. p. 28.
 Enzinas (Jaime de). Quemado en Roma. 169. 174.
 Euxenobio. 122.

- Falesio. 122.
 Fernando (D.) Rei de Romanos. p. 173.-74.
 Galasio, o Gallés (Pedro). pájinas 139. 173.
 Gélida. p. 119.
 Grunperger (Cristobal). p. 89.
 Guarlaco. p. 25. 26.
 Herpffer (Miguél) p. 85, su diligenza. 86.
 Hipp (Jorje). 89.
 Látomo (Jacobó). p. 27.
 Malvenda (Pedro de) p. 39. 40. 41. 42.-Discurso que le haze a Díaz. p. 42. 44.-Su actividad. p. 55.-Su parte en el fratrizidio. 59.—Escribe a Juan Díaz. 64. 165.-Su verbosidad. 179.-Abád en Burgos luego. 151.
 Marquina. p. 56. 58. 165.
 Martyr (Vermiglio), 122.
 Músculo. p. 112. 168.
 Myconio. p. 137.
 Occhino (Bernardino). Escribe a Díaz. p. 72. 73. 112.
 Oporino (Juan). 114.
 Ortega. p. 114. 168.
 Ottón Enrique (Prinzipe). Quien fué. p. 177.
 Paterniano (Fernando Díaz). p. 116. 117. 119. 126.
 Pellicér (D. Juan Antonio). pájinas 150. 174.
 Polo (Cardenal). 179.
 Samwer. p. 120.
 Schenck (Miguél) p. 89.
 Schmatzer (Ulrich). p. 89.
 Senarcleo (Claudio), joven de altas prendas. p. 5.-Bosqueja la Historia de Díaz. p. 23. Se halla presente al espirar Juan Díaz, p. 83.-Envía el Testamento de Díaz. p. 117. 122. 176.
 Sepúlveda (Dr. Juan Jinés de). p. 141. 147.
 Solano (D. Miguél), p. 175. 176.
 Soto (Fr. Pedro). Alude a él en la página 52. 54. 124. 165.
 Vadiano (Joaquin). 138.
 Viret (Pedro) 139.

ERRATAS.

PÁJINA.	LÍNEA.	DIZE.	DEBE DEZIR.
27	7	espantandos	espantados
43	17	de	del
87	última.	ibrár	librár
115	última.	veremdum	verendum
122	18	nunzio	nuntio
133	28	envida	envidia
		337	137
140	3	abuit	habuit.
140	15	n.º VIII	IX
151	10	XXIII	XXII

